

HARLEQUIN

JAZMIN®



El hombre equivocado

BARBARA McMAHON

$3.99 U.S./$4.50 CAN.

El hombre equivocado

Cuando conoció al misterioso Mitch Holden, Ginny Morgan estaba buscando desesperadamente al padre de su hijo. Mitch no era lo que andaba buscando, pero eso no impidió que él le hiciera una increíble proposición: si ella se convertía en su secretaria, él pagaría la operación de su hijo. Ginny estaba encantada de trabajar para él, pero le resultaba muy difícil acercarse a un hombre que se había aislado del mundo desde la terrible pérdida de su familia. Por eso se quedó tan sorprendida cuando el trabajo de conveniencia se convirtió en un matrimonio de conveniencia.

¿Sería posible que aquel hombre le hubiera hecho un hueco en su corazón?

PROLOGO

A GINNY Morgan les espantaban las vacaciones de primavera. Las horas no sólo eran más largas, sino que durante esas dos semanas hacía el doble de turnos y se podía olvidar de librar un día. Estaba segura de que la mitad de los estudiantes en universidades del Oeste y casi todos los de universidades del Medio Oeste acudían a Fort Lauderdale para pasárselo en grande. Iban a beber, divertirse y enamorarse.

Tenía una parte buena que eran las propinas y el buen humor de los visitantes, pero también tenía una parte mala por los recuerdos que le traía. Recuerdos que mantenía alejados durante casi todo el año. Sólo cuando miraba a los ojos de su hijo sentía retazos de tristeza.

Ginny limpió la mesa y amontonó los platos y los vasos en el cubo. ¿Dónde estaba el maldito mozo? Si ella fuera la jefa, ya habría despedido a Manuel y habría contratado a alguien más fiable.

Levantó el pesado cubo, lo llevó a la cocina y lo dejó junto al fregadero. El humo de las cazuelas y los pucheros convertían la cocina del restaurante en un baño turco. El aire olía a gambas fritas. Miró a la barra y vio que no había pedidos, así que escapó al relativo frescor de la sala del restaurante.

Echó una ojeada a la zona que tenía asignada y vio que un grupo de chicas universitarias estaba a punto de marcharse entre risitas. Las observó reírse y lanzar miradas descaradas a un grupo de chicos que aparecieron paseando. Los trajes de baño diminutos estaban a la orden del día y los albornoces dejaban ver más de lo que tapaban.

Cinco años antes ella llevaba uno sobre el biquini, cuando...

No quería seguir dándole vueltas. Ya habían pasado cinco años desde aquella historia de Cenicienta con final desgraciado. Ya era mayor y había aprendido. El frenesí y los idilios de las vacaciones de primavera ya no iban con ella. Ya no escucharía las mentiras encubiertas con palabras románticas. Ya no creería a un hombre

que le dijera que la amaba cuando la conocía de dos semanas. Quizá nunca lo hiciera.

Era una madre soltera con un hijo que le daba más satisfacciones que las que se merecía. Su vida no había seguido el sendero que ella había querido hacía tanto tiempo, pero no cambiaría a Joey ni por todo el oro del mundo.

Sin embargo, todo tenía su precio. Sonrió a las chicas cuando se despidieron de ella con la mano y esperó que hubieran dejado una buena propina. Habían pedido de todo y luego habían dejado la mitad de la comida. Seguro que serían igual de desprendidas con la propina.

Ginny se guardó el dinero en el bolsillo. Unos dólares más para la operación de Joey. Se proponía ahorrar lo suficiente para poder operarlo antes de que empezara el colegio al año siguiente. No era justo que un niño fuera bizco. Había hecho todo lo posible para protegerlo de las bromas crueles, pero sabía que si empezaba el colegio, no podría hacer nada y no estaba dispuesta a que su hijo pasara por eso.

Como la operación no era fundamental para la salud de su hijo, el exiguo seguro que tenía por el restaurante no se la cubría. Todavía le faltaban unos cuantos miles de dólares.

Ginny amontonó los platos de la mesa en otro cubo, resignada ya a que Manuel hubiera desaparecido una vez más. Tomó un periódico olvidado, lo dobló y se lo guardó debajo del brazo. Le gustaba leer los periódicos de todos lados que se olvidaban los clientes. Hubo un tiempo en que soñaba con dejar Fort Lauderdale y conocer Atlanta, Washington o Nueva York. Sin embargo, los sueños de viajar e ir a la universidad se desvanecieron cuando se quedó embarazada.

Vació el cubo y sirvió otras dos mesas antes de que le tocara descansar. Agarró el periódico y salió afuera, lejos del bullicio y el alboroto. Se sentó debajo de una vieja palmera enorme y extendió el periódico bajo la sombra que la protegía del caluroso día. Era el Dallas Tribune. El corazón se le encogió un instante. Levantó la mirada y vislumbró el Océano Atlántico entre las tiendas de recuerdos y el paseo lleno de universitarios que se pavoneaban. Era como si mirara al pasado. Texas. Él era de Texas.

Suspiró levemente y ojeó los artículos de la primera plana. Iba a

pasar la página cuando se fijó en un pequeño titular que había en la esquina inferior izquierda. «John Mitchell Holden y su familia donan un millón de dólares a la Fundación Infantil último Deseo».

Ginny no podía creerse lo que veían sus ojos.

John Mitchell Holden.

Cinco años se desvanecieron al instante y ella volvió a ser la joven a la que un texano grande y descarado enamoró perdidamente, sedujo y se llevó a la cama. Fueron dos semanas maravillosas. El esplendor, la emoción constante, el deleite embriagador, el hechizo de aquellos días volvieron a su mente. El pulso se le aceleró al recordarlo. La invitó a comer y beber en los sitios más elegantes y no dejaba de repetirle que era la mujer más hermosa que había conocido. Casi podía oír el eco de aquel seductor acento texano.

Hasta que desapareció sin decir una palabra. Las vacaciones de primavera habían terminado y él se volvió a Texas.

Ginny no volvió a saber nada de él. No sabía cómo ponerse en contacto con él. Había buscado en listines telefónicos y en Internet para intentar conectar con todos los Holden y preguntarles si conocían a John Mitchell, sobre todo cuando supo que estaba embarazada. Debía saber que era el padre de un niño. No consiguió nada. Nadie dijo conocerlo. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Leyó el artículo a toda velocidad. Se mencionaba un rancho en Tumbleweed. Ella se acordaba de las historias extrañas y disparatadas del rancho familiar. La mayoría no se las creía del todo, pero pensó que tenía que haber un fondo de verdad. No era de extrañar que no lo hubiera encontrado en los listines telefónicos de las ciudades, vivía en un pueblo que no conocía a setenta y cinco kilómetros de Fort Worth.

El artículo se centraba en la espléndida donación suya y de su familia. Un millón de dólares.

La ira empezaba a dominarla. Su desaparición había privado a Joey de conocer a su padre y, según el artículo, tenía medios para haber dado una atención adecuada a su hijo desde el principio. Ella había estado ahorrando durante más de cuatro años para poder operar a Joey. Había arañado cada céntimo para conseguir la cantidad necesaria.

Le faltaban dos mil dólares para que los ojos de su hijo fueran como los de todo el mundo.

Un hombre que podía donar un millón de dólares a una obra de caridad, seguro que podía desprenderse de dos mil dólares para la operación de su propio hijo.

Volvió a leer el artículo. El dinero lo había donado en memoria de su mujer y su hija.

Así que había vuelto para casarse con alguna chica texana. Hacía mucho tiempo que sabía que los sentimientos que había tenido por John Mitchell Holden no

habían sido correspondidos. Ningún hombre, independientemente del amor que declarara por ella, se habría quedado al margen sin ponerse en contacto con ella. Él sabía dónde vivía ella. Podía haberla llamado o escrito o podía haber vuelto a Fort Lauderdale si ella hubiera significado algo para él.

Hacía mucho tiempo que ya no sentía nada por él.

Sin embargo, Joey era su hijo y ella iba a conseguir que él lo supiera. Todos los niños se merecen un padre. Quizá el padre de Joey pudiera pagar su parte de la operación.

Si no lo hacía, era posible que al periódico de Dallas le encantara saber que aquel hombre tan generoso y su familia se negaban a ayudar a su propio hijo.

Ginny se levantó y fue al café ansiosa por acabar el turno. Llamaría a John Mitchell Holden en cuanto saliera de allí. Estaba segura de que encontraría el número de teléfono sin ningún problema. Se llevaría una buena sorpresa al oír aquella voz del pasado.

CAPÍTULO 1

GINNY miró entre la lluvia la verja de hierro que señalaba la entrada del rancho H Circular. Volvió a estornudar y se sonó la nariz. Se frotó el pecho e intentó tomar una bocanada de aire, pero le dolía respirar.

Había sido un viaje espantoso. Si aquel maldito hombre hubiera contestado a alguna de sus cartas o devuelto sus llamadas, ella no habría tenido que ir conduciendo desde Florida a Texas. Sin embargo, él la había desdeñado durante el último mes como lo había hecho durante los últimos cinco años.

Sin embargo, eso no iba a detener a Ginny. Se había tomado una semana de vacaciones, había exigido el máximo a su viejo coche y ya estaba en Tumbleweed, en la entrada del rancho de los Holden.

El coche se había estropeado en Biloxi y volvió a hacerlo en medio de una tormenta a las afueras de Beaumont. El resfriado había empeorado cada día desde que tuvo que estar mojándose mientras hablaba con el conductor de la grúa. Se mantuvo decidida. Nadie iba a desdeñarla. Si John Mitchell Holden creía que ella iba a ceder porque él no contestara a sus exigencias, era porque no la conocía.

Mientras enfilaban el camino pensó que, efectivamente, él no la había conocido de verdad. Un idilio de dos semanas era romántico y apasionante, pero no era el mundo real.

Había sido una estúpida por creerlo cuando le dijo que la amaba. ¿Acaso no le había advertido su tía una y otra vez? Si la hubiera hecho caso... Entonces no tendría a Joey y no lo cambiaba por nada del mundo. ¿A John Mitchell no le gustaría saber que tenía un hijo?

—¿Hemos llegado, mamá? —le preguntó Joey desde su silla en el asiento trasero.

—Casi, cariño —contestó ella con la esperanza de que fuera verdad.

La verdad era que esperaba poder conseguir que John Mitchell aceptara ayudarla a pagar la operación antes de que tuvieran que marcharse para encontrar un motel donde pasar la noche. Estaba

deseando meterse en la cama, taparse con las sábanas y dormir hasta el día siguiente.

Las tormentas de verano eran muy famosas en Florida, pero empezaba a pensar que las de Texas las superaban. Era el tercer día seguido con tormentas.

—¿Veremos caballos? —preguntó Joey.

—No lo sé. A lo mejor están a cubierto por la lluvia.

Se veía mucho ganado por el campo que bordeaba la carretera, pero no caballos.

—¿Y vacas? —insistió el niño.

—Si miras por la ventanilla verás más vacas que las que puedas contar.

El enorme rebaño se extendía por el campo y muchos de los novillos permanecían estoicamente de pie con el lomo batido por el viento y soportando la lluvia que caía sobre ellos.

La carretera era ancha, de dos direcciones, asfaltada y recta como una lanza. ¿A qué distancia estaría la casa? Al subir una pequeña loma, Ginny tuvo la respuesta. Enfrente de ellos se levantaba una enorme casa blanca de dos pisos y con columnas que aguantaban el tejado que cubría una amplia galería. Era lo suficientemente grande como para albergar a varias generaciones de una familia. Le recordó a Tara; un poco llamativa, pero propia de una familia que podía donar un millón de dólares a la caridad.

Más allá de la casa había dos graneros gigantescos y un grupo de edificios. Ella no tenia ni idea de cómo funcionaban los ranchos¿para qué servían todos aquellos edificios?

A la idquierda de la casahabía un pequeño edificio de ladrillo.Le pareció una oficina, era bajo cuadrado con ventanas muy altas, como muchas oficinas de seguros de FloridaGinny estaba impresionada.. Redujo la velocidad y , se quedó mirando. Ella había pensado que las historias de John Mitchell habían sido exageraciones de un universitario que quería impresionarla.

Sintió que las dudas se apoderaban de ella.

¿Estaría haciendo lo corrrecto?quizas hubiera debido dejar a Joey con su amiga Maggie e ir sola. Una idea espantosa le vino a la mente, ¿Que pasaria si John Mitchell le exigía sus derechos para que Hoey pasara tiempo con el ¿Y si le pedía la custodia?

Segun el artículo, él había perdido a su hija en un accidente de coche.

Quizas quisiera tener cerca a su hijo. Sintió una punzada de compasión por él, aunque seguía furiosa por cómo se había Portado con ella.

Ginny dudó y se Preguntó si habría hecho el viaje en balde.Habia tomado un dinero que tenia guardado para la operacion, pero tambien habia pensado que estaría bien gastado si podía conseguir que el padre de Joey pagara lo que faltaba. Se sentia consumida por las dudas, pero no podía volverse sin verlo, sin intentarlo.Esperaba que a él le gustara Joey , pero que se conformara con dejar las cosas como estaban.

—¿por qué estamos parados, mamá?

Veo la casa con las luces encendidas, Pero es de día

Si cariño, es por la lluvia. .

—Era poco después del mediodia, pero estaba tan oscuro por la tormenta que tenian las luces encendidas El resplandor que se Veía a través de las ventanas daba una sensación acogedora. Avanzó lentamente. Había llegado hasta allí y tenía que terminar lo que había empezado. Por el bien de Joey.

Se paró junto a la puerta principal, paró el motor y se volvió para soltar el cinturón de seguridad de Joey.

—Pasa por encima del asiento y vamos allá.

Ginny tosió y esperó a que su hijo trepara por el respaldo del asiento. Se encontraba fatal y esperaba que todo transcurriera tranquilamente.

—Vamos corriendo para no empaparnos, ¿de acuerdo?

Se encontraba demasiado cansada y débil como para llevarlo en brazos. Quizá hubiera debido tomar una habitación en Tumbleweed y echarse una siesta antes de ir, pero ya era demasiado tarde.

Abrió la puerta del coche y salieron disparados hasta el porche.

Joey pisó todos los charcos que se encontró por el camino. Ginny intentó que corriera más deprisa y pensó que se presentarían como dos ratas de alcantarilla.

Llamó al timbre y tembló ligeramente de frío. Tenía los hombros y el pelo mojados y el viento atravesaba su ropa como si no llevara nada puesto.

Se abrió la puerta. Apareció una mexicana anciana con el pelo

oscuro con mechones grises sujeto en un moño. Llevaba un vestido cubierto por un delantal. —¿En qué puedo ayudarlos? —les preguntó.

Llevaba un paño en una mano y los miraba amablemente pero con curiosidad.

—Busco a John Mitchell Holden —dijo Ginny.

Joey asomó la cabeza para mirar a la mujer con los ojos como platos.

—El señor Holden está ocupado. ¿La esperaba? —No, pero venimos desde muy lejos. Sólo necesito que me atienda un par de minutos.

Estaba dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta.

La anciana miró detenidamente a Ginny y luego a Joey y sonrió.

—Pasen. Le diré al señor que está aquí, si me dice su nombre.

—Ginny Morgan.

Terminó de decirlo y se puso a toser. El pecho le abrasaba y se sentía congestionada. Hacía mucho calor en la casa, ¿o sería el contraste con el frío de la tormenta?

—¿Quién es, Rosita? —preguntó una voz masculina.

Ginny se volvió y vio a un desconocido que entraba al vestíbulo. Él frunció el ceño al verlos.

Tenía el pelo oscuro y muy corto. Su expresión severa era más intimidadora que su imponente tamaño. Medía unos dos metros, era fuerte y estaba bronceado. Ginny se acordó de los delgaduchos universitarios que se paseaban arrogantemente por la playa durante las vacaciones de primavera. No podía imaginarse que aquel hombre se hubiera parecido a ellos, pero se imaginaba que podía darles lecciones de atractivo sexual y de cómo captar la atención de una mujer.

Ginny se sentía intrigada a pesar de lo mal que se encontraba.

La mandíbula firme le decía que era alguien que no se andaba con tonterías. La piel curtida indicaba que pasaba muchas horas bajo el sol. Los músculos del cuerpo no se debían a un gimnasio. ¿Sería un familiar de John Mitchell? Era demasiado joven para ser su padre, ¿sería un hermano mayor? Calculó que tendría treinta y pocos años.

Ginny volvió a toser y dejó las conjeturas. Tenía una misión.

—Busco a John Mitchell Holden —dijo Ginny con firmeza.

—Lo ha encontrado —replicó el hombre.

Ella parpadeó. Sintió como si todo le diera vueltas. Joey asomó la cabeza por detrás de las piernas de su madre y lo miró.

—¿Eres mi papá? —le preguntó.

Fue lo último que oyó Ginny antes de que todo se oscureciera y se desvaneciera suavemente.

Mitch consiguió agarrarla antes de que la cabeza se golpeara contra la madera del suelo.

—Mamá... —el niño se agarró a la pierna de su madre que estaba en brazos de Mitch—. Mamá, ¿qué te pasa? —el niño seguía aferrado a su madre con expresión de terror.

Mitch la levantó.

—Tu mamá se pondrá bien. La llevaré al salón para dejarla en un sofá.

Entraron en la enorme habitación y la tumbó en un amplio sofá. El niño se acercó a ella y la palmeó en el hombro.

—Mamá...

—Se pondrá bien —repitió Mitch mientras observaba a Ginny con la esperanza de que se recuperara pronto.

Estaba pálida y respiraba con dificultad. Pesaría unos cuarenta y cinco kilos y eso era muy poco para su tamaño.

—¿Llamo al médico? —preguntó Rosita que estaba en la puerta con gesto de preocupación.

—Todavía no. Vamos a ver si se recupera sola.

Mitch miraba a aquella mujer desmayada. Era lo que le faltaba, una complicación más para un día que ya había sido bastante complicado.

—Traeré un paño frío —dijo ella mientras se dirigía al fondo de la casa.

No era el mejor momento para visitas inesperadas. Sobre todo cuando su secretaria de siempre acababa de decirle que tenía que ir a su casa por un asunto familiar urgente y que se marcharía esa tarde. Su madre se había roto la cadera y sólo ella podía atenderla. Aun así, no podía haber ocurrido en un momento peor.

Una pequeña crisis de la construcción en Los Ángeles se había convertido en una gran crisis. Había que reunir el ganado y llevarlo a los pastos de verano. El había ido al rancho por ese motivo. Ya se había retrasado una vez en primavera y se había vuelto a retrasar

por el tiempo. Si no, se habría quedado en Dallas o estaría camino de Los Ángeles.

Ya tenía unos cuantos asuntos entre manos y no necesitaba más complicaciones.

—¿Por qué está dormida mamá? —preguntó Joey—. Ella nunca duerme siestas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Mitch. No había visto a ninguno de los dos en su vida, pero él niño le había preguntado si era su padre.

—Me llamo Joey. ¿Va a despertarse pronto mamá?

—Eso espero. ¿Joey qué más? ¿De dónde venís?

Joey frunció el ceño y lo miró. Mitch sintió una punzada al ver la incertidumbre en los ojos del niño. Por un instante le recordaron los ojos azules de Daisy, salvo que uno de ellos se desviaba hacia dentro. No sabía mucho del asunto, pero creía que ya se debería haber intentado corregir aquello.

Rosita entró en la habitación con un paño mojado. Lo puso en la frente de Ginny y le tocó las mejillas.

—Tiene fiebre, señor.

—¿Cómo se llama?

—Ginny Morgan. Preguntó por usted. Ha venido desde muy lejos para verlo. Quizá deberíamos llamar al médico.

El niño volvió a mirar a Mitch. —¿Eres mi papá? —No.

Mitch lo sabía perfectamente. Jamás había visto a aquella mujer y, además, el niño parecía tener unos cinco años y hacía cinco años él estaba felizmente casado. Había querido a Marlisse más que a nada en el mundo.

Sintió un dolor muy conocido. ¿Alguna vez superaría su pérdida? ¿Se acostumbraría al vacío que Daisy y ella le habían dejado en el corazón?

—Mamá me dijo que veníamos a conocer a papá. ¿Dónde está?

El instinto de Mitch se alertó. Ella había preguntado por él por su nombre y le había dicho al niño que era su padre. ¿Qué estaría tramando aquella mujer?

Ella era rubia y tenía los ojos grises y el niño tenía los ojos azules. Él, en cambio, era moreno con los ojos negros. Si fuera necesario, la prueba del ADN lo aclararía todo.

—Mamá —Joey la zarandeó—. Despierta, mamá.

Mitch notó un nudo en la garganta. El niño parecía aterrado. Se acordó de Daisy cuando tenía cinco años. Nada le había aterrado a ella.

Ningún niño debería sentir ese miedo.

Se agachó junto al niño y le tomó una manita. Los recuerdos lo abrumaron. Se acordó de cuando tomaba la mano de Daisy para cruzar la calle o ir a la tienda. Oyó los ecos de su risa. Todavía podía ver cómo disfrutaba con las cosas cotidianas.

El niño no se parecía a su hija, pero su presencia le recordaba todo lo que había perdido.

—¿Dónde vives, Joey?

—En Atlantic Circle número trece, Fort Lauderdale —respondió él con orgullo.

Estaba claro que la madre se había ocupado de que se aprendiera la dirección.

—¿Florida? —murmuró Mitch preguntándose si Daisy sabía su dirección a esa edad.

—Hemos hecho un viaje muy largo y mamá me dijo que vería a mi papá cuando llegáramos. Necesitamos dinero para mis ojos. Cuando me operen seré como los otros niños, pero hasta entonces soy especial.

Rosita miró a Mitch.

—¿Me llevo al niño para que pueda hablar con su madre cuando despierte? —preguntó.

—No puedo abandonar a mamá —protestó Joey.

—Tu mamá va a estar muy bien —dijo Mitch mientras se levantaba—. Vamos a dejar que descanse un rato. Rosita te dará un poco de leche con galletas. Seguro que tienes hambre.

Joey se pensó la oferta.

—Tengo hambre. No hemos comido. ¿Puedo comer?

—Claro. Rosita, ¿te importaría…?

La mujer se llevó al niño y él descolgó el teléfono para llamar a la oficina.

—Diga, jefe —respondió Helen que había reconocido la línea interna del rancho.

—Llama a Jed Adams antes de que te vayas. Una mujer joven se ha desmayado en el vestíbulo. Al parecer tiene fiebre y respira con dificultad. Pregúntale si cree que hay que llevarla a urgencias.

—Hecho.

Helen colgó y Mitch sonrió. Helen no se sorprendía por nada. Ni por una desconocida que se desmayaba en la casa ni por nada que pudiera pasar en el rancho. No tenía precio, ni en el rancho ni en las oficinas de Dallas. ¿Qué iba a hacer cuando se fuera durante un tiempo indefinido? Helen ya había llamado a la agencia de empleo para que mandaran una sustituta temporal, pero Mitch sabía que no le resultaría fácil trabajar con una desconocida.

La mujer se estremeció. Perfecto. Si se recuperaba, podría pedirle que se fuera tras sugerirle que pasara por la consulta del médico del pueblo. Un problema resuelto.

El teléfono sonó cuando se abrieron aquellos ojos grises.

—Holden —dijo Mitch al descolgar.

—Mitch, me han dicho que estás con alguien que puede necesitar atención médica —la voz de Jed Adams le llegó a través del auricular.

Él y Mitch habían ido juntos al instituto. Luego, Jed estudió Medicina y Mitch se especializó en Administración de empresas. Sus caminos no se cruzaron mucho durante aquella época, pero los lazos de la amistad

conservaron su fuerza.

—Creo que está recuperándose. Espera —Mitch se agachó hasta que tuvo los ojos a la altura de los de ella. —¿Se encuentra mejor? —le preguntó. Ella parpadeó lentamente y lo miró. —¿Qué ha pasado?

Ginny miró alrededor con un desconcierto evidente. —¿Dónde está Joey? —el tono denotaba cierto pánico.

Intentó sentarse, pero Mitch le puso la mano en el hombro para impedírselo.

—Está bien. Rosita está dándole de comer. Nos preocupa usted. Se ha desmayado.

—¡Desmayado! ¡Nunca me desmayo! —se frotó la frente—. No me siento muy bien.

Mitch volvió al teléfono.

—Está despierta y lúcida. Creo que la crisis ha pasado. Te la mandaré para que la veas. Gracias por llamar, Jed.

—De nada. Si necesitas algo, dímelo.

Mitch colgó y se irguió completamente. Ginny lo miró todo lo

alto que era con una expresión de perplejidad que no la abandonaba.

—Usted no es John Mitchell Holden —dijo sin perder la calma.

—Lo era la última vez que lo comprobé, pero, evidentemente, no soy el que usted busca. No sabía que hubiera dos.

Ginny cerró los ojos empañados de lágrimas. —¿Puedo ofrecerle algo? —le preguntó Mitch que se preguntaba quién sería Ginny Morgán y por qué lo

buscaba, o buscaba a alguien con su mismo nombre. Ella sacudió la cabeza.

—Desapareceré de su vista enseguida. Discúlpeme por el error. Yo creí... Leí un artículo en el periódico de Dallas sobre su donación a la fundación infantil. Creía que había encontrado al hombre que llevaba años buscando. Quiero decir, creía que usted era John Mitchell. Mi John Mitchell Holden. Bueno, en realidad, no es mío, pero llevo cinco años buscándolo.

—Ha hecho un viaje muy largo por un artículo. Su hijo me ha dicho que viven en Florida.

—Lo escribí y lo llamé, pero usted no contestaba. Estaba desesperada.

—¿Por qué?

Mitch se sentó en la butaca que había junto al sofá. La tía Emaline entró en la habitación antes de que Ginny pudiera decir una palabra. Llevaba un vestido de encaje más propio de una fiesta al aire libre que de un rancho, pero él estaba acostumbrado. Suspiró. Otra complicación.

—Querido sobrino, me alegro de que me avisaras para una emergencia. Me encanta ayudar. Esta es la pobrecilla. Desde luego, parece enferma.

Ginny miró a la anciana. Tenía un aspecto delicado y un pelo blanco rizado alrededor de la cara. El vestido le recordaba a fiestas sureñas y una vida despreocupada. Era femenina y frívola y desentonaba un poco en aquella habitación tan campestre.

Miró al hombre y vio que hacía un leve gesto de disgusto al ver a la anciana, pero lo contuvo rápidamente.

¿Podían ser de la misma familia? Ella lo había llamado sobrino, pero él parecía demasiado grande y masculino para estar emparentado con una mujer tan liviana.

—¿Qué tal te encuentras, cariño? —se acercó y le palmeó las mejillas—. Estás ardiendo. Mitch —miró a su sobrino—. Está ardiendo. Tenemos que darle algo para la fiebre. Una aspirina. Creo que bastará con una aspirina y líquidos. Muchos líquidos. Un buen zumo de manzana o agua.

Ginny tosió y Emaline se puso el pañuelo en la nariz y la boca sin dejar de revolotear.

—Cariño, esa tos es espantosa. Mitch, tenemos que hacer algo. Le vendrá bien acostarse. ¿La ponemos en el cuarto rosa o en el lila? Creo que el lila, es más sosegante. El rosa sería excesivo, ya está bastante congestionada como para añadir el rosa de las paredes.

—¿Cómo dices? —Mitch miró a su tía.

—Las paredes rosas harían que su piel pareciera más rosa y nunca sabríamos cuándo le ha bajado la fiebre.

—Si se quedara, podríamos utilizar un termómetro —dijo Mitch mientras se levantaba—, pero eso no ocurrirá porque no va a quedarse.

—Mitch, no puedes echar a una mujer enferma en medio de la tormenta. No voy a consentirlo.

—Tía Emaline. Es una completa desconocida. No sé nada de ella. Ha venido desde Florida y estoy seguro de que podrá llegar al pueblo para alojarse en un motel.

—Me marcharé. Siento haberles causado este problema.

Ginny intentó levantarse, pero tenía las piernas blandas como unos espaguetis y volvió a caerse en el sofá.

—¡Lo ves! —exclamó con tono triunfal Emaline—. No puede viajar. Si no quieres ocuparte, lo haré yo. Naturalmente, mi casita de campo está abarrotada, pero no voy a eludir mis obligaciones con los más desfavorecidos y echar a una persona enferma en un día como este.

Mitch se contuvo y no puso los ojos en blanco ante el famoso tono dramático de su tía. Asintió una vez con la cabeza. Hablaría con Rosita. Si su tía no hubiera aparecido, él habría despedido a la desconocida y a su hijo sin contemplaciones. Sin embargo, tendría que admitirla por lo menos un día más. Esperaba que al día siguiente estuviera mejor y pudiera volverse a Florida.

—Entonces, la dejaré en tus diestras manos, tía.

—Yo me ocuparé de todo, Mitch. Vuelve al trabajo. ¿Te importaría decirle a Rosita que me ayude?

—En estos momentos está ocupada con el niño. Emaline abrió los ojos como platos.

—¿El niño? ¿Por qué no me lo habías dicho? Hace tanto tiempo que no se oye la risa de un niño en esta casa...

Salió casi corriendo de la habitación para ver a la criatura.

Mitch suspiró y miró a la mujer que se había sentado en el sofá y que se frotaba el pecho distraídamente. Había dejado de toser y el color de las mejillas certificaba la fiebre.

Ella lo miró con expresión cansada. Estaba pálida, salvo por las dos sombras rosadas de las mejillas.

—Me marcharé dentro de unos minutos. No puedo quedarme.

—Emaline tiene derecho a invitar a quien ella quiera. Puedo mostrarle un dormitorio lo suficientemente grande para usted y su hijo. También puedo prepararle otra habitación a él para que no se contagie.

—Después de cuatro días en el coche, ya se podría haber contagiado.

—¿Ha tardado cuatro días en llegar desde Fort Lauderdale?

Ginny asintió con la cabeza.

—Tuvimos algún problema con el coche.

Ginny lo miró atentamente y se fijó en sus rasgos. No se parecía en nada al chico del que se había enamorado. No coincidía la edad, ni el tamaño, ni el color y, desde luego, no era el tipo de hombre con el que se liaría.

—Ha hecho un viaje muy largo por un artículo del periódico.

Él esperó una reacción, la insinuación de que necesitaba ayuda o, quizá, dinero para el viaje de vuelta. ¿Esperaba acaso algo de compasión? La donación que comentaba el articulo había provocado muchas peticiones de otras organizaciones. Helen se encargaba de rechazarlas, pero Ginny Morgan era la primera persona que se presentaba directamente, al menos, que él supiera.

—Pensé que había sido el destino; que había encontrado a John Mitchell Holden cuando más lo necesitaba. Él me dijo que era de Texas y que su familia tenía un rancho. Me contó muchas historias del lugar, pero quizá se las inventara.

—¿Cuándo pasó todo eso?

—Hace cinco años. Durante las vacaciones de primavera en Fort Lauderdale.

—El desmadre de las vacaciones de primavera. ¿Lo conoció allí?

Ginny se puso tensa por el tono burlón. Lo que hubiera ocurrido en su pasado no era de su incumbencia. Volvió a frotarse la frente con los ojos cerrados. Sólo quería una cama y dormir doce horas.

—La vida sigue. No lo molestaré más, señor Holden. Siento haberle molestado.

—Quédese esta noche, como ha propuesto tía Emaline. La tormenta no remite y sería peligroso conducir. Conviene evitarlo si no conoce las carreteras. Además, este rancho es famoso por su hospitalidad.

Por lo menos lo había sido mientras Marlisse vivía allí. Le encantaba que fueran los amigos, cocinar para mucha gente y enseñarles el rancho. Nadie se había quedado desde que ella había muerto. Rosita tendría que preparar las habitaciones y orearlas lo mejor que pudiera con la tormenta.

Miró por la ventana. El viento tumbaba los árboles y la lluvia caía a mares. Nada le apetecía menos que una desconocida y su entrañable hijo se quedaran a pasar la noche, pero su tía tenía razón.

—¿Sabe si hay alguna otra familia Holden que tenga ranchos? —le preguntó Ginny con tono esperanzado.

—Que yo sepa, no hay más Holdens que tengan ranchos en Texas. He sido miembro de la Asociación de Ganaderos durante años y estoy seguro de que me habría enterado.

—Era rubio y con ojos azules. Joey ha sacado sus ojos —susurró—. Quizá todo fuera un cuento. Puede ser un farmacéutico de Nueva Jersey —se reclinó lentamente sobre el costado—, pero tenía acento de Texas —susurró mientras se quedaba dormida.

Mitch la observó. Cuando Rosita hubiera preparado la habitación, tendría que levantar a su invitada forzosa, llevarla y dejarla dormir hasta el día siguiente. Si no había mejorado por la mañana, volvería a llamar a Jed y le pediría que acudiera.

¿Qué haría con el niño? No había pensado en volver a tener niños por la casa. Evitaba las reuniones familiares y le había dejado muy claro a su hermana y a sus sobrinos que no estaba de humor para tener compañía.

Emaline había querido que se quedaran. Ella podía ocuparse del niño, pero lo haría sola. El no iba a participar.

Quizá la mujer de Jack Parlance pudiera encargarse del niño si era demasiado para Emaline. La mujer del capataz había criado a sus tres hijos que ya trabajaban por su cuenta. Ella sabría qué hacer con un niño pequeño. Además, le encantaría hacerlo, mientras que para él era una angustia.

Se volvió y salió de la habitación furioso porque el destino le había interrumpido su rutina. Le fastidiaba que Helen se fuera, le fastidiaba que Ginny Morgan y su encantador hijo se entrometieran en su vida y, desde luego, le fastidiaba que alguien hubiera adoptado su personalidad hacía cinco años.

CAPÍTULO 2

GINNY se despertó lentamente y se estiró debajo de las sábanas. Por primera vez en mucho tiempo, no le dolía la cabeza. Abrió los ojos y se sentó. Era una cama desconocida en una habitación desconocida. ¿Dónde estaba? No era su dormitorio ni una de las habitaciones impersonales de los moteles donde había dormido camino de Texas.

El sol brillaba en un cielo despejado. Podía ver las colinas de Texas llenas de ganado a través de las altas ventanas con visillos.

Hizo memoria. Estaba en el rancho H Circular. Recordaba vagamente que había hablado con John Mitchell Holden, un hombre al que llamaban Mitch y que no se parecía en nada al estudiante despreocupado del que se enamoró una vez.

Se acordó de la extravagante Emaline que hablaba de caballos con Joey y de un desconocido que le tomaba la temperatura. ¿También la habían puesto una inyección? Todo era muy borroso. ¿Lo habría soñado?

Se destapó animadamente y se levantó, pero tuvo que agarrarse al cabecero. Se sentía débil y temblorosa. ¿Estaba muy enferma? Ya no le dolía el pecho y la tos había desaparecido.

Se abrió la puerta y Rosita asomó la cabeza.

—Ah, está despierta. ¿Va a levantarse? Eso está bien. Se lo diré a la señorita Emaline y le traeré el desayuno.

Cerró la puerta antes de que Ginny pudiera decir algo.

Ginny se sentó en el borde de la cama y miró alrededor. ¿Dónde estaba Joey? ¿Desde cuándo estaban allí? Le parecía recordar a gente que entraba y salía, pero no sabía si era un sueño. Vio su maleta sobre un velador. Volvió a levantarse, se acercó y vio un conjunto de ropa limpia. Miró dentro del cuarto de baño y entró para ducharse y vestirse. No podía creerse que hubiera dormido en la casa de un desconocido.

Tomó una profunda bocanada de aire y se sintió aliviada al no toser. Se vestiría, buscaría a Joey y se marcharían. El viaje había sido en balde. La decepción amenazaba con abrumarla. No sólo no conseguiría el dinero para la operación, sino que se había gastado

unos cientos de dólares en un viaje inútil.

Cuando terminó de vestirse, estuvo tentada de volver a meterse en la cama para dormir otras veinticuatro horas. Sin embargo, Rosita le había dejado un desayuno delicioso en la mesa que había junto a las ventanas.

¿Dónde estaría Joey? Dio un sorbo del zumo de naranja y se preguntó si debería seguir comiendo antes de buscarlo. Rosita se habría ocupado de él el día anterior y no le importaría hacerlo unos minutos más. Además, estaba hambrienta.

Comió lentamente y saboreando cada bocado. Pensó que sería algún tipo de tortilla mexicana con especias. Le pediría la receta antes de marcharse.

Tenían que irse. A ese paso, la semana que se había tomado pasaría antes de que volvieran a casa. Aunque esperaba que el coche no se estropeara otra vez. No podía permitirse más reparaciones. Necesitaba todos y cada uno de los dólares que tenía.

Un delicado golpe en la puerta anunció la aparición de Emaline. Llevaba un vaporoso vestido rosa con encaje en el cuello y en los puños de las mangas largas. El conjunto se remataba con unas bailarinas y parecía flotar mientras cruzaba la habitación.

—Por fin te has despertado. Me alegro mucho. ¿Qué tal te encuentras? Hemos estado muy preocupados, pero Jed ha dicho que sólo necesitas mucho descanso y buenos alimentos. También te ha puesto una inyección porque no podías tomarte la cápsula con tanta tos. El caldo que te preparó Rosita no parecía suficiente alimento y no te lo bebías. Yo creo que unos huevos pochados te habrían sentado de maravilla, pero Mitch dijo que el caldo era suficiente.

Emaline se sentó en la butaca enfrente de Ginny y la miró con ojos resplandecientes.

—Joey es un encanto. Nos da mucha alegría. Hace mucho tiempo que no hay niños en esta casa. Naturalmente, todos añoramos a Daisy con locura, pero falleció hace dos años y yo creo que una casa tan grande necesita a niños que corran por ella, ¿no te parece? En nuestra familia había siete. Mamá decía que a veces eran demasiados, pero nos adoraba a todos. Y todos la adorábamos a ella y a papá. Mi hermana menor se casó con Bradley Holden. Son los padres de Mitch. El rancho es de Bradley, naturalmente, pero Mitch lo dirige ahora que ellos están de viaje. Ha sido de su familia

durante generaciones. Yo tengo una casita de campo en la parte de atrás. ¿Verdad que la tortilla de Rosita es deliciosa? Me gustan las tortillas especiadas, pero casi siempre me hago mi comida, sólo vengo cuando está Mitch o cuando él está de viaje, pero Rosita hace de la tortilla algo especial.

Ginny intentaba seguir el monólogo y la cabeza le daba vueltas con cada cambio de tema.

—¿Dónde está Joey? —le preguntó cuando Emaline se detuvo para tomar aire.

—Ha salido a ver los caballos. Le encantan. Si se quedara, estoy segura de que aprendería a montar antes de que te dieras cuenta. Daisy montaba cuando tenía tres años. Claro, que Mitch tenía un pony para ella. Lo regaló cuando ella murió, pero nunca se arriesgaría con un niño, así que si te quedas, seguro que conseguiría otro pony para Joey. Aunque no ha hecho mucho caso al niño. Ha cerrado el corazón a casi todo. Sólo vive para trabajar. Ha aumentado considerablemente la fortuna de la familia y no nos quejamos, pero nos gustaría volver a verlo asentado y no tan reconcentrado.

Ginny dio por supuesto que Daisy era la hija de Mitch que había muerto. Oír hablar de ella la hacía más real. No podía imaginarse el dolor de perder un hijo.

—Muy bien —continuó Emaline—. Estaba deliciosa, ¿verdad? Me alegro de que comas por fin. —¿Por fin? —Ginny la miró.

—Cuatro días a base de caldo debilita mucho a una persona, ¿no crees? —Emaline inclinó la cabeza mientras miraba a Ginny.

—¿Cuatro días? ¿Llevo cuatro días aquí? —Ginny estaba espantada.

Mitch no podía creerse que un comentario sarcástico acabara en llantos, gritos y un portazo. La secretaria temporal se había marchado muy nerviosa y lo había dejado en la oficina intentando entender el sistema de archivo de Helen. Sacó otra carpeta, la ojeó y volvió a dejarla en su sitio. Quizá debiera llevar a alguno de los hombres del rancho, ellos, por lo menos, no se ofenderían por cualquier cosa.

Su secretaría no lo había llamado para decirle cuándo pensaba volver y cada vez estaba más nervioso con las secretarias temporales que le mandaba la única agencia del pueblo. Llevaba

dos en tres días. ¿Acaso no podían encontrar a alguien capaz de hacer el trabajo rutinario de una oficina o, al menos, a alguien que no se marchara ante la más mínima queja?

Un leve ruido le indicó que ya no estaba solo. Mitch levantó la mirada y vio a Joey en la puerta.

—Los niños no pueden entrar en la oficina —dije Mitch.

Tenía una conferencia por teléfono dentro de diez minutos y esperaba poder encontrar el expediente Montgomery antes.

—La señora decía palabrotas —dijo Joey mientras entraba.

—Ya lo he oído.

Quizá no hubiera debido preguntarle si se sabía el abecedario con un tono tan sarcástico, pero ese expediente era muy importante y ella no podía encontrarlo. Aunque él tampoco había tenido más suerte. Quizá se hubiera precipitado al hacer el comentario.

—Mamá no dice palabrotas. Dice que podemos ser más imaginativos y demostrar nuestra inteligencia en vez de imitar a los que dicen palabrotas —afirmó JOey solemnemente.

Mitch lo miró. ¿Acaso no le había dicho que los niños no podían entrar en la oficina?

—¿Se va a poner bien mamá hoy? —le preguntó Joey mientras se acercaba.

—No lo sé. Seguramente.

Mitch encontró el expediente y volvió a la mesa. Lo abrió y miró a Joey que se había puesto a su lado para mirar con curiosidad todo lo que había sobre la amplia mesa.

—Mira, niño, tengo que trabajar y los niños no pueden entrar en la oficina.

—El señor Parlance dice que como mamá está enferma tengo que preguntarte a ti si puedo montar a caballo. Yo quiero ser vaquero. ¿Puedo montar a caballo?

Mitch sacudió la cabeza.

—No.

Joey no insistió como lo habría hecho Daisy ante la negativa. Se limitó a encogerse de hombros y a poner cara de decepción.

Mitch lo miró de soslayo. Estaba bien educado y no daba la lata, Jack decía que asimilaba todo lo que decían los vaqueros y que se quedaba durante horas en el cercado del corral hablando con los caballos y acariciando a los que se acercaban. Era una pena que

tuviera esos ojos. ¿Qué iba a hacer su madre? No era justo que un niño tuviera ese problema y que no hubiera ningún adulto en su vida que pudiera hacerse cargo.

Ginny. Morgan irrumpió en la oficina justo en ese momento. ¡Señor Holden, no tenia ni diea de que habia estado aqui tanto tiempo!,

¡Mamá! Joey resplandeció y corrió hacia ella. Sonó el teléfono.

—Joey —Lo tomó en brazos y lo abrazó con fuerza. —¿Estás Mejor? —le preguntó el niño.

—Holden—dijo Mitch al teléfono mientras miraba la escena.

Las¡ imágenes se hicieron borrosas y vio a Marlisse con su hija, Ella adoraba a Daisy ,Él había adorado a las dos y las añoraba todos los días.

Se obligó a mirar la carpeta que tenía delante. Tenía trabajo y cuanto antes se concentrara en él, antes se disiparía el dolor.

—Mitch dice que no puedo montar a caballo. ¿Puedes conseguirme tú uno? —le preguntó Joey.

Ginny se dio cuenta de que Mitch estaba hablando por teléfono Y salió del despacho.

—Shhh, Esta ocupado. No, no podemos conseguir un caballo. Tenemos que volver a casa. Tom tiene que estar furioso, Ya voy a llegar tarde al trabajo y no le he dicho que seguimos en Texas.

Me gusta estar aquí.En casa se está mejor —dijo Ginny que estaba encantada con la sensación de su hijo. Joey quiso bajarse. Nunca conseguía tenerlo en brazos todo el tiempo que ella quisiera. Estaba creciendo demasiado deprisa. Miró alrededor y se maravilló de la última tecnología de la oficina. Las divagaciones de Emaline le habían proporcionado información de Mitch y de cada persona que había en un radio de cuarenta kilómetros.

Sin embargo, lo que le había fascinado era saber que Mitch dirigía el patrimonio de la familia. Ella había pensado que era un ranchero, pero Emaline le había contado que además de pasar una parte del año en el rancho, también tenía áticos en Los Angeles, Nueva York y Dallas y que no era raro que Mitch y su ayudante personal se marcharan de repente a otra ciudad por motivos de trabajo.

—¿Quieres venir a ver los caballos, mamá? —le preguntó Joey que forcejeaba para que le dejara bajar.

Ella lo dejó en el suelo y le acarició la mejilla. Se apoyó en la mesa y negó con la cabeza.

—Todavía no. Tengo que hablar con el señor Holden.

Miró a través de la puerta abierta y se preguntó cuánto tardaría en colgar. Estaba abochornada por haber pasado tanto tiempo en aquella casa. Todavía se sentía un poco débil, pero sabía que ya había abusado bastante de su hospitalidad. Después de darle las gracias, haría la maleta de Joey y se volvería a Florida.

—¿Puedo ir a ver los caballos? El señor Parlance dice que no le importa si me quedo fuera del corral. Sólo me subo al cercado, pero nunca entro.

—¿Eso es lo que has hecho cuando yo estaba enferma? —le preguntó Ginny mientras le acariciaba la cabeza.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que habían pasado cuatro días?

Joey asintió con los ojos resplandecientes.

—Muy bien, si a ellos no les importa... pero no vamos a quedarnos mucho tiempo. Tenemos que volver a casa. En cuanto hable con el señor Holden, nos pondremos de camino.

Joey hizo un gesto de tristeza.

—,Tenemos que volver? Me encanta estar aquí. Tienen caballos y vacas y perros y hasta una gata en el granero, pero no puedo acariciarla porque no hace buenas migas con las personas.

Ginny estuvo a punto de reírse por la expresión. ¿Con quién había estado hablando?

—Entonces, vete corriendo para despedirte de todos.

Ginny lo miró mientras salía disparado. Oyó la voz de Mitch y se temió que la llamada podía ser larga. Estaba cansada y se sentó en la butaca que había detrás de la mesa. Todavía se sentía débil y angustiada por haber molestado a aquella gente tan amable.

Según Emaline, había tenido un principio de neumonía. Debían de pensar que estaba loca por haberse presentado tan enferma, pero ella creyó sinceramente que no era más que un resfriado.

Le ofrecería a Mitch pagarle por los gastos. No le sobraba el dinero, pero no quería sentirse en deuda con él. Su tía Edith se lo había inculcado durante los años que vivó con ella.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca. En cuanto hubiera hablado con Mitch, se buscaría un motel en

Tumbleweed y se quedaría otro día para descansar. Luego, ya estaría bien para ponerse en marcha. Debería llamar a Tom para decirle que no había desaparecido del mapa y también haría una breve llamada a Maggie. Estaría nerviosa por saber el resultado del viaje.

Ginny su fue quedando dormida mientras pensaba todo lo que tenía que hacer.

Mitch colgó el teléfono contento por la conversación. Si Jim cumplía lo que le había prometido, no tendría que viajar a Los Ángeles pronto.

Dejó el expediente en una esquina de la mesa y fue a descolgar otra vez el teléfono para llamar a la agencia de trabajo temporal. Tumbleweed no era tan grande como para tener más agencias y la selección de posibles empleados era escasa.

Oyó el chirrido de una butaca. Le pareció raro, se levantó y fue a la oficina. Ginny estaba dormida en la butaca de Helen. Estaba ligeramente inclinada hacia la izquierda y si seguía deslizándose, acabaría cayéndose. Le tocó ligeramente el hombro. Cuando ella abrió los ojos y lo miró con una perplejidad somnolienta, él sintió que algo raro se le revolvía dentro. Parecía joven, inocente y no sabía dónde estaba. El pelo era como una delicada y algodonosa nube dorada alrededor del rostro. Los ojos le brillaban con destellos plateados.

Por un instante, Mitch anheló pasarle los dedos entre el pelo para sentir el peso sedoso. Anheló clavar su mirada en aquellos pozos plateados y olvidarse de todo el dolor de corazón del día anterior.

Frunció el ceño y apartó la mano. ¿En qué estaba pensando? Tan solo era una visitante molesta y él no quería tener nada que ver con una mujer. Había amado a su mujer y su muerte lo había destrozado. No volvería a tener una relación con una mujer, ni siquiera superficial. La muerte era demasiado definitiva y la ausencia demasiado dolorosa.

—Lo siento —dijo ella mientras se levantaba bruscamente—. He vuelto a quedarme dormida. Pensará que estoy mal de la cabeza. Normalmente, estoy rebosante de energía.

—Ha estado bastante enferma. ¿Cree que debería haberse levantado? —le preguntó mientras la miraba fijamente.

—Estoy bien. Es más, vamos a irnos enseguida. Quería agradecerle su ayuda. Yo, mmm, querría abonarle los…

Él sacudió la cabeza y se alejó antes de que su delicado aroma le nublara la cabeza.

—No es necesario. Espero que tenga un buen viaje de vuelta.

Ginny sonrió con timidez.

—Gracias. Si alguna vez se entera de que hay otro John Mitchell Holden, ¿me lo podría comunicar? Le dejaré mi dirección y número de teléfono.

El la miró un buen rato. ¿Qué posibilidades había de que existiera otro John Mitchell Holden? ¿Habría ido para intentar una patraña? Si fuera así, ¿por qué no seguía con la farsa? No había dicho nada, ni siquiera lo había insinuado. Si pretendía timarlo, todavía no lo había intentado. Joey había dicho algo sobre conseguir dinero para sus ojos, pero ella no había sacado el tema.

Quizá fuera lo que decía ser, una joven madre que buscaba al padre de su hijo.

—Si alguna vez me entero de que hay otro hombre con mi nombre, se lo diré.

Ginny alargó la mano.

—Gracias otra vez, señor Holden. Agradezco su hospitalidad.

Él sacudió la cabeza sorprendido por la sensación que tuvo al tocarla. Tenía la mano fría y firme. Ella no la retuvo ni intentó coquetear, pero él notó una verdadera descarga.

—Explícame por qué has venido hasta aquí, Ginny Morgan —dijo Mitch tuteándola repentinamente—. Joey dijo algo sobre una operación para los ojos.

Ginny asintió con la cabeza y levantó la barbilla.

—Supongo que te habrás fijado que es bizco. Mi seguro no cubre la operación y yo he estado ahorrando desde que nació —se encogió de hombros—. Cuando leí en el periódico que tu familia había hecho una donación para la Fundación Infantil último Deseo, pensé que había encontrado al padre de Joey. Pensé…

Mitch esperó un instante mientras ella permanecía en silencio.

—Pensaste que se lo sacarías a él —terminó Mitch.

Ginny se ruborizó levemente. Mitch la miró fijamente. No

recordaba la última vez que había visto ruborizarse a una mujer. No encajaba con la idea que se había formado de ella, con la idea de una chica frívola que se había encontrado con un hijo después de una fiesta en la playa.

—Sólo me faltan dos mil dólares y pensé que él, tú... pensé que el padre de Joey era quien había hecho esa donación y que si tenía tanto dinero para donar, también podría dar dos mil dólares para su hijo —terminó de corrido—. Joey es un gran chico y me espanta que empiece el colegio con ese problema.

Mitch se frotó la nuca. Las pocas veces que había visto a Joey, le había parecido animado y entusiasta. Se preocupaba por su madre y luego desaparecía para quedarse cautivado por los caballos. Jack le había dicho que no era un incordio y que asimilaba todo.

Mitch podía entender la decisión de Ginny. Si Daisy hubiera necesitado algo, él habría removido cielo y tierra para conseguirlo. Se volvió y fue hacia la puerta. No había podido hacer nada por su hija. Cuando se enteró de que un conductor borracho había chocado contra el coche de su mujer, Marlisse y Daisy ya llevaban varias horas muertas.

Sin embargo, quizá pudiera hacer algo por otro niño.

Se dio la vuelta y miró por toda la habitación.

—¿Sabes algo del trabajo en una oficina?

CAPÍTULO 3

NO MUCHO —contestó Ginny sin salir de su asombro por la pregunta. Servir mesas no se parecía nada a trabajar en una oficina.

—¿Sabes mecanografía y contestar un teléfono? —insistió Mitch.

Se acordó de todo el tiempo que había pasado en la biblioteca buscando al padre de Joey por Internet mientras su hijo leía cuentos. Se acordó de la cantidad infinita de cartas que había escrito en el ordenador de la biblioteca, siempre buscando...

—Sé mecanografiar, pero no muy deprisa y cualquiera sabe contestar un teléfono.

—Necesito una secretaria —dijo Mitch—. Helen, mi ayudante personal se fue hace unos días por un asunto familiar urgente. Desde entonces, he tenido a dos incompetentes y la oficina está más patas arriba que si no hubiera venido nadie.

—Tengo un trabajo que me espera en Fort Lauderdale.

—Haré un trato contigo. Yo pagaré la operación de Joey que podrá hacerse en Dallas. A cambio, tú trabajarás para mí hasta.que vuelva Helen.

Con eso solucionaría el problema de las secretarias temporales que se iban dando un portazo.

Ginny lo miró fijamente. ¿Pagaría la operación a un desconocido?¿Cuál era el truco?

—¿Cuándo volverá Helen?

—No tengo ni idea. Puede ser dentro de un par de semanas o de un par de meses. Me lo dirá cuando tenga las cosas más encauzadas. ¿Hacemos el trato?

Ginny se mordió el labio rebosante de esperanza. ¿Lo decía en serio? ¿Pagaría la operación si trabajaba en la oficina hasta que volviera Helen? ¿Conseguiría que Tom le guardara el puesto hasta que ella volviera a Florida? ¿Acaso le importaba ese trabajo si conseguía que operaran a Joey? Las buenas camareras no abundaban tanto como la gente creía. Encontraría otro trabajo si Tom no le guardaba el puesto.

Casi sintió vértigo sólo de pensar que Joey pudiera arreglarse los ojos inmediatamente, mucho antes de que empezara el colegio.

¿Sólo trabajo de oficina? —aclaró ella.

¿Él no esperaría nada más? No era que se sintiese una mujer seductora, pero la oferta le parecía demasiado generosa, sobre todo para alguien sin experiencia como secretaria.

Helen podría volver antes de que se concertara la operación, ¿qué pasaría entonces?

—Ya tengo ama de llaves. No necesito otra. Además Emaline se basta y se sobra como acompañante cuando necesito una por motivos de trabajo. Sólo necesito ayuda en la oficina —puntualizó Mitch.

—No seré tan rápida ni eficiente como una secretaria con experiencia —le advirtió ella antes de sentirse idiota por hacerlo.

Tenía que aceptar el trabajo inmediatamente y no sentirse levemente decepcionada porque él no tuviera otras intenciones.

Sin embargo, la oferta parecía demasiado buena para ser verdad. Tenía que haber gato encerrado, pero no le importaba. Lo único que le importaba era que operaran a Joey.

—He ahorrado algunos miles de dólares. Haré que el banco me los transfiera aquí —dijo Ginny—. No hace falta que pagues toda la operación, sólo la diferencia con lo que he ahorrado.

—He dicho que me haré cargo de la factura. Tú te quedarás tu dinero. Ya arreglaremos eso después de la operación. ¿Estás dispuesta a empezar en este momento?

—No puedo creerme que me ofrezcas esto, que se lo ofrezcas a Joey.

Mitch la miró con los ojos entrecerrados durante un buen rato.

—Lo hago por Daisy.

Sonó el teléfono.

—¿Empiezo ya?

Él dudó al ver su palidez.

—Trabaja hasta la hora de la comida y descansa esta tarde. Mañana ya trabajarás todo el día. —señaló el teléfono con la cabeza—. Contesta; esto se llama Holden Enterprises.

Ginny descolgó e identificó la empresa con una voz clara y firme. Había visto suficientes películas de televisión como para conocer el tono de las buenas secretarias. Era una pena que los vaqueros desgastados y la amplia camiseta no estuvieran a la altura y estropearan la imagen sofisticada y competente que quería dar.

Tapó el auricular con la mano.

—El señor Baker, de un banco.

—Contestaré en mi despacho.

Ginny se puso el teléfono en el oído hasta que oyó que Mitch contestaba y luego colgó. Le desconcertaban todos los botones y números que había en el aparato. Naturalmente, una oficina tendría varias líneas telefónicas. ¿Habría un libro de instrucciones por algún lado?

Volvió a sentarse nerviosa y con la respiración entrecortada. Mitch Holden iba a hacerse cargo de la operación de Joey. Su hijo sería completamente normal al cabo de unas semanas. Se sentía como si la generosidad de aquel hombre le hubiera quitado un peso enorme de encima.

Sin embargo, ¿por qué lo hacía? Seguro que podía contratar una secretaria. ¿Por qué iba a pagar una cantidad tan exorbitante por el trabajo que iba a hacer? ¿Dónde viviría ella durante ese tiempo? ¿Quién se ocuparía de Joey? No podía estar todo el día suelto por el rancho. Tenía que llamar a Tom y a Maggie, su mejor amiga, para decirle dónde estaba y lo que había pasado. Quizá le conviniera que alguien le diera un consejo.

Ginny sabía que Daisy había sido la hija de Mitch. Emaline le había contado tantas historias de la niña que era como si ya la conociera. Frunció el ceño. Tenía que hacer el trabajo lo mejor posible. Esperaba que Mitch, al ayudar a Joey, mitigara parte del dolor que sentía por la pérdida de su hija.

Como Mitch parecía pasar casi todo el tiempo hablando por teléfono, Ginny revisó todos los cajones y archivadores de la mesa de Helen y se sintió como si fuera una intrusa. Aunque sólo quería saber cómo funcionaba la oficina. Aun así, nunca podría compensar a Mitch Holden por lo que estaba dándole.

Echó una ojeada al fichero y confió en que Helen le diera alguna información de cada persona, sobre todo de aquellas con fichas en las que sólo aparecía el nombre, como Hank o Sara.

Ginny tenía una memoria excelente. Muchas veces tomaba el pedido de un grupo sin necesidad de apuntarlo. Si Mitch le pedía que llamara a alguien, ella sabría si estaba en el fichero.

No encontró ningún libro que le explicara cómo funcionaba el teléfono. Tendría que arreglarse probándolo, se dijo resignadamente mientras descolgaba el auricular.

Si Mitch Holden quería que supiera manejar el teléfono, tendría que explicárselo él o dejarle que lo aprendiera sobre la marcha.

Sonó un teléfono que estaba separado, una línea individual.

—Holden Enterprises —dijo animadamente.

—Hola, mamá. Rosita me ha dicho que podía llamarte para saber si vas a venir a comer. ¡Ha hecho tacos y ensalada y muchas cosas!

Ginny miró el reloj. Era casi la una.

—Sí, iré a comer algo. Voy ahora mismo.

La mañana había volado.

Mitch seguía hablando por teléfono. No había dejado de sonar desde la primera llamada. Ella había encontrado los papeles para tomar mensajes y había apuntado los nombres y números de teléfonos. Se embarulló con un par de mensajes, pero supuso que él sabría de qué trataban.

¿Se iba a comer o debía decírselo a él?

Fue a la puerta de su despacho con el taco de mensajes en la mano. Mitch levantó la mirada y tapó el teléfono con la mano.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Mitch.

—Ha llamado Joey y ha dicho qué Rosita tiene preparada la comida.

—Tráeme una bandeja.

No dijo más y volvió a la conversación.

Ginny dejó los mensajes en la mesa y se marchó. Se deleitó con la calidez del sol mientras iba de la oficina a la casa principal. El cielo estaba despejado. El aire olía a hierba seca y animales. Qué diferencia con la tormenta del día que llegaron.

Casi no podía creerse todo lo que había pasado desde aquella tarde. Primero, Mitch no era el hombre que estaba buscando y luego, ella se había desmayado como una remilgada victoriana, lo cual hizo que se sintiera fatal.

No se había propuesto caer enferma, pero seguía sin poder creerse la hospitalidad de los Holden al tenerla durante cuatro días. Además, en vez de pedirle alguna compensación, ¡Mitch iba a pagarle la operación de Joey! Todo parecía un sueño. ¿Se

despertaría de repente para darse cuenta de que llegaba tarde al trabajo?

Ginny se sintió agotada mientras subía las escaleras de la casa, pero no se lo reconocería a nadie. No quería que Mitch pensara que no podía hacer el trabajo y retirara la oferta. Esperaba que la comida le diera un poco de fuerzas, aunque sólo fuera para acabar la jornada en la oficina. Quizá fuera mejor aceptar la oferta de Mitch y tomarse la tarde libre. Tenía que pensar en su estancia en Texas. Esperaba que Emaline pudiera informarle de algún edificio de apartamentos a buen precio. Si no volvía a trabajar, podía ir a Tumbleweed para buscar alojamiento y alguna guardería donde poder dejar a Joey.

Tenía montones de cosas que hacer, pero ninguna parecía insalvable. Al fin y al cabo, pronto iban a arreglarle los ojos a su adorado hijo.

Cuando Ginny llegó, Joey y Emaline ya estaban sentados a la enorme mesa del comedor.

—¿No viene Mitch? —preguntó Emaline mirando detrás de Ginny.

—Está hablando por teléfono. Me ha pedido que le lleve una bandeja. ¿Se la llevo primero?

—No, cariño. Siéntate a comer. Estás pálida. Quizá debieras echarte una buena siesta esta tarde. Hoy te has levantado por primera vez desde hace cuatro días. Mi madre siempre decía que una mujer tiene que cuidar de sí misma porque los hombres no van a hacerlo.

—Mamá, tacos —dijo Joey que sujetaba en la mano una tortita de maíz rellena de carne, lechuga y queso.

—Parece delicioso, cariño.

Ginny se sentó donde le indicó Emaline y pronto tuvo el plato lleno de ensalada y tacos. Rosita había hecho los tacos tradicionales para Joey. Ginny estaba asombrada y emocionada por el esfuerzo que había hecho por su hijo.

—Ven conmigo a ver los caballos después de comer —le propuso Joey.

—Tu madre tiene que descansar —le dijo Emaline con cierta severidad.

—No puedo. Mitch me ha contratado para trabajar en la oficina

hasta que vuelva la secretaria. No tengo tiempo para echarme la siesta. Hay mucho que hacer.

—Tonterías. Estás agotada. Se nota. Una pequeña siesta es importante. Yo se lo diré a Mitch.

Ginny tuvo unos destellos en los que se veía despedida antes de que terminara el primer día.

—Estoy bien. La comida me dará fuerzas y estoy agradecida por el trabajo. No quiero estropearlo.

—Tía Emaline me ha dicho que va a acompañarme a ver los caballos, ¿no puedes venir tú?

—¡Joey! No es tu tía.

—Le he pedido al niño que me llame tía. Adoro a los niños. Me encantaba estar con Mitch, su hermana y sus primos cuando eran pequeños. Daisy era una niña encantadora.

—Tiene que ser espantoso perder un hijo —susurró Ginny.

—Lo es. Aunque no sea propio. Murió hace dos años. Tenía ocho cuando el maldito conductor borracho se empotró contra el coche. La policía dijo que Marlisse y la niña no habían tenido ninguna oportunidad de sobrevivir —sacudió la cabeza—. Pensé que Mitch no lo superaría. Cuando se enteró, se volvió loco. Luego se encerró en sí mismo.

Ginny desvió la mirada a su hijo. ¿Qué haría ella si le pasaba algo a Joey? ¿Cómo podría sobrevivir? Si a Mitch le había servido encerrase en sí mismo, eso le habría dado fuerza. Ella creía que se moriría con el corazón hecho añicos.

—A Daisy le gustaban los caballos casi tanto como a Joey. Le encantaba cabalgar. Tenía un pony muy dócil. No sabréis que muchos ponis no son dóciles, pero este lo era. Seguía a su padre por toda la casa. Marlisse sólo podía tener un hijo y los dos se volcaron en ella.

—Mitch se ha ofrecido a pagar la operación de Joey y ha dicho que lo hacía por Daisy.

Emaline pareció sorprendida.

—¿Eso ha dicho? Qué raro —se sirvió más té helado—. Siempre ha tenido debilidad por los niños, pero desde la muerte de Daisy, dejó muy claro que no quería que sus sobrinos vinieran mucho tiempo de visita, ni los hijos de sus primos. Creo que su presencia le recuerda demasiado a Daisy.

Emaline empezó a contarles las historias de la generación más joven y las gamberradas que habían hecho en el rancho.

—Tengo que encontrar alojamiento. A lo mejor tú puedes decirme algún sitio en Tumbleweed —dijo Ginny cuando ya estaban terminando de comer.

—Ni hablar. Joey y tú tenéis que quedaros aquí. Yo puedo cuidarlo mientras tú trabajas. Además, a Rosita le encantan los niños. Ella tiene siete hijos y cuatro nietos. Si os quedáis aquí os ahorraréis mucho tiempo en idas y venidas. Si van a operar a Joey, necesitará que lo cuiden durante la recuperación. ¿Dónde vais a estar mejor que aquí? —Emaline sonrió a Ginny y guiñó un ojo a Joey.

Su vestido color rosa entonaba perfectamente con el pelo blanco como la nieve y las mejillas rosadas. Ginny percibía la sinceridad en sus palabras y sus obras. A Emaline le gustaba realmente la gente y quería ayudarla de corazón. Le gustaba la jardinería, la ropa femenina y transmitía una elegancia que era encantadora. Además, le entusiasmaban los niños. ¿Quién mejor que ella para cuidar a Joey?

Sin embargo, Ginny no iba a permitírselo.

¿Qué diría Mitch cuando se enterara de la invitación de su tía? El trabajo no incluía pensión completa. Ginny necesitaba independencia y no podía seguir abusando de la hospitalidad de aquella gente.

Terminó de comer y prometió a Joey que iría a ver los caballos si tenía una oportunidad. Tomó una bandeja con comida caliente y volvió corriendo a la oficina. La comida le había dado nuevas fuerzas. Seguía cansada, pero no tanto como para no trabajar.

Mitch estaba mirando cómo salía un fax cuando ella entró. Ginny se quedó mirándolo un instante antes de que él se diera cuenta de que había llegado. Pensó que las arrugas que le rodeaban la boca podían deberse a la tristeza. ¿La solemnidad con la que veía la vida sería consecuencia de los reveses que había recibido?

Era muy triste que alejara de sí a los otros familiares. Ellos podrían ayudarlo a recordar los buenos momentos y a superar el dolor de la pérdida. Emaline había dicho que habían pasado dos años. No quería decir que la tristeza tuviera un tiempo límite, pero tenía que seguir adelante y encontrar la felicidad donde pudiera.

Ginny lo sabía por la muerte de sus padres y por la muerte, más reciente, de su tía Edith. Sólo le quedaba Joey. Cómo le habría gustado tener una familia alrededor cuando murió su tía Edith...

Mitch levantó la mirada y se encontró con Ginny y la bandeja.

—Gracias, tengo hambre.

—Rosita ha puesto comida abundante y ha dicho que tienes que comértela toda.

—Si me comiera todo lo que me sirve Rosita, tendría que dormir en el granero porque ninguna de las camas de la casa aguantaría mi peso.

Ginny sonrió. Quizá no fuera un hombre tan melancólico.

—Yo puedo esperar a que termine de salir el fax mientras tú comes. ¿Se atasca la máquina?

—No. Estaba esperando que saliera un informe para leerlo.

—Vete a comer. Te lo llevaré cuando haya terminado de salir —le dijo ella mientras le entregaba la bandeja.

Mitch la tomó y se fue a su despacho. Tenía tanta hambre que podría comerse todo lo que le había puesto Rosita. Miró a la oficina mientras comía. Si giraba un poco la butaca, podía ver a Ginny junto al fax. Miraba cada página que salía, la tomaba y la apilaba con las demás. Los vaqueros le quedaban anchos. ¿Habría perdido peso por la enfermedad o era delgada de naturaleza? Unas semanas alimentada por Rosita le vendrían bien.

Apartó la mirada avergonzado. Le daba igual si engordaba o no. Era una desconocida que iba a ayudarlo hasta que volviera Helen. Una desconocida con pelo rubio y sedoso y unos ojos plateados. Tenía la piel inmaculada y sorprendentemente blanca para alguien que vivía en un pueblo costero de Florida. ¿O sería por la enfermedad?

Tomó un poco más de ensalada y taco e intentó olvidarse de todo eso. Le daba igual lo que hiciera o dejara de hacer en Florida. Se conformaría con que no se largara dando un portazo como las otras dos secretarias temporales.

Le llevó el fax con el informe y lo dejó en la mesa junto a la bandeja.

Él hizo un gesto con la cabeza, pero ella no se marchó. La miró y vio que parecía nerviosa.

—,Te pasa algo?

—No —se aclaró la garganta, miró al informe y luego miró a Mitch a los ojos—. Tu tía nos ha invitado a quedamos mientras trabajo aquí. Yo le pedí que me recomendara algún sitio en el pueblo, pero ella insistió en que nos quedáramos. Yo sé que el trato no incluye pensión completa, así que a lo mejor tú podrías recomendarme algún sitio en Tumbleweed. Podría intentar reservar algo esta tarde.

El ni siquiera había pensado en el alojamiento. Naturalmente, ella no tenía dónde quedarse en Texas.

Si quería encontrar algo en el pueblo, tendría que estar amueblado y ser barato. No se le ocurrió nada. Además, ¿quién se ocuparía de su hijo? Sobre todo después de la operación. Ginny Morgan no conocía a nadie en el pueblo. ¿Cómo iba a concentrarse en el trabajo mientras un desconocido cuidaba a su hijo convaleciente?

Emaline y Rosita se desharían en atenciones con el niño.

—Creo que lo más sensato es quedarse aquí. Si no te gusta el cuarto lila, pídele a Rosita que te cambie de habitación.

Ginny lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No puedo quedarme aquí.

Mitch se dejó caer en el respaldo de la butaca.

—¿Por qué?

—Ya estás haciendo bastante. No puedo abusar.

Estaba claro que no estaba tramando nada. Había conocido a bastantes mujeres orgullosas y decididas. Marlisse había sido muy independiente. Ginny también. Él intentaba hacer una buena acción y ella tenía que discutirla.

¿Una buena acción? ¿De dónde había sacado eso? Sólo intentaba ayudar a un niño que lo necesitaba. Era fácil tapar un problema con dinero y a él le sobraba. No significaba nada. No podría haber salvado a Daisy y Marlisse ni con todo el dinero del mundo.

Al pensar en ellas siempre veía su imagen, pero esa vez sólo veía a Ginny.

—Tengo que leer este informe y redactar una respuesta. Tendremos que mandarla por fax hoy. Busca el expediente de Milford, la secretaria temporal no pudo encontrar ninguno de los que le pedí. ¿Es tan difícil?

Parecía que Ginny quería seguir discutiendo sobre su estancia en

la casa, pero él había dado por terminada la discusión. Ella podía darse cuenta de eso.

Mitch se calmó un poco cuando ella se fue a la oficina y empezó a abrir todos los archivadores. Él podía oír que los cerraba de golpe. Esa chica tenía genio. Parecía tan dulce, joven y femenina que no se lo había esperado. Había aprendido a controlar el genio y él no se había dado cuenta hasta que empezó a cerrar los archivadores de aquella manera. ¿Qué pasaría si le daba rienda suelta? ¿Esa pasión la aplicaba en otros terrenos? Como cuando estuvo liada con ese hombre...

CAPÍTULO 4

A LA HORA de la cena, Ginny estaba muy animada. Después de comer había trabajado un par de horas en la oficina, había concertado una consulta con el médico de Joey para la tarde siguiente y se había echado una siesta ante la insistencia de Emaline. Ya estaba más resignada a quedarse en el rancho hasta que volviera Helen y a ceder a los deseos de Emaline de ocuparse de Joey. Tenía sentimientos encontrados, por un lado no quería deber nada a desconocidos y por otro quería ser agradecida.

En ese momento le habría gustado haber llevado algo más que un par de pantalones cortos y otros largos, pero ella había esperado que la visita al padre de Joey no durara más que lo que tardara en que él conociera a su hijo y aceptara hacerse cargo de parte de la operación. Emaline siempre llevaba vestidos coloristas que a Ginny le parecían un poco exagerados, pero por lo menos se cambiaba para cenar.

Aun así, la ropa de Ginny se conservaba limpia gracias a Rosita y había bañado y vestido con ropa limpia a Joey.

Cuando entraron en el comedor, Emaline estaba sentada a la cabecera de la mesa.

—Sentaos uno a cada lado para equilibrar la mesa. Mitch llegará pronto. Empezaremos a comer en cuanto llegue. Espero que tengáis apetito porque Rosita ha estado cocinando toda la tarde. ¿Has dormido bien? —preguntó a Ginny.

—Ha sido una siesta deliciosa, gracias —respondió Ginny mientras le indicaba su sitio a Joey y daba la vuelta a la mesa.

El comedor tenía un aspecto más protocolario de lo que estaban acostumbrados y esperó que Joey se comportara bien.

Entonces, entró Mitch y dudó en la puerta al ver a las tres personas sentadas. Ginny pensó brevemente que iba a darse la vuelta y marcharse. Quizá hubiera debido pedir que le llevaran una bandeja a la habitación. Mitch se sentó en la otra cabecera y Ginny sintió cierto alivio. Le habría espantado ser motivo de fricciones.

—No había pensado que cenaríamos juntos —murmuró mientras miraba a su tía.

—Ya que Ginny está levantada, sabía que tú preferirías que cenáramos juntos. Está bien que Joey coma con Rosita de vez en cuando, pero ya que su madre no está enferma, creo que no hay motivo. Tiene que comer en familia. Creo que Ginny tiene mucho mejor color, ¿no te parece? —preguntó Emaline desenfadadamente.

Estaba claro que le encantaba la cena que había organizado.

Ginny notó que le ardían las mejillas mientras Emaline siguió hablando. Miró. fugazmente a Mitch y comprobó que sus ojos oscuros la observaban con seriedad. El corazón le latió con fuerza y se preguntó si no se habría equivocado al aceptar la invitación de aquel hombre. No podía negar la atracción que sentía cada vez que él estaba cerca. Aunque tampoco se permitía que ello condicionara su comportamiento. No buscaba ningún tipo de relación.

Rosita entró con unas fuentes de patatas y verduras. Las dejó en el centro de la mesa y volvió al cabo de unos segundos con una fuente enorme con pollo frito.

Ginny seguía sintiéndose incómoda por el comentario de Mitch y esperaba terminar pronto y dejarlo en paz.

Él comió deprisa, como si quisiera terminar tan rápidamente como ella. Al día siguiente propondría comer en la habitación con Joey.

Emaline parecía encantada y sonreía a Joey mientras él comía. la cena.

—Cuéntanos qué has hecho hoy, Joey. Ya sé que hemos ido a ver los caballos, pero ¿qué más has hecho?

—El señor Parlance me ha dejado ir a ver a la gata al granero y me ha dejado acariciar a los perros, pero no puedo jugar con ellos porque son perros de trabajo y no quiere que los eche a perder —dijo Joey solemnemente.

—¡Bah! Esos perros conocen perfectamente sus trabajos y no creo que un poco de diversión con un niño vaya a echarlos a perder, ¿verdad, Mitch? —dijo Emaline.

Mitch la miró.

—Jack se ocupa de eso, Emaline.

—Pero podrías decirle que deje a Joey jugar con los perros cuando no estén trabajando. Daisy lo hacía. Un niño necesita un perro.

La tensión aumentó palpablemente. Ginny contuvo la

respiración y miró a Emaline con espanto. Por lo poco que le había contado ella esa mañana, a Mitch le había costado mucho asimilar la muerte de su hija y no hablaba de ella. Casi parecía como si Emaline estuviera forzando a que Ginny y Joey sustituyeran a su familia perdida. Ginny esperaba que estuviera interpretando mal la situación. Nada podía haber más lejos de su intención. Si Emaline se ponía insistente, Joey y

ella tendrían que marcharse.

Mitch separó la silla y se levantó.

—Con vuestro permiso.

Tardó dos segundos en salir de la habitación.

—Vaya, no debería haberlo dicho. Mitch sigue muy sensible sobre Merlissa y Daisy. Sólo quería que Joey se divirtiera con los perros mientras está aquí. Daisy solía jugar con la perra que se llama Sophie. Creo que

hay un par de ellos más que ella no llegó a conocer.

Pero no importa, los perros no harán daño al niño y él no puede estropear su adiestramiento —Emaline sacudió la cabeza y miró por donde había salido su sobrino—. Actúa como si Daisy y Marlisse no hubieran existido. Yo también las hecho de menos. Todos lo hacemos, pero yo me acuerdo de los buenos ratos y me gustaría compartirlos con alguien —dijo con tristeza.

Ginny sabía que no podía quedarse dada la situación. No podía quedarse aunque Emaline hubiera sido tan amable. Tendría que buscar un alojamiento antes de que Mitch le pidiera que se marchara. Sólo esperaba que Mitch le permitiera seguir en su trabajo.

Una vez terminada la cena, Ginny se llevó a Joey a su dormitorio.

—Mañana por, la mañana buscaremos un bonito apartamento en Tumbleweed —le dijo mientras se sentaba en el borde de la cama.

Joey tenía el dormitorio rosa. Ginny miró alrededor y comprendió que un niño estaría más contento donde hubiera menos cosas que podía romper.

—¿Podemos tener un perro? —le preguntó Joey a su madre mientras se apoyaba en su pierna.

Ginny le acarició la cabeza y negó con la cabeza.

—No, no nos quedaremos mucho tiempo. Cuando volvamos a

casa, le preguntaré al dueño de nuestro apartamento si nos deja tener un perro, ¿qué te parece?

—¿Y un caballo?

Ginny se rió y abrazó a su hijo.

—Dios mío, bastante lío habrá en el apartamento con un perro. ¿Dónde vamos a meter un caballo?

Joey se rió y le dio varias alternativas, cada una más disparatada que la anterior. Los dos se echaron a reír como hacían a menudo. Rebosaban cariño. Ginny disfrutaba mucho con aquellos momentos. Adoraba a su hijo. Cuánto tiempo llevaba sin conocer a su pa—

dre... Le habría gustado encontrarlo después de buscarlo tanto.

Lo acostó, le dio un beso y lo arropó.

—Que duermas bien, mi amor —le susurró mientras se imaginaba cómo se sentiría Mitch por haber perdido a su hija.

Por un instante, Ginny tuvo ganas de volver a abrazar a Joey para protegerlo durante el resto de sus vidas.

Volvió al piso de abajo. La casa estaba en silencio. Las luces del salón, el vestíbulo y el estudio estaban encendidas. Ginny se asomó a las dos habitaciones, pero estaban vacías.

Se volvió para subir otra vez cuando algo hizo que saliera a la amplia galería que había delante de la casa.

Mitch estaba sentado con las piernas extendidas en una de las butacas de la derecha. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Estaba oscuro, sólo se filtraba la luz del salón.

—¿Estás dormido? —susurró ella.

Si lo estaba, se iría de puntillas.

—No —la lacónica respuesta no invitaba a la conversación.

Ginny se acercó, se apoyó en una columna y miró al oscuro paisaje. Las luces del barracón y del granero estaban encendidas. Aparte, la noche aterciopelada envolvía el rancho. Las estrellas brillaban como puntos de luz en la inmensidad del cielo negro.

—Siento que la cena haya resultado tan incómoda —comentó Ginny.

Quiso que Mitch supiera que no había sido idea suya sin darse cuenta de que estaba acusando a Emaline.

—La tía Emaline tiene el derecho de invitar a cenar a quien ella quiera —replicó él.

—Nos vamos por la mañana.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mitch mientras se levantaba y se ponía a su lado.

Ginny lo miró. Su rostro era un claroscuro, pero ella sabía que estaba mirándola. Se quedó sin aliento, pero se mantuvo firme.

—Seguiré trabajando para ti si quieres y te agradeceré la operación. Te devolveré hasta el último céntimo.

—No hace falta.

—Pero no nos quedaremos, no es justo para ti.

Mitch se quedó en silencio un buen rato.

—Yo sé lo que es justo para mí. Quédate.

Ginny sacudió la cabeza.

—No puedo. No podemos. Es demasiado violento, demasiado doloroso.

—¿Cómo dices?

—Puedo verlo en tus ojos. No quieres que Joey ande cerca, no quieres niños alrededor. Emaline me ha dicho que desapareces cuando vienen tu hermana y sus hijos. Les has pedido a tus primos que no vengan a visitarte. Es por Daisy, lo entiendo, sinceramente, por eso tenemos que irnos. Así no tendrás recuerdos, no tendrás un revoltoso de cuatro años por todos lados.

Mitch se volvió y miró hacia la oscuridad. El silencio se hizo más intenso. Ginny deseó poder hacer algo para aliviar la angustia de aquel hombre, pero no podía. Estaba a punto de volver a la casa cuando él habló.

—Ella tenía ocho años. Ocho. Le quedaban otros ochenta —dijo en voz baja.

Ginny tragó saliva y deseó tocarlo y mostrarle su compasión. Aunque no sabía si él la aceptaría. Las palabras sobraban en momentos como aquel.

—Es una tragedia —susurró—. Lo siento. Quisiera poder hacer algo para cambiar las cosas.

—Dos vidas perdidas sin motivo alguno.

—Lo sé.

Le tocó el brazo con indecisión. Él se volvió y dudó un segundo. Pudo ver la intensidad de su mirada incluso en la penumbra. Se inclinó y Ginny contuvo la

respiración. ¿Iba a besarla? Se le aceleró el pulso. Por primeraa vez en mucho tiempo, anheló el contacto de los labios de un

hombre en los suyos. Había salido con muy pocos hombres desde que John Mitchell Holden desapareció de su vida y ninguno de ellos le había interesado lo bastante como para volver a salir una segunda o tercera vez. Sin embargo, aquella atracción que brotaba le hacía desear cosas imposibles. Estuvo a punto de inclinarse también unos centímetros para encontrarse con él a medio camino, para ofrecerle su boca con la esperanza de que la besara y encontrara algún sosiego en el contacto.

Ginny, perpleja por la idea, no hizo nada durante varios minutos y percibió que la tensión aumentaba hasta casi poder tocarla con la mano.

Al final, él se volvió, dijo una palabrota y se fue hacia el granero. Ginny tomó aire lentamente sin haberse dado cuenta de que lo había contenido hasta que él se fue.

Lo vio caminar por la oscura hierba más tieso que una vela. Estaba segura de que había querido besarla. Ella también había querido que lo hiciera.

¿Acaso no había aprendido nada del otro John Mitchell Holden? Aquella proximidad la había estremecido y volvió precipitadamente a la casa temerosa de las sensaciones que la abrumaban. No tenía sentido pensar en algo que no fuera una relación laboral y en devolverle el maravilloso regalo que iba a hacerle.

Había sido culpa de la noche, la compañía y los recuerdos, se dijo mientras se preparaba para acostarse. El era un hombre y ella una mujer que habían estado cerca en medio de una romántica noche. El beso no habría sido algo personal, sino un beso a una mujer para olvidar las penas que tenía que soportar todos los días. Los hombres no sentían los mismos lazos afectivos que las mujeres.

Se acostó casi convencida, pero una parte de ella seguía anhelando un beso de Mitch Holden.

Se dijo que no había pasado nada y quizá fuera verdad, pero durante un instante se había sentido como si tuviera el paraíso a su alcance. Le entristecía pensar que no significaba nada para Mitch y que la situación no se daría otra vez.

Mitch entró en el corral y se apoyó en la cerca para observar a los caballos mientras descansaban. El silencio era ensordecedor. ¿Cómo había podido pensar en besar a una desconocida para intentar mitigar el permanente dolor por la muerte de Marlisse y

Daisy? Él no hacía eso. No había estado con ninguna mujer desde el accidente. No tenía ningún sentido imaginarse a Ginny de esa forma.

Se pasó las manos por la cara y sacudió la cabeza. Si ella no había tenido bastantes motivos para marcharse, él se encargaría de que tuviera algunos más. Era una invitada que tenía que merecerse el cuidado y la atención. Tendría que resistir sus avances.

Golpeó al poste de la cerca con el puño y asustó a los caballos. No podía negar lo que sentía en las entrañas, el deseo de tener una mujer cerca, su contacto. Sin embargo, también le parecía una traición a Marlisse. ¿Por qué había tenido que aparecer Ginny en el rancho? ¿Quién habría usurpado su personalidad hacía cinco años?

No tuvo respuestas y se fue a la oficina. Tenía trabajo, tenía que olvidar los derroteros que iba tomando su vida, iba a repasar hasta la más mínima información del asunto Hollister. Quizá al día siguiente fuera a Los Angeles para hacerse cargo de todo personalmente.

Seguro que no complicaría más las cosas que lo que las había complicado con Ginny Morgan y su hijo.

Cuando el sol empezó a asomar por el horizonte, se había tomado tres cafeteras, había encontrado un fallo que habían pasado por alto en el trato con Hollister y estaba agotado. Dejó un montón de faxes para que los mandara Ginny.

Cabalgaría un rato para despejarse antes de ducharse. Luego, decidiría hasta que punto estaba dispuesto a ceder para mantener a su secretaria temporal y su hijo en el rancho. Quizá fuera preferible para ellos que encontraran alojamiento en el pueblo.

Sin embargo, sabía que no podía tenerla tan lejos.

Mitch ensilló su caballo favorito y se alejó del granero. Al pasar por delante de la casa, miró a la habitación donde dormía Ginny. Por un instante, habría jurado que podía notar su delgado cuerpo contra el de él. ¿Sus curvas femeninas serían delicadas y embriagadoras al fundirse con su cuerpo duro?

Espoleó al caballo para alejar aquella imagen que no llevaba a ninguna parte.

Cuando Ginny entró en la cocina un poco más tarde, se sorprendió al ver a Joey que ya estaba vestido y desayunando.

—No te he oído al levantarte —Ginny se inclinó para darle un

beso en la mejilla.

—Hola, mamá, tenía hambre.

—Puedo prepararle una bandeja, señorita Morgan —le dijo Rosita desde los fogones.

—¿Podría desayunar aquí con Joey?

No conocía el protocolo, pero le encantaría desayunar en la cocina bañada por el sol y quería estar con su hijo en vez de estar sola en su dormitorio.

—Claro. ¿Qué quiere tomar? Tengo huevos, salchichas, galletas y tortitas de maíz.

—De todo un poco —dijo Ginny que se había sentado junto a Joey—. Quizá puedas ayudarme, Rosita. Tengo que encontrar un sitio barato en Tumbleweed para alojarnos mientras estamos aquí. Sólo nos quedaremos hasta que operen a Joey y vuelva Helen.

Rosita frunció el ceño.

—Yo creía que iban a quedarse en la casa. La señorita Emaline me lo dijo ayer.

—Creo que es mejor que nos quedemos en el pueblo.

Rosita arqueó una ceja.

—Para mí no es ningún trabajo —dijo lentamente—. Es una casa grande y agradezco que se utilicen las habitaciones y que haya más gente. A veces no tengo nada que hacer.

Ginny miró a Joey y volvió a mirar a Rosita.

—Creo que no es cómodo para Mitch. Invadimos su intimidad y le llevamos a situaciones que quiere evitar.

—Ah —la anciana asintió con la cabeza y gesto serio—. Quizá por el niño, pero el tiempo pasa. Quizá usted y el niño sean lo que el señor Holden necesita para seguir adelante.

—Ya está haciendo mucho por nosotros y detesto complicar las cosas.

—Le daré la dirección de mi amiga Samantha Billing. Trabaja en la agencia inmobiliaria del pueblo. Si hay algún alquiler para poco tiempo, ella lo sabrá. Pero antes tiene que consultarlo con el señor Holden.

—Gracias. Estoy segura de que no le importará que me haya dado la dirección de su amiga.

Ginny, contenta por haber resuelto aquel asunto, comió deprisa y le preguntó a Joey cómo se había vestido.

—La tía Emaline me dijo que un chico mayor como yo podía hacer las cosas solo y lo hice cuando estuviste enferma. Ahora puedo hacerlo todos los días —contestó el niño con orgullo.

Entonces, había sido ella quien se ocupó de Joey mientras estaba enferma. No sabía si habría sido Emaline o Rosita. A las dos les gustaba tener a Joey. Sólo esperaba que pudieran resistir su energía inagotable.

Se preparó para entrar en la oficina, pero se sintió ligeramente decepcionada al comprobar que Mitch no había llegado todavía. ¿O sí lo había hecho? Había dos montones de papeles en su mesa con unas notas casi indescifrables y otra nota al margen para ella.

Con el trabajo planteado, ya tenía bastante tarea sin tener que ver a Mitch.

Ginny sintió que le daba un vuelco al corazón al comprobar que lo primero que decía la nota era que volvería a tiempo para que ella fuera a la cita que tenía concertada con el médico de Joey. Él no se había olvidado, pero ella sí. No podría buscar apartamento.

Tardó más de diez minutos en adivinar cómo funcionaba el fax, pero Ginny probó todos los botones y combinaciones hasta que desapareció el papel que había puesto en la bandeja. Entretanto, el teléfono sonó varias veces. Estimulada por el éxito del día anterior, se sentía más segura de no desconectar la línea y de tomar los mensajes con mayor claridad.

Mitch entró en la habitación cuando pasaba la última página del segundo fax. Ginny sintió un instante de pánico. ¿Debía decir algo sobre la noche anterior o dejarlo pasar? Al fin y al cabo, no había ocurrido nada. Sólo le parecía que había estado al borde del abismo y no sabía si había caído o no.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días.

El corazón se le aceleró y notó que se sonrojaba. Siempre había detestado que le pasara eso. Él no pareció notarlo y entró rápidamente en su despacho. Dejó la puerta abierta y Ginny vio que se sentaba detrás de la mesa. Seguramente, Helen y él dejaban la puerta abierta para poder hablar si tenían que hacerlo.

Volvió a sonar al teléfono y Ginny contestó.

—Es para ti. Un tal Joel Brady —le dijo en voz alta.

Volvió a las carpetas que tenía sobre la mesa. El día anterior

Mitch había dicho que iba a mandar unas cintas grabadas a Dallas para que la secretaria de allí las transcribiera.

El teléfono sonó otra vez y Ginny vio que Mitch seguía con la primera llamada.

—Soy Harry, de Los Ángeles. Dígale a Mitch que tiene fama de críptico, pero que mandar once páginas en blanco por fax es un poco excesivo. ¿Qué tengo que hacer con todo esto?

—¿En blanco? Todas las páginas estaban escritas —contestó ella mientras miraba a los montones que tenía delante—. ¿Quién es usted?

—Harry, desde Los Ángeles. Usted no es Helen, ¿verdad? ¿Dónde está Helen?

—Está fuera. Yo la sustituyo —y no lo estaba haciendo muy bien, se dijo Ginny—. Soy nueva. Creía que había mandado el fax. Han pasado todas las páginas.

—¿Ha puesto las páginas al revés en la bandeja? Mándelo otra vez.

—Lo mandaré inmediatamente.

—Muy bien. Dígale a Mitch que me llame cuando pueda.

Ginny volvió a mandar el fax. Quería hacer bien el trabajo para justificar la ayuda de Mitch, pero se sentía ridícula por no poder hacer algo tan sencillo como mandar un fax. ¿Volvería él a plantearse la oferta al comprobar su incompetencia?

Escribió el mensaje y lo añadió al montón. ¿De dónde sacaba tiempo para hablar con todas esas personas y hacer el resto del trabajo?

Levantó la vista y miró a Mitch. Parecía cansado, aunque su aspecto era impecable. Él también levantó la vista y las miradas se encontraron durante todo un minuto. El corazón de Ginny se aceleró. Se estremeció y sintió lo mismo que la noche anterior.

Habían pasado las once cuando Ginny ordenó su mesa para marcharse. La oficina de Mitch había concertado una cita con un médico en el centro de Dallas a las dos de la tarde. Ginny quería tener bastante tiempo para encontrar la consulta del médico.

Mitch colgó y salió de su despacho mientras miraba el reloj.

—Tenemos que irnos enseguida. Ya comeremos algo por el camino.

—¿Cómo?

¿Qué decía? ¿Adónde iba Mitch?

—Voy a llevaros a Dallas.

Ginny estaba anonadada.

—Puedo ir sola. Tú tienes trabajo.

Estuvo a punto de añadir que ya había dejado muy claro que no quería tener nada que ver con los niños.

—Trabajé anoche y até todos los cabos importantes. Las llamadas pueden esperar. Te dejaré y volveré a recogerte cuando hayas terminado. Jed me ha dicho que la revisión durará como dos horas. Pasaré por la oficina de Dallas mientras estás en el médico.

—No sé qué decirte. Gracias.

Que la llevara significaba que no tendría que correr riesgos con su viejo coche, que no tendría que adivinar dónde ir en una ciudad desconocida y que no tendría que preocuparse por el aparcamiento. También significaba que podría dedicar toda su atención a Joey si se ponía nervioso. Agradecía mucho a Mitch su oferta.

Se sintió más agradecida cuando se sentó en el asiento delantero de su lujoso coche. El aire acondicionado mantenía una temperatura fresca a pesar del tórrido calor y los cristales oscuros hacían que resultara más fácil observar el paisaje mientras se dirigían hacia la ciudad. El sol brillaba en un cielo despejado. Era tan distinto al lluvioso día que llegaron que Ginny aprovechó para disfrutar con lo que veía.

Joey había llevado uno de sus libros y estaba atado a su silla y encantado de mirar los dibujos.

Ginny sabía que tardarían un rato en llegar a Dallas. ¿Debía permanecer en silencio o intentar sacar alguna conversación trivial? Jugueteó con el asa del bolso sin saber qué hacer. Normalmente, era amistosa y no le costaba hablar con la gente, pero con Mitch era distinto.

—¿A qué distancia está la consulta del médico de tus oficinas en Dallas? —preguntó cuando ya no soportaba

el silencio.

—A unas manzanas. Te daré el número de teléfono de la oficina, si terminas antes de lo previsto, llámame y acudiré enseguida.

—Podríamos ir andando a la consulta y aprovechar para ver algo de Dallas.

—No hace falta. Hace calor y tu hijo seguramente se debilitaría

con el calor.

—Se llama Joey —Ginny no sabía si Mitch le había oído llamarlo por su nombre.

—Joey. ¿Tiene cinco años?

—Cumplirá cinco años, pero todavía tiene cuatro. —Es alto para su edad.

—Su padre era alto.

Mitch la miró fugazmente.

—Tiene que ser difícil criar sola a un hijo. —Tiene sus compensaciones —susurró ella.

También tenía inconvenientes y por eso había intentado encontrar a su padre desde que supo que estaba embarazada. Todos los niños deberían tener a los dos padres, aunque no vivieran juntos. Sin embargo, ella no había encontrado al hombre que había buscado durante años.

—¿Cuántos años tienes? —Veintitrés.

Mitch la miró sorprendido. —¿Tan joven?

—¿Cuántos años creías que tenía?

—Más, aunque no los aparentas. ¿Tenías dieciocho años cuando te quedaste embarazada?

—Diecisiete, casi dieciocho.

—¿En qué estaba pensando ese tipo? —exclamó

Mitch.

Ella suspiró.

—Ahora creo que él no estaba pensando en nada. Sólo quería divertirse. Las vacaciones de primavera son un desmadre en Fort Lauderdale.

—¿Cómo lo conociste?

Ginny se preguntó por qué le hacía tantas preguntas. ¿También estaría aburrido por el silencio del viaje? Lo dudaba, parecía como si Mitch Holden no se aburriera por nada.

—Trabajaba de camarera para ganar algún dinero extra. Estaba terminando el instituto y quería un vestido concreto para el baile.

—,Tus padres no podían ayudarte o prevenirte sobre los universitarios en celo?

—Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años. Yo vivía con mi tía Edith y ella me prevenía una y otra vez. Sin embargo, yo creía que estaba enamorada. Nunca había sentido nada igual.

Además, él era muy atento, supongo. Hasta que se fue, no me di cuenta de que había sido un entretenimiento para él.

—¿Qué hiciste cuándo supiste que estabas embarazada?

—Intenté encontrarlo, pero no lo conseguí.

—Hasta que leíste el artículo.

—Sí, aunque todavía no he encontrado al verdadero John Mitchell Holden. Tú no te pareces en nada. Entre otras cosas, eres mayor. Y mucho más maduro. Tenía una presencia que cualquier otro hombre envidiaría y seguramente las mujeres lo anhelarían como jovencitas enamoradizas. Ella no volvería a caer en fantasías sobre amor y felicidad eterna. La realidad era ardua y ella había aprendido bien la lección.

—¿Lo intentaste con detectives privados?

Ginny se rió levemente.

—No teníamos tanto dinero. Me planteé dejarlo —dijo en voz baja para que no le oyera su hijo—, pero no pude. Mi tía Edith no era partidaria de que conservara al niño, pero acabó siendo una ayuda enorme. Lo adoraba.

—¿En pasado?

—Murió hace dos años en un accidente muy extraño. Un autobús se subió a la acera y atropelló a varias personas. Otra persona y ella murieron y otras tres resultaron gravemente heridas. La echo mucho de menos.

Eso era decir poco. Cuando su tía murió, ella había perdido su único punto de apoyo, pero tuvo que seguir adelante para ocuparse de su hijo.

—Entonces, ¿estás sola con Joey?

Ginny asintió con la cabeza contenta de que aquella vez hubiera dicho el nombre de su hijo.

—De modo que sé bien lo que se siente al perder a alguien querido —añadió delicadamente—. Al final, la vida continua.

—A dos, parece ser. A tu tía y al padre de Joey.

—Supongo.

Mitch se giró hacia ella. Ginny miraba por la ventana absorta en sus pensamientos. ¿Pensaría en al padre de Joey? ¿Cómo había podido desaparecer sin plantearse las consecuencias de sus actos? ¿Lo echaría de menos tanto como él a Marlisse?

Quizá Ginny y él tuvieran algo en común. El otro hombre no

estaba al alcance de la mano, pero él sí. Frunció el ceño. Eso no quería decir nada, pero no podía evitar sentirse protector hacia ella. Había afrontado situaciones espantosas, pero parecía satisfecha con su vida y seguía adelante con un valor que admiraba. No había pedido nada a nadie.

Aun así, nunca había perdido la esperanza de encontrar al padre de Joey. ¿Podría hacer algo él? ¿Podría contratar esos detectives privados que ella no había podido contratar? El tráfico se hizo más denso y él intentó no hacer caso de esa chispa de proteccionismo. No debía nada a Ginny ni a su hijo. Lo mejor sería dar un paso atrás, distanciarse de ellos y de su situación antes de que empezaran a depender de él. Sabía que ese camino era peligroso.

Él no había podido mantener sanas y salvas a su mujer y a su hija. Podía ayudar un poco, facilitar algo las cosas, pero no implicarse.

Mitch dejó a Ginny y Joey en el rascacielos donde estaba la consulta del médico y le dio a Ginny su tarjeta.

—Llámame si terminas pronto, si no, vendré a las cuatro.

—Gracias.

Agarró a Joey de la mano y entró en el edificio sin mirar atrás. Mitch contuvo las ganas de seguirlos y de estar con ella mientras esperaba el resultado de las pruebas. Tenía trabajo y no podía ofrecer nada a sus invitados involuntarios.

A las cuatro en punto, Ginny y Joey salieron del edificio. A ella le daba vueltas la cabeza.

—Ahí está Mitch— dijo Joey nerviosamente mientras señalaba al coche aparcado en medio de la manzana. —Deberías llamarlo señor Holden —le corrigió Ginny mientras miraba hacia el coche.

Lo agarró con más fuerza y aceleraron el paso.

—La tía Emaline lo llama Mitch y tú también. Te he oído.

—Salvo que él te pida que lo llames por el nombre, es más educado que un niño utilice el apellido de los mayores.

Ginny abrió la puerta trasera, ató a Joey a su silla y luego se sentó en el asiento del acompañante. Se sentía nerviosa y agradeció la comodidad y suavidad del asiento.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Mitch sin arrancar el coche.

Ginny lo miró casi aturdida.

—Pueden operarlo el viernes y si todo sale bien podría irse a

casa el lunes. Tendría que seguir vendado un par de semanas y estar tranquilo y no correr por todos lados.

No podía creerse que todo fuera tan deprisa. Sabía que se lo debía a Mitch y a su influencia.

—Gracias —continuó Ginny—. ¡Nunca pensé que terminaría tan pronto!

—Entonces, todo ha salido bien...

Jed había cumplido. Mitch le había pedido que tocara los resortes que pudiera para acelerar los trámites.

Ginny se limitó a sonreír mientras asentía con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas.

—Es maravilloso. No sé cómo agradecértelo.

Mitch frunció el ceño, arrancó y se mezcló con el tráfico antes de volver a hablar.

—No tienes que agradecérmelo. Tú no te has ido de la oficina dando un portazo cuando me he quejado por algo o he dado un grito porque faltaba algo. Por lo menos tengo ayuda hasta que vuelva Helen.

Ginny asintió con la cabeza y parpadeó para secarse las lágrimas. Para ella era un regalo maravilloso, pero para Mitch no era más que algo a cambio de que lo ayudaran en la oficina.

Sin embargo, ¿no habría podido hacer que una de las mujeres de la oficina de Dallas fuera todos los días?

CAPÍTULO 5

M ITCH volvió a mirar el brillo de los ojos de Ginny y sintió como si ella lo hubiera acariciado. Por primera vez en mucho tiempo, se olvidó del pasado y se aferró al presente. Empezaba a disfrutar con la presencia de Ginny. Frunció las cejas porque no quería verse atrapado por esa felicidad ilusoria. La vida sabía cómo dar un varapalo cuando todo empezaba a ir bien.

—No puedo creerme que vaya a pasar de verdad después de tanto tiempo —repitió Ginny—. Tendrá que estar tranquilo y no bajar la cabeza durante un mes después de la operación. Luego, estará curado y será tan normal como cualquiera de nosotros.

—Como deben ser todos los niños, Ginny.

Como lo había sido Daisy con sus ojos resplandecientes y su risa fácil. A Daisy le habría gustado enseñarle el pony y los perros a Joey. Había sido una niña muy sociable.

—No puedo decirte cuánto te lo agradezco, Mitch. Te devolveré hasta el último céntimo.

—Ya lo estás haciendo al trabajar para mí.

Mitch no dijo nada más y se concentró en el tráfico. Miró por el espejo retrovisor y vio que Joey dormía inclinado en su silla. ¿Cómo era posible que un hombre hubiera tenido ese hijo tan encantador y no quisiera saber nada de él? Quizá se ocupara de encontrarlo para que la felicidad volviera a los ojos de Ginny.

Naturalmente, el padre de Joey no sabía que el niño existía.

Mitch intentó imaginarse a otro hombre que utilizaba su nombre. Según lo que le había dicho Ginny, parecía alguien que lo conocía a él y al rancho. Aun así, no daba con nadie que fuera rubio, con ojos azules y que tuviera la edad como para ser el padre de Joey.

Ginny apoyaba la cabeza en el respaldo del asiento. ¿Se habría dormido también?

Se agitó y comprendió que estaba despierta.

—Cuéntame más cosas del padre de Joey. Estoy intentando imaginarme a alguien que ha utilizado mi nombre.

—Ya te he contado casi todo lo que recuerdo. Era muy divertido

y me volvió loca. Era alto y atlético. Nadaba como un pez y le encantaba tomar olas sin tabla. Solía llevar gafas de sol, quizá para ocultar los ojos, pero entonces no se me ocurrió. Eran tan azules como los de Joey.

—Dijiste que era rubio.

—Sí. Medía casi dos metros y tenía un gran concepto de sí mismo, yo también lo tenía hasta que se fue.

—¿Qué hiciste entonces?

No le parecía propio de él que hiciera tantas preguntas a una desconocida. Trabajaría para él hasta que volviera Helen y luego se iría a Florida. No seguirían en contacto cuando ella se fuera. Aun así, él quería saber más cosas de ella, quería saber todo lo que le había pasado. Conocer a la mujer que había superado tantas desdichas y conservado una visión tan optimista de la vida.

—Terminé el instituto antes de darme cuenta de que estaba embarazada. Ir a la universidad era algo imposible cuando decidí tener a Joey. La tía Edith me ayudaba y yo iba todo el día a trabajar de camarera.

—¿Qué querías estudiar en la universidad?

Lo miró un instante como si sopesara la reacción que iba a tener a su respuesta.

—Arquitectura.

Mitch se quedó sorprendido.

—¿Centros comerciales y edificios de oficinas?

—No, casas unifamiliares. Yo nunca he vivido en una y pensé que sería maravilloso proyectar casas para familias de todos los tamaños. Hay una diversidad enorme de estilos para las casas, desde el moderno, hasta la imitación del victoriano, hasta las granjas antiguas. Depende del solar y de la familia que vaya a ocuparla. Pensé que podría proyectar la casa perfecta para cada cliente.

—Todavía podrías ir a la universidad y conseguir el título.

—Es posible. Cuando Joey vaya al colegio. Hasta entonces, bastante tengo con el trabajo y mi hijo.

Mitch se preguntó cómo se apañaría con el sueldo de camarera. Tenía que ser difícil, aunque no se había quejado ni había insinuado que la ayudaran económicamente. ¿Qué. pasaría más adelante? ¿Encontraría algún motivo para quedarse en Texas e intentar que él le financiara su nueva vida? Lo dudaba y sería más fácil silo hiciera.

Esa noche, la cena fue más tranquila. Mitch estaba cansado. No había dormido en dos días y empezaba a notarlo. Comió los deliciosos platos de Rosita e intentó mantenerse al margen de los demás, pero Ginny Morgan le intrigaba. A ella le brillaron los ojos cuando le contó a Emaline que la operación sería el viernes. Se rió ante una ocurrencia de Joey, las mejillas se le sonrojaron de cariño y los ojos le rebosaban amor.

Quería acariciar aquel pelo sedoso, apartárselo de la cara, tomarle la cabeza entre las manos y besarla, no un beso fugaz y precipitado, sino un beso que le hiciera olvidar el pasado y que le abriera una puerta a algo nuevo. Hacía mucho tiempo que no besaba a nadie, pero deseaba a Ginny.

—Te acompañaré al hospital el viernes —le dijo Emaline.

—No hace falta. Tenemos que estar allí a las seis de la mañana. Calculo que tendremos que salir como a las cuatro y media —replicó Ginny.

—Querrás estar con alguien mientras esperas. No soy tan vieja como para no poder madrugar de vez en cuando, jovencita.

—Gracias, Emaline, te agradeceré tu apoyo.

Emaline miró a Mitch.

—¿Tú vendrás con nosotras?

Mitch negó con la cabeza y captó la expresión de decepción de Joey.

—Mañana y el viernes tengo que ocuparme del ganado. Ya hemos retrasado bastante el traslado del rebaño.

—Los hombres pueden hacerlo —dijo Emaline secamente—. Tú deberías estar con nosotras.

Mitch detestaba los hospitales. Había recibido las peores noticias de su vida en uno de ellos. La mera idea de entrar en otro le ponía nervioso. Ginny no lo necesitaba. Si hubiera estado en Florida cuando se hubiera hecho la operación, ella habría estado sola.

No le gustaba la idea.

—Ya nos arreglaremos. No puedo pedirle a Mitch que pierda un día de trabajo por nosotros. Ya está bien que lo pierda yo cuando acabo de empezar —dijo Ginny firmemente—. Saldremos pronto y desayunaremos allí cuando Joey esté preparado.

Mitch se imaginó que el viejo coche se estropeaba en medio de la autopista antes de que amaneciera y que alguien que no lo veía

se estrellaba contra ellos.

—Llevaos mi coche —espetó Mitch.

—¿Cómo dices?

—Es más fiable que el tuyo.

Ginny se crispó.

—Mi coche está muy bien, gracias.

Mitch no dijo nada, pero se cercioraría de que se llevaba otro coche que no fuera su viejo cacharro. No podía soportar la imagen de otro accidente.

Después de cenar, Ginny bañó a Joey y le habló de la operación. El médico les había dado un librito pensado para explicar las cosas a los niños. Iba a arroparlo cuando apareció Mitch.

—Hola, señor Holden —le dijo Joey desde la cama—. ¿Ha venido para arroparme también?

Por un instante, Mitch revivió el ritual que había tenido con Daisy. Marlisse y él procuraban estar con ella a la hora de acostarla, le leían un cuento, hablaban de lo que habían hecho ese día y la arropaban.

El niño parecía esperanzado y le sonreía.

—He venido para hablar con tu madre cuando termine —contestó Mitch bruscamente.

—Ah —la decepción era evidente.

—Pero ya que Mitch está aquí puede ayudarme a arroparte, ¿verdad? —la mirada de Ginny era casi amenazadora.

Mitch entró en la habitación y fue hasta la cama. —Buenas noches.

—Tienes que meter las sábanas —dijo Joey.

Mitch estiró las sábanas y las metió alrededor de Joey.

—Que duermas bien —le dijo mientras se apartaba. Ginny dio un beso a su hijo y lo abrazó.

—Mañana puedes contarle al señor Parlance lo de tu operación.

—Y lo de tomar helado después de la operación —añadió Joey.

—Eso es. Te quiero —le dijo su madre mientras volvía a darle un beso.

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, señor Holden.

—Llámame Mitch.

Cuando cerraron la puerta del dormitorio, Ginny se volvió.

—,Qué querías decirme? —le preguntó.

estaba demasiado cerca. Podía notar el calor de su cuerpo. ¿Estaría invadiendo su espacio intencionadamente? Se separó un paso. Estuvo a punto dé reírse. No la había besado la noche anterior y dudaba mucho que pensara hacerlo esa noche.

Parecía como si él no fuera consciente de lo incómoda que se sentía ni de sus disparatados pensamientos. Ni del beso ni de las ganas que tenía de arrojarse a sus brazos para que le dijera que todo iba a salir bien. Nadie podía garantizarlo y él seguramente pensaría que estaba completamente loca si lo hacía.

—Quería comentar algunas cosas de trabajo. ¿Vamos a la galería? La noche todavía es cálida.

Ella asintió con la cabeza y el pulso desbocado. Estaban en la galería cuando la noche anterior estuvo a punto de besarla. Ella no iba a propiciar nada parecido, incluso si él estuviera interesado. Ya no se hacía ilusiones sobre el amor y la felicidad para siempre.

Había madurado desde que creyó estar enamorada. Quería mucho más que un asunto pasajero, por muy atractivo que fuera Mitch.

Mitch señaló los balancines que había a la derecha de la puerta y Ginny se sentó en uno. Podía ver las colinas que se tomaban negras a medida que caía la noche. Podía oír voces en el barracón. Un hombre se reía de vez en cuando.

Mitch se sentó en la butaca que había junto a ella, donde estaba la noche anterior.

—Mañana saldré con el ganado y no volveremos hasta tarde. Si llama Stevenson, remítelo a Hank, de la oficina de Dallas. No espero que haya ningún problema, pero si surge algo, llámame al teléfono móvil.

—Si no, le diré a todo el mundo que los llamarás el lunes.

—Volveré a última hora de la tarde, a tiempo para llamar a Los Ángeles si fuera necesario, pero ocúpate tú de todo lo que puedas. Pon el contestador automático cuando te vayas. Puedo oír los mensajes el viernes.

—¿Que yo resuelva las llamadas? No sé nada de tus actividades. Tengo suerte de apañarme con la centralita.

—Captas todo mucho más deprisa que las dos secretarias temporales que he tenido.

Ginny sintió que se sonrojaba por el halago poco entusiasta.

Había hecho todo lo que había podido en aquel ambiente desconocido para ella. Se alegraba de saber que no había sido del todo en vano.

—En cuanto al viernes... —empezó a decir Mitch.

—Mi coche funcionará —dijo Ginny obstinadamente.

—Mi coche será más cómodo para tía Emaline —replicó él inmediatamente.

Ginny lo miró en la penumbra. Ella no había pensado en Emaline. ¿Iba a permitir que la dominara un orgullo estúpido? La anciana iba a acompañarla para ayudarla. Quizá debiera aceptar el maldito coche y dejar la discusión.

—No lo había pensado —susurró ella.

—Piénsalo.

—No estoy acostumbrada a un coche tan grande.

—Podría hacer que os llevara uno de los hombres, pero los necesito con el ganado. ¿Cuándo crees que podrías volver?

—No lo sé. Cuando se duerma Joey, supongo. ¿Crees que Emaline aguantará tanto tiempo? Quizá no deba acompañarnos. Puede ser un día muy largo. Yo puedo reservar una habitación en un hotel cercano.

—Ella quiere ir. Déjala. Te distraerá y olvidarás las preocupaciones durante un rato. Además, yo sería el último en insinuar que podría cansarse. Me pondría en mi sitio rápidamente.

—¿Lo hace contigo? —preguntó delicadamente Ginny mientras se imaginaba a Emaline hablando sin parar y a Mitch escuchándola en silencio—. ¿Te distrae?

—A veces.

—Estoy segura de que te cuenta cosas maravillosas de Daisy —dijo Ginny lentamente.

—Por aquí no hablamos de Daisy —replicó él rotundamente.

—¿Por qué? A mí me gustaría hablar constantemente de Joey para asegurarme de que todo el mundo lo recordara. Para honrar su vida. Para recordar los grandes momentos que pasamos juntos.

Emaline le había dicho que Mitch no hablaba de Daisy, pero ella no podía entenderlo.

—Los recuerdos pueden ser dolorosos —dijo Mitch lentamente.

—Lo sé porque he añorado mucho a tía Edith desde que murió, pero ahora puedo reírme con el recuerdo de muchas cosas que

hicimos juntas. Siempre anhelo que las cosas volvieran a ser como cuando Joey era muy pequeño o incluso cuando vivíamos la tía Edith y yo solas, pero sé que es imposible. Por eso hago todo lo posible por honrar su vida. Fue muy especial para mí. Me crió cuando me quedé sola. Tuvo que resultarle difícil. Nunca se casó y tenía más de cincuenta años cuando fui a vivir con ella. Aun así, me quiso y quiso a Joey como si siempre hubiéramos sido suyos.

Ginny tuvo el impulso de agarrar la mano de Mitch.

—Cuéntame algún recuerdo especial que tengas de Daisy.

Mitch apretó la mano de Ginny, pero no dijo nada durante un rato.

—La primera vez que la monté conmigo en un caballo —dijo por fin—. Fuimos hasta el río y volvimos. Ella se agarró a las riendas y dejé que pensara que llevaba el caballo. Ella se reía, gritaba y golpeaba el cuello del caballo con las riendas. Su suave melena me daba en la cara. Marlisse no se la cortó hasta que empezó a ir al colegio y cuando tenía tres años era larga y suave y olía a bebé. Se reía sin parar y estaba encantada de estar montada en un caballo grande con su padre.

Ginny podía hacerse una idea de la felicidad de aquel momento. Sabía que a la niña no le había faltado nada en esa familia. Todas las palabras de Mitch traslucían amor. Por un momento deseó. que Mitch hubiera sido el padre de Joey.

—Háblame de ella. ¿De qué color tenía el pelo? ¿Le gustaban las verduras? ¿Cuál era su canción preferida? —le apremió Ginny.

Mitch fue contando cosas poco a poco y pasó dos horas hablando de su hija. Marlisse surgía en muchas de las situaciones y Ginny se hizo una idea de aquella familia tan unida y de lo trágicamente que terminó todo.

Cuando Mitch terminó, ella se dio cuenta de que todavía sujetaba su mano. Nunca se había sentido tan cerca de una persona, excepto su tía Edith. La noche era silenciosa. Había refrescado, pero sin resultar desagradable. Las estrellas eran puntos brillantes y titilantes en el terciopelo negro del cielo.

Ginny no quería romper el hechizo. Se sentía como si hubiera recibido un regalo muy precioso, sobre todo cuando llegaba de Mitch.

—Estoy cansado —dijo Mitch con tono brusco—. Será mejor que

me vaya a la cama. Saldremos mañana con el alba.

—Gracias por hablarme de Daisy —dijo ella en voz baja mientras se levantaba a la vez que él.

Mitch se soltó la mano, pero la agarró de los hombros.

—Eres una mujer peligrosa, Ginny Morgan. No había hablado de Daisy desde que murió. Casi había olvidado todos esos momentos especiales.

—Pero, ¿no te lo has pasado bien esta noche al recordar lo especial que era? Sé que su ausencia es muy dolorosa, pero tienes unos recuerdos maravillosos. Creo que fue una niña completamente feliz toda su vida.

—Me has devuelto a mi hija. Gracias —se inclinó y la besó.

Ginny no estaba preparada para el beso. La sensación que la embargó la pilló desprevenida y se convirtió en un ardor resplandeciente. Tenía una boca cálida y seductora. El beso fue la experiencia más apasionante que había conocido. Cuando le separó los labios con la lengua, sintió que le quemaba más que el sol de Texas. Le flaqueaban las piernas y creyó que iba a derretirse. Juntó las manos detrás del cuello de Mitch y le correspondió mientras gozaba con cada latido de su corazón y cada centímetro de su poderoso cuerpo estrechado contra ella. Nunca había sentido tanta unión ni tanta rectitud y admiración.

Él profundizó el beso y Ginny se olvidó de la gratitud, la hija fallecida y la sensación de estar viva y disfrutó del momento mágico en el que la vida se parecía cada vez más al paraíso. La besaba como no lo había hecho ningún hombre y se deleitó con cada instante regalado.

Se sintió despojada de algo cuando él se separó lentamente. No quería que terminara. Podrían haberse besado toda la noche y le habría parecido que terminaba muy pronto. Sin embargo, era su jefe. El hombre que iba a pagarle la operación de su hijo. No era alguien con quien podía fantasear. Sólo había sido un beso de agradecimiento por haber reavivado sus recuerdos. ¡Tenía que tener muy presente eso! No la engañarían una segunda vez. Tenía la vida trazada y las fantasías sexuales no entraban en los planes.

—Me ocuparé de la oficina mañana —dijo ella con voz entrecortada antes de volver corriendo a la seguridad de su cuarto.

Estaba perdiendo la cabeza por Mitch Holden. ¿Acaso no había

aprendido nada de la experiencia anterior? No era un cortejo que llevaría a una felicidad eterna. El hombre que conoció en Fort Lauderdale por lo menos había fingido, Mitch ni siquiera le había dado un atisbo de esperanza. ¡Sería mejor que guardara en la memoria cada momento que había pasado en el rancho de los Holden!

A Ginny le parecía que la oficina estaba vacía sin Mitch. Contestó las llamadas de teléfono, recibió informes por fax que dejó sobre la mesa de Mitch y terminó la clasificación de los archivos. Estaba orgullosa de que hubiera dejado que se las arreglara sola.

No era la secretaria que él conocía, pero estaba saliendo del paso.

Joey fue a visitarla poco antes de la comida y ella le dejó que jugara con el ordenador hasta que se tomó el descanso para ir a comer.

La tarde resultó aburrida. Leyó algunos de los informes que habían llegado, pero la desconcertaron. No entendió todo lo que pasaba, pero se enteró de que Mitch era una pieza clave en algunas empresas importantes además de ser el jefe del rancho familiar.

Justo cuando Ginny iba a dar por terminada la jornada, un pequeño coche deportivo de color rojo chillón se paró delante de la oficina. Se bajó una mujer alta y delgada, miró alrededor y fue hacia la oficina. La melena oscura le caía como una cascada reluciente sobre los hombros. El maquillaje era impecable, la camisa parecía hecha a medida y los pantalones vaqueros de marca parecían recién estrenados y cubrían unas botas de piel de serpiente. Ginny percibió al instante la diferencia entre las dos. Ella llevaba unos vaqueros y una camisa vulgares y su pelo parecería cualquier cosa.

—¿Está Mitch? —le preguntó mientras la miraba como si fuera una intrusa.

—Ha salido con el ganado —contestó Ginny educadamente.

Sabía tratar a las personas, aunque no le gustaran, y estaba claro que aquella persona no iba a convertirse en su mejor amiga.

—Puedo decirle que ha pasado por aquí.

—Soy Gloria Devon —fue hasta la puerta del despacho de Mitch.

Ginny se preguntó si no la creía y quería comprobarlo por sí misma. ¿Tenía tanta amistad con Mitch como para permitirse fisgar

de aquella manera?

Ginny prefirió ser prudente. Se levantó y fue junto a Gloria. Que ella supiera, Gloria no tenía nada que hacer en el despacho de Mitch y si ponía un pie dentro...

Gloria se volvió y se dirigió a la mesa de Ginny, se sentó descuidadamente en una esquina y la miró con atención.

—Emaline me ha contado que Mitch tiene una sustituta de Helen hasta que ella vuelva. Vivo en el rancho de al lado. Mitch y yo somos buenos amigos. Muy buenos amigos. ¿Sabe cuándo volverá Helen?

Ginny parpadeó y sintió una punzada de celos. Mitch la había besado la noche anterior, pero era amigo íntimo de aquella mujer. Estaba claro que el beso no había significado nada. ¿Por qué iba siquiera a mirarla si tenía una relación con aquella belleza? Ese era un motivo más para dominar con firmeza sus sentimientos. ¡Mitch Holden no era para ella!

—No he hablado con Helen y no sé lo que ella le habrá dicho a Mitch —contestó Ginny que sentía cómo lo perdía.

A pesar de todo, le había encantado el beso y le había dado pie a fantasías. Sin embargo, se habían desvanecido como el humo. La realidad volvía a mirarla cara a cara.

—Yo podía haber ayudado a Mitch con esto. Debería habérmelo pedido —dijo Gloria mientras echaba una ojeada a la oficina—. Dígale que estoy a su disposición. ¿Lo hará?

Ginny mantuvo un prudente silencio. No iba a discutir con una desconocida sobre lo que hacía su jefe. Era fiel a Mitch y no podía evitar pensar que cuando él supiera la oferta de Gloria, sus días como secretaria estarían contados.

Gloria se levantó y volvió a mirar alrededor como si buscara algo que la retuviera. No encontró nada y se encogió de hombros.

—Dígale a Mitch que me llame. Mañana por la noche hay una barbacoa en casa de Ted Sampson y he pensado que podía llevarme él.

—No creo —replicó Mitch desde la puerta.

Ginny se inclinó a un lado para poder ver detrás de Gloria. Mitch entró y sacudió un polvoriento sombrero contra unos vaqueros igual de polvorientos. Parecía cansado, tenso, sucio y... maravilloso. Ginny no sabía si podía mirar cómo se comportaban

Gloria y Mitch, aunque tampoco podía hacer otra cosa. ¿Cómo se saludarían esos amigos en una situación más discreta?

—¡Hola, Mitch! —Gloria lo saludó con entusiasmo y se acercó a él para darle un abrazo.

El se separó y levantó la mano.

—Estoy sucio y sudoroso. ¿Qué haces por aquí?

—Como le decía a tu nueva secretaria, Ted va a hacer una barbacoa mañana por la noche. Estoy segura de que has recibido la invitación. Como vivimos tan cerca, he pensado que podíamos ir juntos. Así no tendría que preocuparme por volver a casa sola en coche.

Su coquetería era manifiesta. Ginny pensó que jamás había visto a nadie tan competente. Suponía que en ningún momento se le había pasado por la cabeza ir sola en coche a ningún sitio. ¿Por qué no le decía claramente que quería que la llevara por su relación? ¿La

mantenían en secreto por algún motivo? Fuera lo que fuera, Ginny no quería quedarse a mirar.

—¿No va tu padre? —le preguntó Mitch.

—No. Está en El Paso. Volverá la semana que viene. Vamos, Mitch. Será divertido ver a todos tus vecinos y distraerte un rato. Últimamente, estás hecho un ermitaño.

Ginny esperó que él la contestara bruscamente por meterse en terrenos delicados, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—No puedo, Gloria. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Mañana voy a llevar a Ginny a Dallas. Van a operar a su hijo y tengo que estar allí.

CAPÍTULO 6

G INNY estuvo a punto de quedarse boquiabierta. Mitch estaba diciéndole a Gloria que tenía que estar con ella mientras operaban a su hijo. Estaba atónita. Aunque Gloria parecía estarlo mucho más cuando se volvió para mirarla.

—¿Vas al hospital con ella? ¿Tiene un hijo y estás liado? ¿Qué ha pasado de tu famosa promesa de mantenerte al margen de líos y de niños? —le preguntó en jarras.

Ginny sintió un arrebato de placer al ver la cara de furia de la mujer. Miró a Mitch y no parecía muy impresionado por la ira de Gloria.

—Llevo dos años esperando que abrieras un poco la mano. Es una oportunidad perfecta para recuperar el cauce de las cosas y tú te vas a un maldito hospital... —casi gritó Gloria.

—No sé a qué te refieres con esperar, pero saldré mañana temprano y no sé cuándo volveré. Desde luego, no por la noche. Vamos a quedarnos en un hotel cerca del hospital —replicó Mitch con los ojos entrecerrados.

Si hubiera podido, Gloria lo habría fulminado con la mirada.

Ginny quiso intervenir para decir que no sabía nada de los planes de Mitch, pero la fidelidad y la curiosidad la mantuvieron en silencio. ¿Por qué estaba contándole ese cuento chino? Ella iba a ir con Emaline. Era verdad que habían acordado quedarse en un hotel, pero no se había hablado nada de Mitch.

Ginny creía que tenía que ir con el ganado o algo parecido.

—Llámame cuando termines de jugar a las niñeras.

Gloria salió con un aire muy digno. Se montó en el coche dando un portazo y Ginny no se atrevió a mirar a Mitch hasta que oyeron el chirriar de las ruedas.

Él también la miraba.

—Tiene bastante genio —dijo Mitch.

Ginny, prudentemente, prefirió no contestar a eso.

—No te esperaba tan pronto.

—Mi caballo perdió una herradura. No teníamos ninguna de repuesto y he venido para que se la pongan.

Ella no comentó nada sobre lo que había dicho él de ir a Dallas con ella. ¿Lo haría o sólo era una excusa para deshacerse de la atosigante Gloria? ¿Qué relación tenían? Ginny intentó convencerse de que no le importaba. Mitch y ella no estaban liados.

—¿Ha habido algo urgente o puedo asearme antes de la cena? —preguntó Mitch.

—Ha habido un par de llamadas que he remitido a la oficina de Dallas. La demás dijeron que podían esperar hasta el lunes. Hank te ha mandado un fax bastante largo y han llegado otros dos de una hoja —ya no podía contener la curiosidad—. ¿Hablabas en serio cuando dijiste que ibas a llevarnos a Dallas o sólo era una excusa para zafarte de Gloria?

—Hablaba en serio.

Se dio la vuelta y fue hacia la casa para ducharse y cambiarse.

Ginny lo miró alejarse. ¿Había pasado algo que ella ignorara? ¿Por qué se implicaba en el problema de ella cuando había dicho que quería mantenerse alejado? Emaline había dicho que ya no participaba en acontecimientos familiares, ¿por qué hacía aquello por una desconocida?

Gloria había tenido razón, desde el accidente, ayudar a Ginny habría sido lo último que hubiera querido hacer. Aun así, estaba segura de que acababa oírle decir que iba a acompañarlos al día siguiente.

Emaline se sorprendió cuando Ginny le contó el cambio de planes de Mitch. Había reservado una suite en el hotel más cercano al hospital porque pensaba que Ginny y ella necesitarían sitio y tiempo para descansar. Sin embargo, si Mitch las acompañaba, tendrían que compartir la suite o él tendría que reservar su propia habitación. Estuvo observando a Mitch durante la cena como si intentara adivinar qué le había pasado. Él parecía despreocupado, pero Emaline sabía que pasaba algo. Hacía meses que no le interesaba nada salvo el trabajo.

Miró con curiosidad a Ginny, luego a Joey y otra vez a su sobrino.

Nada más terminar la cena, Mitch se fue a la oficina después de haber ordenado a todos que se acostaran pronto porque saldrían a las cuatro y media de la madrugada.

Como cuando llegaran al hospital a Joey iban a ponerle una

bata, Ginny dejó que hiciera el viaje con el pijama puesto. El aire era cortante y frío y cuando se pusieron en marcha, las estrellas todavía brillaban en el firmamento y faltaba más de una hora para el amanecer. Ginny estaba emocionada, un poco temerosa, pero todavía incrédula de que se fuera a llevar a cabo la operación. Incluso si devolvía el dinero a Mitch, nunca podría pagarle su amabilidad con una desconocida.

Mitch condujo deprisa en la oscuridad, habló poco y escuchó ,a su tía. Emaline que iba delante con él, bebía el café que preparado Rosita y hablaba sin parar. Ginny intentó tranquilizarse, pero estaba nerviosa y un poco crispada. ¡Iban a operar a su adorado hijo!

Todo gracias al hombre que conducía. Un ser complejo del que ella nunca habría dicho que podía ser cariñoso cuando lo conoció la primera vez. Sin embargo, nadie había hecho tanto por su hijo. Volvió a desear que hubiera sido el padre de Joey. No creía que Mitch se hubiera comportado como el verdadero padre de Joey, pero ella podía soñar.

Cuando llegaron al hospital, Mitch se ocupó eficientemente de todo y sin hacer demasiados esfuerzos. Antes de que Ginny se diera cuenta, se habían llevado a Joey y ella se había quedado en la sala de espera con Mitch y Emaline. Todavía les quedaban cuatro horas por delante antes de que volviera Joey. Inquieta, fue de un lado al otro de la habitación mientras rezaba para que todo saliera bien.

—Vamos a desayunar —propuso Mitch echando una ojeada alrededor—. Este sitio me pone nervioso.

—Yo no podría comer nada —replicó Ginny.

—Yo sí y tú tienes que comer algo. Joey querrá irse cuando salga y ya estás bastante delgada. Necesitas algún kilo más —dijo Mitch.

—Tiene razón, cariño. Necesitaremos mucha energía cuando estemos en casa. Creo que un buen desayuno nos ayudará de muchas maneras. No podemos quedarnos mirando el reloj, el tiempo pasaría demasiado despacio —añadió Emaline para dar fuerza al argumento.

Ginny se sintió superada y asintió con la cabeza.

—Pero en la cafetería del hospital. Lo dejaré dicho en el puesto de enfermeras.

No había mucha gente en la cafetería porque era muy temprano,

pero sí había algunas personas pidiendo por delante de ellos. Ginny decidió pedir una tortilla. Emaline se fue hacia los cereales y Mitch apareció detrás de Ginny mientras miraba al cocinero que batía los huevos y vigilaba al beicon y las salchichas en la plancha.

—¿Por qué has cambiado de opinión y has decidido venir? —le preguntó mirándolo a los ojos—. ¿Ha sido por algo que dijo Gloria?

—No. Lo había decidido antes de verla. Cuando volvía a casa con el caballo, pensé en lo que me habría gustado que alguien lo hiciera por Marlisse si las circunstancias hubieran sido distintas. No sé quién usurpó mi nombre hace cinco años, pero nos ha unido —dudó un instante, como si estuviera metiéndose en algo muy personal—. Nunca veré crecer a mi hija, casarse y darme nietos, pero me gustaban los niños. Supongo que todavía me gustan. Últimamente me he apartado de ellos. Marlisse y Daisy se habrían sentido decepcionadas. Quizá, al ayudar a Joey les demuestro que no he renunciado a las responsabilidades de la vida sólo porque ellas ya no están conmigo.

—Eres un hombre muy amable, Mitch. Cualquier otro me habría cerrado la puerta en las narices y habría dicho que aquello era una estafa —dijo Ginny.

Detestaba sentirse en deuda, pero haría casi cualquier cosa por su hijo. Sólo esperaba que en algún momento de su vida pudiera devolverle tanta amabilidad.

Mitch miró alrededor y se inclinó hacia ella hasta casi susurrarle en el oído.

—Tengo una reputación en esta ciudad, no se te ocurra volver a repetir que soy amable.

Ginny se rió porque creyó que era lo que él quería. Los ojos oscuros de Mitch la miraron fijamente. Por un instante, ella anheló arrojarse a sus brazos y descansar en la seguridad que ofrecían. Deseó volver a sentir la calidez de sus labios sobre los de ella. Deseó tener ese privilegio con una fuerza que la asustó.

Sin embargo, como decía la tía Edith, todo lo que no le hacía daño le hacía más fuerte. Ginny llevaba sola muchos años y nada había cambiado desde que conoció a Mitch. Se alejó intencionadamente de la tentación.

Tenía que ser fuerte por su hijo. Estaban los dos solos frente al mundo. Ese momento con Mitch era mágico, pero efímero. Pronto

volverían a Florida con recuerdos para toda la vida y una deuda que nunca pagaría completamente.

No pasó una hora antes de que volvieran a la sala de espera. Mitch dudó al llegar a la puerta.

—Emaline se quedará contigo. Yo tengo que irme a trabajar —sacó un teléfono móvil del bolsillo—. Marca aquí y llamará directamente a mi oficina. Llámame en cuanto sepas algo.

—De acuerdo —Ginny tomó el teléfono.

Se sentía decepcionada porque él no se quedaba, pero no lo demostró.

—Supongo que le habrá resultado difícil venir aquí, ¿verdad? —le preguntó a Emaline en cuanto Mitch se hubo marchado.

—Tuvo que ir al hospital para identificar a Marlisse y Daisy —contestó Emaline.

Ginny asintió con la cabeza. Eso hacía que su estancia en el hospital fuera más meritoria, pero no podía evitar el deseo de que se hubiera quedado.

El resto de la mañana transcurrió como en una neblina. Emaline y ella hablaron sin orden ni concierto. Además, ojeó alguna revista, fue a la ventana e intentó no mirar el reloj.

Por fin, el cirujano salió y les comunicó el éxito de la operación. Dejaron que Ginny fuera a la habitación donde Joey recuperaría la conciencia. Tenía un vendaje en el ojo izquierdo y parecía tan pequeño y pálido en la inmensa cama, que se le encogió el corazón.

Llamó a Mitch.

—Hola, soy yo. Joey ha salido. Todo ha ido bien —Ginny rompió a llorar.

—Ginny...

Ella intentó contener las lágrimas, pero sentía un alivio tan abrumador, que no pudo.

—¡Cuéntamelo! —le ordenó Mitch.

—Todo ha ido bien —repitió ella sin poder decir otra cosa.

Se sentía tonta. Tenía que haber esperado para llamarlo o, por lo menos, tenía que haber esperado para desmoronarse.

—Voy ahora mismo.

Colgó antes de que ella pudiera decir algo.

Entró una enfermera, vio a Ginny y se acercó a ella para darle

una palmada el hombro al saber el motivo de su llanto.

—Cuesta cuando son niños, ¿verdad? —le ofreció un pañuelo de papel—. Pero está bien, mucho mejor que antes. El doctor Tamsin tiene una fama merecida de hacer un trabajo excepcional. Joey tardará un rato en despertarse y cuando lo haga estará desorientado y volverá a dormirse casi inmediatamente. Tiene tiempo para tomarse una taza de té, si quiere.

Ginny sacudió la cabeza.

—No. Me quedaré. Siento ser una molestia.

—No es una molestia, es un niño con suerte por tener una madre mimosa.

La enfermera volvió a darle una palmada en el hombro, comprobó las constantes vitales de Joey y fue a la siguiente cama.

Ginny se quedó mirando a su hijo dormido. Iba a ponerse bien. Tendría los ojos como todo el mundo. Por fin había pasado todo el sufrimiento.

Diez minutos más tarde, Mitch irrumpió en la habitación y fue directamente hacia Ginny. Ella levantó la cabeza con sorpresa.

—Mitch, ¿qué haces aquí?

El se inclinó.

—¿Estás bien? ¿Está Joey bien?

Ella asintió con la cabeza y notó que las lágrimas le desbordaban los ojos.

—He venido en cuanto he podido. Hay un tráfico espantoso.

La miró un instante y luego desvió la mirada hacia Joey.

—Si va a ponerse bien, ¿por qué lloras? ¿Ha habido alguna complicación?

—No, es por el alivio —contestó ella mientras intentaba contener las lágrimas con el pañuelo estrujado.

Mitch había dejado el trabajo para acudir porque creía que lo necesitaba. Ella se sintió abrumada al comprenderlo. Nadie había hecho eso por ella.

—Toma —Mitch le dio un pañuelo limpio.

Ella se secó los ojos y Mitch la levantó para abrazarla. Nunca se había sentido tan a salvo. Se apoyó en él para disfrutar de los brazos que la rodeaban, de los firmes latidos del corazón que palpitaban contra su oído, de la sensación de que la vida seguiría su curso y ella saldría adelante.

Todo por el abrazo de él.

Qué afortunada había sido Marlisse por haber tenido a un hombre tan maravilloso como marido. Reunió la fuerza que él le transmitía, dejó escapar un leve suspiro y se apartó. No podía permitir que su jefe la abrazara. Además, estaba disfrutando demasiado. Tenía que mantener cierta distancia. Había hecho tanto por ellos que no quería que pensara que ella esperaba algo más.

Tenía que tener presente que trabajaba para él. Temporalmente. Cuando volviera Helen, se volvería a Florida inmediatamente.

La idea era deprimente, pero se aferró a ella.

—Gracias por venir. Soy una tonta por llorar cuando las noticias son buenas, pero me siento tan aliviada...

Mitch señaló la butaca y Ginny se sentó. Él se sentó en el brazo y le preguntó qué le habían dicho de la recuperación de Joey.

Cuando le dijo que Joey estaría cansado y desorientado cuando se despertara, Mitch insistió en que después se fuera al hotel para descansar bien por la noche.

—Quiero quedarme aquí.

—Estará dormido, Ginny. El no sabrá si estás aquí o no. Estamos sólo a cinco minutos y podemos venir si te necesita. Pero si duerme toda la noche, tú podrás dormir también. Mañana querrás estar descansada —Ginny miró a su hijo y Mitch la miró a ella. Parecía cansada y todavía era temprano por la tarde. Tenía que descansar para recuperar fuerzas. ¿Habrían comido Emaline y ella?

Se levantó con la intención de buscar a su tía y asegurarse de que se ocuparía de Ginny.

Ella apartó la mirada de su hijo y lo miró a él.

—¿Te vas?

—¿Quieres que me quede?

Ginny dudó y sacudió la cabeza.

—No, estoy bien. No puedes hacer nada.

Él ya lo sabía, pero por un instante deseó que hubiera algo que pudiera hacer. Protegerla de las penalidades de la vida. No quería analizar demasiado ese instinto protector.

La idea le tenía perplejo. Normalmente, no era dado a ser protector. Ginny había vivido toda su vida sin su ayuda y en el futuro le iría bien sin él.

Empezaba a implicarse demasiado con ella y su hijo. La pérdida

de Marlisse y Daisy había sido casi superior a sus fuerzas. No quería volver a poner a prueba sus sentimientos. Encariñarse de una mujer y, sobre todo, de un niño, era peligroso. Tener algo que ver con aquella mujer en concreto no entraba en sus planes. Ella había llegado porque buscaba a otro. Ella seguía buscando al hombre que había amado lo bastante como para ser el padre de su hijo. Él no era ese hombre.

Además, él no podía ofrecer a ninguna mujer lo que ella querría: un maridó entregado, ser el padre de sus hijos, un futuro. El riesgo de volver a sufrir era demasiado grande.

—Buscaré a tía Emaline y me iré a trabajar. Llámame si me necesitas.

Ella asintió con la cabeza e intentó sonreír.

—Gracias por venir. Siento haber interrumpido lo que estuvieras haciendo.

Ginny miró a Mitch mientras abandonaba la enorme habitación. Era ágil y fuerte. Una enfermera casi chocó con él y se volvió para mirarlo. Él pareció no darse cuenta. Seguramente estaba deseando salir del hospital.

Sin embargo, ella se sintió halagada por su visita. Él había pensado que lo necesitaba y había acudido. Era muy distinto al hombre que creyó amar hacía muchos años. Este había desaparecido sin dejar rastro después de toda una sarta de mentiras. Había sido una crédula, como decía su tía Edith. Ya había aprendido y casi se arrepentía.

Mitch no mentiría nunca. Una mujer sabría siempre cuál era la relación con él. Había ayudado a Joey porque ya no podía ayudar a su hija, pero no había ningún lazo más; por mucho que ella deseara que lo hubiera.

Emaline se empeñó en que se tomara un descanso de estar junto a la cama de Joey. Cuando se llevaron a Joey a la planta de pediatría, Ginny dio un rápido paseo alrededor del hospital. El aire puro le sentó bien, pero fue un paseo breve porque quería estar junto a su hijo cuando despertara.

Habían pasado las siete de la tarde cuando Ginny consintió en irse con Emaline. Joey se había despertado, había comido un poco y se había vuelto a quedar dormido. La enfermera de turno le había

dicho que Joey dormiría toda la noche. Aceptó llamarla si Joey volvía a despertarse y las echó del lado de la cama.

Tomaron un taxi hasta el hotel porque Ginny se sentía agotada.

—Pediremos algo al servicio de habitaciones —dijo Emaline mientras subían en el ascensor—. Una buena ducha te animará un poco para comer. Ya sé que estás cansada, pero tienes que comer y dormir. En cuanto cenemos nos iremos a la cama. No estoy acostumbrada a madrugar tanto y a pasar el día fuera de casa. ¡Ni siquiera he podido echarme una siesta!

—Emaline... No deberías haberte quedado todo el día —dijo Ginny con remordimiento.

El ascensor se paró en su piso y Emaline se dirigió hacia la suite.

—Tonterías. Sabes que yo también quiero a ese niño. Quería estar cerca. Rosita y yo estamos deseando ocuparnos de él mientras se recupera. El médico ha dicho que no puede cansarse durante seis semanas. Ya tenemos cartas, juegos de mesa y vídeos. Ella le ha preguntado a sus nietos lo que más les gusta y tenemos exactamente lo que más puede apetecerle a un niño de su edad. Pero es una sorpresa, hay algo distinto para cada día, no le digas nada.

—Le encantará. Gracias.

Ginny la abrazó. ¿Qué habría sido de ella sin la ayuda de aquella gente? Había sido tan inesperado que todavía se preguntaba si sería un sueño.

Mitch estaba hablando por el teléfono de la suite cuando entraron. Colgó inmediatamente y se levantó para saludar a Emaline y a Ginny. Miró detenidamente a Ginny y pareció satisfecho.

—¿Habéis comido?

—Ella quiere llamar al servicio de habitaciones —contestó Emaline—. ¿Tú has comido?

—No. Llamé al hospital justo cuando estabais saliendo y os he esperado.

El servicio fue rápido y al cabo de un rato los tres estaban cenando delante de un ventanal desde donde se veía todo Dallas. Las luces de los edificios y de las calles le daban un aire fantasmal. Emaline terminó de cenar y fue a acostarse.

—¿Estás demasiado cansada como para quedarte un rato? —le preguntó Mitch a Ginny.

—No. Todavía estoy excitada por todos los acontecimientos del día. Todavía no puedo creerme que ya haya pasado la operación para la que había ahorrado toda mi vida. Naturalmente, sólo es el principio del tratamiento y la terapia, pero el médico ha dicho que dentro de unos meses los dos ojos irán en paralelo. Todo te lo debemos a ti.

—Tú lo habrías conseguido, sólo habrías tardado un poco más —susurró él.

—Me gustaría poder pagártelo, aparte del dinero, quiero decir. No sabes lo agradecida que estoy.

—No busco el agradecimiento —gruñó él.

Ginny se quedó en silencio. ¿Qué buscaba? Que ella supiera, Mitch llevaba una vida normal, pero una parte de él había muerto con Marlisse y Daisy. Ella lo entendía. Ella también había llegado a creer que la vida había terminado cuando John Mitchell Holden había desaparecido, pero ella tenía un hijo y la vida recuperó poco a poco su brillo. Hasta que la tía Edith murió. Una de las peores cosas de la muerte es que los que se quedan tienen que seguir adelante. La vida continúa y nada nos garantiza que no intentará tumbarte de un golpe.

A Ginny no la había tumbado, aunque lo pareciera en su momento. Le gustaría poder hacer algo para demostrarle a Mitch que la vida podía ofrecerle muchas cosas.

Mitch miró a Ginny. Vio que se sonrojaba y que lo miraba fugazmente, como si temiera mirarlo a los ojos y encontrar algo que no quería ver.

¿Qué sería? Se preguntó Mitch. ¿Lujuria? Cuando le dijo que estaba agradecida, él se enfureció. No quería agradecimiento, quería algo más. La habría besado y paladeado la dulzura de su boca. Quería más.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, la libido le había cobrado vida por alguien que no era Marlisse. Deseaba a Ginny Morgan.

Los sentimientos lo abrumaban, se levantó de la butaca y fue hasta la ventana. Se apoyó en el alféizar y miró a la oscuridad con la vista perdida. El tintineo de las luces no le daban satisfacción. Miraba dentro de sí y no le gustaba lo que veía. Deseaba a otra mujer que no era Marlisse. Daba igual que llevara dos años muerta.

Le parecía una traición. Una traición a ella y a su promesa de no volver a estar con una mujer. Una traición para la confianza que Ginny había depositado en él. Podía dominarlo. Tenía que hacerlo. Tomó aire y estuvo a punto de dar un respingo cuando ella le tocó el brazo. No la había oído acercarse.

Se irguió lentamente y se apartó de ella. sintió que la iluminación de la habitación lo cegaba. Entrecerró los ojos, captó la incertidumbre que se reflejaba en los ojos de ella, el leve estremecimiento de sus pechos y la fragancia que susurraba su nombre.

Sin pensárselo dos veces, la tomó entre los brazos y bajó la cabeza. El contacto con sus labios disipó todos sus pensamientos. El remordimiento dio paso al deseo. Era demasiado maravilloso como para ser una equivocación.

Marlisse había muerto y Ginny estaba allí; viva, cálida, dulce y tan seductora que lo enloquecía.

Ella no se apartó cuando Mitch profundizó el beso. Las lenguas se encontraron y le recorrió la boca como si fuera a devorarla. La pasión brotó y notó los pechos de ella que crecían de deseo contra su propio pecho. Ella le rodeaba el cuello con los brazos y lo sujetaba como si no fuera a soltarlo nunca.

Un beso no sería suficiente. La deseaba como un hombre desea a una mujer, completamente, absolutamente. Mitch le acarició la espalda y la estrechó contra sí.

Cada vez que tomaba aliento se embriagaba con su fragancia, cada latido del corazón aumentaba el calor de su cuerpo hasta que se sintió como si fuera a arder. El contacto de las bocas sólo hacía que deseara acariciarla por todos lados. Pasó a besarle las mejillas, la mandíbula y la palpitante base del cuello. Le lamió y su piel le pareció pura ambrosía. Ella gimió ligeramente y él sintió que podía capturar el sonido con los labios.

Mitch le descubrió un hombro y paladeó la suavidad de la piel. Sintió los labios de ella que le recorrían la oreja, la mejilla y los labios otra vez.

Sabían que tía Emaline estaba sólo a unos metros de ellos y que no llegarían a ninguna parte aunque Ginny estuviera dispuesta.

Volvieron lentamente a la realidad. Mitch le besó los labios por última vez y se apartó mirándola a los ojos ligeramente nublados.

Ella parpadeó y también lo miró a los ojos confusos y ardientes.

—Si ha sido porque estabas agradecida, tiraré la pared de un puñetazo —le susurró Mitch.

Ella sacudió la cabeza.

—Estaré agradecida, pero sólo te daré las gracias por ello.

Le acarició la mejilla y la incipiente barba como si estuviera hipnotizada por la textura y el sonido levemente rasposo.

—¿Por qué me has besado? —le preguntó ella.

—Porque te deseo.

Mitch estuvo a punto de sonreír ante su mirada de asombro. Ella tenía que haber notado que el beso no había sido un roce de labios.

—Ya he pasado por eso y no salió como yo creía que saldría —dijo Ginny frívolamente.

Estaba aterrada. Ella creyó que amaba al hombre que conoció como John Mitchell, pero resultó ser falso. No confiaba en sus sentidos, su cabeza y su corazón. Podía enamorarse de aquel hombre y acabar igual: sola y con un montón de arrepentimientos.

Dio un paso atrás y parecía estar tan triste que Mitch quiso volver a abrazarla y besarla hasta que no pensara en otra cosa ni en otra persona. Hasta que olvidara el pasado.

Sin embargo, era evidente que estaba recordando otros tiempos. A otro hombre. ¿Podía culparla de ser cautelosa? Sobre todo cuando él sólo quería estar algún tiempo con ella, unas horas o unos días, pero no un futuro ni para siempre.

—Vete a la cama, Ginny. Mañana tendrás a Joey todo el día.

Un hombre más débil se habría sentido dolido por lo deprisa que se marchó, pensó cínicamente Mitch. Sin embargo, también pensó que ella era la más sensata de los dos.

CAPÍTULO 7

UNA SEMANA más tarde, Ginny casi se había olvidado del beso. Al menos eso era lo que se repetía incesantemente cuando surgía el recuerdo de aquella noche. Los días que Joey pasó en casa después del hospital fueron frenéticos. Consciente de sus obligaciones, dedicaba una hora al día a revisar el correo y tenía el teléfono de la oficina conectado en casa y tomaba los recados desde allí. Mitch pasó la semana en Dallas y no volvía a la casa por las noches.

Ella se preguntó si se habría quedado intencionadamente, pero le pareció improbable. Él había hecho lo que había querido y no se sentiría violento por su huida. Ella era quien deseaba haber hecho las cosas de otra manera, más sofisticada.

Ella había participado ardientemente en el beso. ¿Por qué no iba a haber esperado él que fuera a más? Sobre todo si tenía en cuenta lo que él sabía de su historial.

Sin embargo, a ella le había dolido mucho el abandono del padre de Joey. Ella era cobarde y temía volver a exponer su corazón. Sobre todo a un hombre que había enterrado su corazón con su mujer y su hija.

Ginny, por fin, dedicó todo un día a la oficina. Archivó cartas e informes, contestó el teléfono y recibió faxes del remoto imperio de Mitch. Empezaba a aficionarse al trabajo de oficina y le gustaba. Quizá lo intentara cuando volviera a Florida en vez de trabajar de camarera.

Justo antes de las cuatro oyó el sonido de un motor conocido. Se levantó y corrió a la ventana. Mitch había vuelto. Ginny lo miró mientras entraba en la casa, pero él no dirigió una mirada en dirección a la oficina.

Dejó escapar un ligero suspiro y comprendió que la decisión de marcharse el otro día fue acertada, aunque quisiera que las cosas fueran de otra manera. Aunque quisiera poder hacer que Mitch recordara lo que era abrazar la vida plenamente, disfrutar con la compañía de otro, hacer planes para un futuro juntos. Amar.

Parpadeó y tomó aire.

¡No estaba enamorada de su jefe!

Se demoró todo lo que pudo para no parecer que estaba ansiosa de verlo porque no lo había visto durante unos días.

Cerca de las cinco, apagó el ordenador, conectó el contestador automático y se fue a casa. Vería qué tal estaba Joey, se cambiaría para cenar e intentaría contener la impaciencia hasta que viera a Mitch.

No hizo falta. En cuanto se acercó al dormitorio de Joey oyó el sonido grave de su voz.

—¿Por qué ya no tienes una hija pequeña? —le preguntó Joey.

Ginny aceleró el paso. Esperaba que Mitch no machacara a su hijo con una respuesta cortante. Joey era sólo un niño.

No pudo oír las palabras, pero el tono era suave. Se paró en la puerta para ver la escena que tenía delante. Emaline estaba sentada en una mecedora junto a la cama. Mitch estaba sentado en el borde rodeado de lo que parecía un ejercito entero de todo tipo de héroes.

—...accidente.

—¿No llevaba puesto el cinturón de seguridad? —le preguntó Joey con el único ojo visible abierto de par en par.

—Sí. Su madre y ella llevaban puesto el cinturón de seguridad, pero el choque fue muy fuerte.

Emaline tenía lágrimas en los ojos. Ginny tragó saliva y se preguntó cómo habrían llegado a aquella conversación. Se le partía el alma por el dolor que había en la voz de Mitch, por las lágrimas en los ojos de Emaline y por la pérdida de una vida tan joven.

—A lo mejor yo podría ser tu niño pequeño. Así no estarías tan solo —dijo Joey.

—¡Joey! —Ginny entró para quitarle esa idea de la cabeza.

—Hola, mamá. ¿Sabías que Mitch tenía una hija pequeña pero que se ha muerto?

—Sí, lo sabía. Es muy triste, ¿verdad?

Mitch se levantó y se volvió.

Ella le saludó con la cabeza.

—No sabía que ibas a volver hoy.

—He cambiado de planes. Tengo que irme a Los Ángeles mañana. Quiero que vengas conmigo.

No mostró ningún rastro de la pasión que habían compartido. Sólo era un jefe que actuaba ante las exigencias del trabajo.

—¿Ir contigo? No puedo. Tengo a Joey...

—A quien Emaline y Rosita miman como si fuera su hijo. No le pasará nada.

—¿Cuánto tiempo estaríamos fuera? En realidad, nunca he estado separada de Joey.

Miró a su hijo con el corazón rebosante de amor. Le quitarían las vendas la semana siguiente. La mejoría era asombrosa. Sabía que Emaline y Rosita adoraban cuidar de él, pero era mucho pedir para una madre que nunca había pasado una noche lejos de él.

—Un par de días como mucho. Estará bien.

—Cariño, no te preocupes por Joey. Lo cuidaremos como si fuera nuestro —dijo Emaline mientras se sacudía la falda vaporosa del vestido color melocotón. Sonrió a Joey—. Nos lo pasaremos muy bien mientras tu madre está fuera, ¿verdad ?

—¿Adónde vas? —la voz de Joey reflejaba cierto espanto.

—De viaje de trabajo a Los Ángeles —contestó Mitch sin apartar la mirada de Ginny—. Haremos una cosa, Joey. Si te portas bien, le diré a Tom que te traiga uno de los perros mientras estamos fuera.

—¿Todos los días?

Ginny disimuló una sonrisa y se sintió un poco ofendida. Su hijo estaba dispuesto a negociar. No sabía cómo sentirse porque su hijo la cambiara por un perro.

—Todos los días.

—De acuerdo. Tráeme un regalo —le ordenó arrogantemente a su madre.

—Ya veremos. Todavía no he decidido nada.

—Ya sé que es algo precipitado. Helen siempre tenía una maleta hecha para viajes repentinos. ¿Podrás estar preparada para mañana? —le preguntó Mitch.

Ginny negó con la cabeza.

—No tengo ropa adecuada. Sólo he traído vaqueros y pantalones cortos para unos días. No me imaginaba que iba a pasar tanto tiempo fuera.

Le parecía que había pasado otra vida desde que llegó y se sintió decepcionada al no encontrar al padre de Joey. En ese momento, le costaba recordar cómo era él o qué atractivo había tenido para ella hacía cinco años.

—Podrás hacerte con algunas cosas cuando lleguemos allí. He reservado los billetes para el vuelo de las nueve de la mañana.

También he reservado una suite en el hotel Innsbrook, en Wlitshire Boulevard. Si tenemos suerte, terminaremos dentro de dos días y volveremos esa noche.

A Ginny le costó concentrarse después de oír la palabra suite. Evocaba recuerdos de la última suite donde había estado con él y Emaline. Además, esa vez estarían los dos solos. Se dio cuenta de que Mitch y Emaline la miraban con cara rara y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Estaré preparada mañana temprano —temerosa de que se notara lo que estaba pensando, se dio la vuelta para marcharse a su cuarto—. Ahora mismo estoy contigo —le susurró a Joey.

Mitch la detuvo antes de que llegara a la puerta.

—Ginny...

Ella se paró y se volvió. Él se acercó hasta que Ginny pudo captar el olor a loción para después del afeitado mezclado con el olor característico de Mitch. Se sintió envuelta por el calor de su cuerpo e intentó por todos los medios recordar que era su jefe y nada más.

—No tendrás miedo de viajar conmigo, ¿verdad? —le preguntó él.

—¿Debería tenerlo?

El corazón le latía con fuerza. Se sintió como una colegiala encaprichada e intentó disimular. Seria muy violento para los dos que Mitch notara lo que ella sentía por él.

—No. He pedido a Jasmine que reserve una suite por comodidad. Tú tendrás tu habitación y yo la mía, pero si tengo que trabajar por la noche, será más cómodo que los dos estemos a mano.

—Lo entiendo —esperó un instante—. Nos veremos en la cena —añadió mientras se metía en su dormitorio.

Se apoyó en la puerta y descansó la cabeza en el marco de madera. Él tendría su habitación y ella la suya, pero estarían muy cerca. Tan cerca como en aquella casa, pero sin nadie alrededor. Quizá debiera buscarse una excusa para quedarse.

Sin embargo, la idea de viajar con Mitch y verlo en acción era muy tentadora. Helen no tardaría en volver y ella y Joey regresarían a Florida. Seguro que podía pasar unos días en Los

Angeles.

Mitch miró la puerta cerrada y se sintió como un idiota. No tenía por qué explicarle que había reservado una suite. Una vez allí, ella comprendería las ventajas evidentes de trabajar uno al lado del otro. Helen y él no compartían una suite cuando viajaban los dos, pero habían trabajado juntos durante muchos años. Ginny era nueva en ese trabajo y quizá tuviera que preguntarle algo.

Así era, se dijo con tono burlón mientras se iba hacia la oficina.

La verdad era que no necesitaba que Ginny lo acompañara. Le habría bastado con el personal de la oficina de Los Ángeles, pero quería que ella fuera. ¿Qué quería? ¿Presumir de ella?

Se quedó parado en la oficina con la mirada clavada en la mesa de ella. ¿Presumir de ella? ¿Ante quién? ¿Ante la gente que trabajaba para él? ¿Ante sus amigos? ¿Con qué objeto? Helen volvería pronto y Ginny ya no tendría ningún motivo para quedarse en Texas.

Frunció el ceño, pasó a su despacho y recogió los mensajes que tenía apilados en la mesa.

Ginny no había ido nunca en avión, pero los amplios y cómodos asientos y las servilletas de lino y los cubiertos de plata la entusiasmaron. Naturalmente, Mitch sólo viajaba en primera clase. Se sentía bochornosamente mal vestida con los vaqueros y el top amarillo. Casi todos los viajeros eran hombres y mujeres con trajes de triunfadores que llevaban ordenadores portátiles y carteras de cuero.

Se hundió en el asiento y pensó que no debería haber ido. Afortunadamente, estaba junto a la ventanilla. Miró fuera e intentó imaginarse que era otra persona. Esperaba que nadie estuviera mirándola preguntándose qué hacía allí.

—No estás mareada, ¿verdad? —le preguntó Mitch.

Ginny negó con la cabeza mientras miraba cómo cargaban el equipaje.

—¿Has traído algo para leer? —también le preguntó Mitch cuando pasó una azafata que ofrecía revistas.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué esperabas hacer durante el vuelo?

Ginny miró a Mitch.

—No lo sé. ¿Qué sueles hacer tú?

—Trabajar.

—¿Trabajas todo el tiempo?

—Me ocupa todo el día.

—Entonces, dime por qué es tan importante que vayas a Los Ángeles en persona —le preguntó ella.

Mitch dudó un instante, pero luego, como si su interés lo hubiera tranquilizado, empezó a explicarle la crisis de producción y personal que quería resolver directamente y terminó explicándole la operación entera.

Ginny estaba fascinada. Había captado algunas cosas en el trabajo, pero al conocer las relaciones de la gente con la que había hablado comprendió que Mitch dirigía una empresa compleja y que la dirigía bien.

—El rancho es una pequeña parte…

—Ha sido el hogar de mi familia durante generaciones, pero yo no quería dedicarme sólo al rancho. Me gusta intervenir en el herraje, reunir el ganado, decidir cómo hay que rotar los campos y seleccionar los toros, pero no me llena completamente, como le llenaba a mi padre.

—Es una pena.

—¿El qué?

—Pensar que ha sido de tu familia durante tanto tiempo y que no hay nadie después de ti.

Mitch pareció sorprendido y luego pensativo.

—No en la línea directa, pero tengo primos. Mis abuelos y bisabuelos también lo fueron de ellos. Son de la familia.

Ginny asintió con la cabeza temerosa de haber metido la pata. El amor que sentía por su hogar se traslucía cuando hablaba de él. Quizá tuviera que competir con el amor que sentía por la empresa, pero este no iba superarlo. Era triste no tener hijos a quienes transmitírselo.

Estaban a medio camino cuando él cambió las tornas y le preguntó a ella por su vida en Florida.

Ginny no sabía bien qué quería saber exactamente, la habló de varias cosas y le contó su trabajo de camarera y cuánto le gustaba el mar a Joey.

—Hablas mucho de tu amiga Maggie —comentó Mitch—, pero no hablas de ningún hombre. ¿Tienes algún amigo especial o sigues esperando al padre de Joey?

Ginny sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo para los hombres, ni nuevos ni antiguos.

—¿Por qué? Eres joven y guapa. Yo habría dicho que tendrías a todos los hombres de Fort Lauderdale a tu alrededor.

—Nunca he tenido hombres a mi alrededor —replicó ella con calma—. Además, salir con una madre soltera no es tan apetecible como salir con una soltera sin ataduras.

—Ellos se lo pierden.

Ginny sonrió halagada por el comentario. Se miraron a los ojos durante unos segundos. Si las circunstancias hubieran sido distintas, ¿habrían pensado que tenían algo en común? La atracción que sentía ella cuando él estaba cerca, ¿se habría convertido en algo compartido por los dos? ¿Tenía que decirle que ya no pensaba en el padre de Joey? ¿Qué podía importarle a él?

Ilusiones. Había buscado la felicidad para toda la vida con el hombre que ella conoció como John Mitchell Holden. Ya no era algo real. No sabía quién era él ni dónde estaba en ese momento, pero le agradecía haberle dado la oportunidad de conocer a Mitch.

—Iremos de compras cuando lleguemos a Los Ángeles. En Rodeo Drive hay buenas tiendas.

—¡Rodeo Drive! —hasta ella había oído hablar de aquella calle famosa en todo el mundo por sus exclusivas tiendas—. Creo que unos grandes almacenes normales serán más apropiados.

—Puesto que la ropa es un asunto de trabajo, la empresa se hará cargo de la factura —dijo Mitch despreocupadamente.

—¡No puedo permitirte que me compres la ropa! Ya has hecho bastante por Joey...

—No discutas, Ginny. Son gastos de trabajo. ¿De acuerdo? No necesitarías nada si no fueras a trabajar conmigo. No voy a volver a hablar del asunto.

Unas horas más tarde, cuando por fin se registraron en el hotel, Ginny estaba hambrienta, cansada y secretamente feliz por las cosas que había elegido. El traje sería perfecto para entrevistas de trabajo si decidía seguir por ese camino cuando volviera a Florida. Tenía tres blusas para combinar con el traje, dos color crema y una rojo

brillante.

El vestido que Mitch se había empeñado en que necesitaba para la cena que tenían prevista era maravilloso. Nunca había tenido algo tan sofisticado, aunque la dependienta no parara de decir que era un vestidito negro que servía tanto para el trabajo como para una cita si se ponía algunos accesorios, que les vendió junto a unos zapatos.

—Pediré al servicio de habitaciones que nos traiga algo de comer mientras tú te cambias —dijo Mitch cuando entraron en la enorme suite—. En cuanto terminemos, iremos a la oficina antes de que empeore el tráfico.

—¿Puede empeorar el tráfico?

—A la hora punta, las carreteras están a rebosar en todas direcciones. Ponte mañana el vestido, cenaremos con los Morris y los Turner. Esta noche seguramente también trabajemos durante la cena, pediremos algo en la oficina.

Ginny se vistió con calma. Quería estar segura de que parecía la competente ayudante personal de Mitch Holden. Cuando salió de su habitación al salón, se sentía más sofisticada que nunca.

Mitch frunció al ceño al verla.

—¿No me sienta bien?

—Pareces más distante, mayor.

—Soy tu secretaria eficiente y competente. ¿Cómo iba a respetarme la gente si pareciera una niña con vaqueros? —replicó ella.

Mitch la miró con ojos burlones. —Eficiente y competente, ¿eh? Ella se sonrojó.

—Bueno, por lo menos quería parecerlo.

—Lo has hecho perfectamente, sobre todo para alguien sin experiencia como secretaria. Come algo, quiero irme pronto.

El resto del día pasó como un torbellino. Ginny conoció a los personajes clave de la oficina. Hubo algunos comentarios sobre la ausencia de Helen, pero ya había hablado con casi todos por teléfono y sabían quién era ella. Se limitó a hacer lo que sabía y los demás la respetaron por ello y estuvieron muy amables.

Mitch estaba en su elemento. Ella lo miraba fascinada mientras él se hacía cargo de la situación sin pasar por encima de nadie. Los demás contaban siempre con sus conocimientos y adoptaban sus

indicaciones.

Se quedó boquiabierta cuando empezaron a hablar de errores de muchos millones de dólares. Intentó no despistarse mientras tomaba notas de lo que decía Mitch. Era mucho más rico de lo que había pensado y aquello sólo era una parte de sus empresas. No le extrañaba que hubiera pagado la operación de Joey con tanta facilidad.

Ella seguía pensando en devolverle el dinero, pero por una cuestión de honor, no porque lo necesitara. Ginny se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza

en la almohada. El día había empezado temprano en Texas y tarde en California. ¿Siempre llevaba un ritmo tan frenético?

No se acordó de que Mitch estaba en la habitación de al lado y durmió toda la noche de un tirón.

Mitch volvió a mirar el reloj. Eran más de las siete y no había oído ni un ruido en la habitación de Ginny. El desayuno llegaría enseguida.

Fue a la ventana y abrió las cortinas. Los Angeles estaba en plena actividad y la niebla de la mañana sólo eran unos jirones contra el cielo azul.

Fue a la puerta y escuchó. Nada. Golpeó levemente la puerta y esperó. ¿Se habría despertado pronto y se habría ido a dar un paseo?

Abrió un poco la puerta y miró dentro. Estaba profundamente dormida, de costado y con la cara apoyada en la mano. Como una niña.

Entró y la miró unos segundos. Parecía más joven, más como la Ginny que había conocido durante las últimas semanas que como la mujer vestida de secretaria eficiente.

Aquello le había impresionado. Nunca se había fijado en la ropa que llevaba Helen. Ella siempre iba impecablemente vestida para cualquier situación o acontecimiento al que asistían. Pero en Ginny le había parecido forzado.

Se dio cuenta de que le gustaba con su aspecto habitual.

Como en ese momento, con la piel sonrojada por el sueño y el pelo revuelto. El movimiento de los pechos al respirar le llamó la atención.

Sintió un arrebato de deseo. La deseaba como no había deseado a nadie desde hacía mucho tiempo. Quizá, desde nunca. Era guapa, pero no bella. Parecía muy inocente a pesar de haber tenido un hijo y de haberse ganado la vida sola durante algunos años. Quizá la admirara tanto por las penalidades que había superado.

O quizá fuera porque conservaba la alegría a pesar de las dificultades que habrían abrumado a cualquier otra persona.

Se dio cuenta de que le gustaba tenerla en su vida. Incluso Joey estaba haciéndose con él, a pesar de que había prometido mantenerse al margen de situaciones que pudieran hacerle daño.

—Ginny... —dijo delicadamente.

Ella no se movió. Mitch lo asimiló para ocasiones futuras: Ginny dormía profundamente y no era fácil despertarla.

—Ginny... —lo dijo un poco más alto.

Se acercó a la cama. Dudó un instante, le puso la mano en el hombro y notó al instante la calidez y la suavidad de su piel. Le sacudió delicadamente sin apartar la mano y para disfrutar del contacto.

—Ginny, es hora de levantarse. Tenemos mucho trabajo.

Ella abrió los ojos lentamente. Mitch notó que estaba despistada. Hasta que se encontró con los ojos de él y se sorprendió. Mitch apartó la mano reticentemente aunque tampoco sabía por qué iba a dejarla. —¿Qué hora es?

Ginny se sentó. Se dio cuenta de que llevaba un camisón casi inexistente y se tapó con la sábana.

—Son más de la siete. El desayuno llegará de un momento a otro y quiero irme a las ocho. —¡Estaré preparada!

Mitch salió de la habitación sin mirar atrás. No se atrevía a mirarla otra vez. El camisón casi transparente lo había sorprendido, pero no sabía por qué. Seguramente, como siempre llevaba vaqueros y camisetas,

había esperado que para dormir llevara algo normal y práctico.

Lo sorprendía constantemente. Él había esperado que lo engatusara, pero ella se mantenía distante, menos en los besos. Su respuesta no había sido nada distante.

¿Era una especialista o una inexperta?

No podía ser una inexperta absoluta, al fin y al cabo, tenía un hijo. Sin embargo, transmitía una inocencia que no encajaba con la autosuficiencia que practicaba. A él le había ayudado bien y estaba entregada a su hijo. Además, se llevaba bien con Emaline. Incluso sus sobrinos a veces tenían problemas para tratar con su tía.

Mitch fue a la ventana y miró el paisaje de Los Ángeles. Se alegraría de volver a casa cuando dejara las cosas encauzadas. ¿Se alegraría Ginny?

Por un instante pensó en ofrecerle un trabajo que la retuviera en Tumbleweed. Ella y Joey tenían amigos en Florida, pero no familia. Podrían vivir fácilmente en Texas. Joey tendría la oportunidad de crecer rodeado de perros y caballos.

Sin embargo, ella era susceptible. No podía hacer cualquier cosa para que no se fuera, tendría que ser un trabajo en toda regla que no cuestionara su independencia o pareciera un acto de caridad.

El servicio de habitaciones llevó el desayuno justo cuando Ginny salía de su dormitorio. Desayunaron deprisa y se fueron a la oficina.

—¿Has mecanografiado las notas de la reunión de ayer? —le preguntó Mitch mientras el taxi avanzaba penosamente entre el tráfico de la hora punta.

—Las pasé a uno de los ordenadores y la secretaria de Jason iba a imprimirlas para que las tuvieras cuando llegáramos.

—,Tuviste algún problema?

—Ninguno.

La miró y se dio cuenta de que la falda del traje se había subido más de lo que ella sospechaba. Mitch se sintió incómodo al darse cuenta de que quería pasarle los dedos por la delicada piel, sentir su suavidad sedosa, notar la textura marmórea que estaba seguro de encontrar.

Tomó aire y miró por la ventanilla para pensar en el trabajo y en el embrollo que estaba metida la oficina de Los Ángeles. Sin embargo el olor de Ginny lo hipnotizaba y no se podía olvidar de ella porque de vez en cuando se inclinaba para mirar algo por la ventanilla.

Quizá hubiera sido un error llevarla, pero la quería con él. Sin entrar en más consideraciones, se alegró de ver el edificio de sus oficinas. El trabajo siempre resolvía las cosas.

CAPÍTULO 8

ALAS SEIS de la tarde, Ginny quería volver al hotel, darse un baño caliente y dormir doce horas. Mitch era increíble. Sabía más de lo que ella podría recordar. Sabía desde los nombres de los empleados y su situación familiar, hasta las cifras de ventas de los últimos años y los conflictos y acuerdos laborales desde la creación de la empresa. Ella intentaba retenerlo, pero se perdía más de la mitad de las veces.

Lo que realmente le molestaba era que, además, parecía tan fresco y dispuesto a todo tanto a esas horas como por la mañana. ¡Tenía casi tanta energía como Joey!

Se escabulló de la ronda de despedidas e hizo una rápida llamada al rancho desde el puesto de recepción. Allí era dos horas más tarde y quería hablar con Joey antes de que se acostara. Charló un momento con Emaline y le pasó a su hijo. Se tranquilizó al ver que estaba contento y bien cuidado y colgó de mala gana. Lo echaba mucho de menos, pero le iba bien.

—¿Algún problema? —Mitch fue a buscarla a la recepción.

—Ninguno. Joey ha estado levantado. Emaline me ha dicho que han evitado que se inclinara o hiciera esfuerzos, pero que está contento de estar fuera de la cama. ¿Nos vamos?

—Le he dicho a Jim que avise a los Morris dei que estaremos a las siete y media en La Marca del Zrro. ¿Te dará tiempo a cambiarte?

Asintió con la cabeza y desechó la idea del baño caliente. Volverían rápidamente al hotel, se pondría el maravilloso vestido negro y volvería al trabajo.

—¿No te cansas nunca? —masculló ella mientras agarraba el bolso y la carpeta con notas e informes.

—Casi nunca. ¿Estás cansada?

Ella se irguió y fue hacia el ascensor.

—En absoluto —mintió—, pero yo no llevo este ritmo constantemente. Creo que estaría agotada si lo hiciera.

—Descanso cuando estoy en el rancho.

Ella sonrió al oírlo. Comprobaba el vallado, reunía ganado y,

además, contestaba las llamadas y los faxes que recibía todos los días. Tomaba decisiones que afectaban hasta al más mínimo aspecto de sus miles de intereses económicos.

—¿He dicho algo gracioso?

Ginny sacudió la cabeza.

—Me preguntaba qué entiendes tú por descansar. ¿Qué harías en la playa? ¿Organizarías campeonatos de balonvolea y travesías a nado?

—No voy mucho a la playa.

—Demasiada poca actividad, ¿no?

—Demasiado lejos.

—¿No te tomas algún tiempo libre de vez en cuando? Seguro que te tomabas vacaciones con tu familia.

—Cuando mi mujer y mi hija vivían, íbamos de acampada y a parques de atracciones. Un año fuimos al rodeo de Calgary.

—Pero no a la playa. Ven a visitarnos alguna vez, ya veremos cuánto tiempo eres capaz de estar sin hacer nada en la arena.

Ginny casi contuvo el aliento nada más decir aquello. ¿Sospecharía él lo mucho que deseaba mantener el contacto? ¿Lo mucho que anhelaba mantener una relación que no fuera sólo de jefe y secretaria y que podía convertirse en algo más duradero?

Sin embargo, Mitch no parecía sospechar nada y respondió que quizá lo hiciera. Lo cual era como no decir nada.

Cuando entraron en el restaurante aquella noche, Ginny se sintió como si entrara en un mundo de fantasía. La decoración era preciosa y lujosa, había mucho espacio entre cada mesa y no estaban amontonadas para servir la mayor cantidad de comidas a la vez, como en donde ella trabajaba.

Incluso había una pequeña pista de baile en una esquina y sonaba una suave música de fondo.

Mitch arqueó una ceja cuando uno de los hombres empezó a hablar de trabajo.

—Ya que estamos con nuestras parejas, que se aburrirían de muerte con una conversación de trabajo, será mejor que nos limitemos a los temas de interés general.

A Ginny le sorprendió su cortesía. Ella había pensado que iban a una reunión de trabajo. Pronto empezó a disfrutar de la velada. Sobre todo, cuando empezaron a comparar las playas de Florida y

Atlanta con las del sur de California. Ello llevó a una serie de bromas sobre los atractivos de cada estado.

Sin embargo, cuando la conversación derivó hacia los hijos, Ginny miró a Mitch y se preguntó si debería hacer algo para desviar la conversación. Sabía cuánto le dolía ese asunto.

Él la sorprendió al contar una historia de Joey con los perros que hizo que todo el mundo se riera. No parecía incómodo, no parecía que fuera a levantarse e irse si no cambiaban de conversación. Ginny lo miró con cautela y se quedó atónita cuando él le guiñó un ojo. Se ruborizó y miró a otra parte. Tuvo que reconocer que Mitch era capaz de manejar sus propios sentimientos. Si no le gustaba el tema de conversación, lo cambiaría.

Cuando terminaron de comer, Mitch pidió brandy y café para todos.

—Creo que la música es muy tentadora y que es el momento de bailar un poco.

—Por favor, no te imaginas cuánto detesto bailar

—gruñó Harry Morris.

Su mujer se rió encantada.

—Me.ha parecido oír una orden del gran jefe. Al ataque, Harry.

El hizo un gesto de fastidio, pero la sonrisa dejaba muy claro que era una broma.

Jim y su mujer se levantaron, Mitch se volvió hacia Ginny.

—¿Vamos?

No podía negarle nada, como no podía negarle nada a Joey. Estar entre sus brazos mientras bailaban sería la mejor parte de la velada. Asintió con la cabeza. Lo disfrutaría siempre que no se dejara en evidencia. No podía demostrarle a Mitch lo mucho que le gustaba estar con él.

La mano de él en la espalda era cálida y hacía que se estremeciera de los pies a la cabeza. La estrechó y la sostuvo como si fuera un objeto frágil y preciado que había que cuidar. Ginny cerró los ojos durante un buen rato y gozó con cada aspecto de estar entre los brazos de Mitch.

La música era lenta y soñadora. Llevaban el ritmo y las caderas se rozaban, los pechos se estrechaban el uno contra el otro y

compartían un mismo mundo propio. Ginny se sintió como si estuviera con todos los sentidos alerta y captara cada matiz, desde la calidez de la mano de Mitch hasta su aroma embriagador.

Pensó que la vida debía ser así: dos personas que se amaban y disfrutando la una de la otra. Los momentos de silencio eran los mejores. Pensó un instante en Marlisse y Daisy. Nunca las conocería, pero podía notarlas en Mitch ¿Podría olvidarlas alguna vez y avanzar? Quizá no olvidarlas, pero por lo menos empezar otra vida diferente e igual de buena...

—Yo estoy preparado para irme al hotel —le dijo Mitch en voz baja el oído—. ¿Tú?

—Si quieres... —se sintió decepcionada.

Sólo había bailado una vez por compromiso. Una vez terminada la canción, quería irse. Llevaba demasiado tiempo engañándose a sí misma. Era hora de poner los pies en la tierra.

Mitch insistió en que los demás se quedaran. Dio unas últimas instrucciones a sus colegas y se despidieron. Por la mañana, Mitch y Ginny volverían a Texas.

Cuando llegaron al hotel, ante la sorpresa de Ginny, Mitch se paró mientras ella se dirigía al ascensor.

—Hay una pista de baile en el bar de la planta baja. ¿Te apetece tomar algo y bailar un poco más?

—Creía que estabas cansado.

Ginny no podía disimular la sorpresa ni la repentina oleada de felicidad que la dominaba.

—En realidad, quería deshacerme de los otros y me ha parecido una excusa diplomática y que espero que no dé pie a las habladurías.

—¿Por qué iba a haber habladurías?

—Cualquiera que nos viera bailar pensaría que somos algo más que jefe y secretaria.

—¿De verdad? —se le aceleró el pulso—. ¿Por qué?

—Porque hay algo más y sólo un ciego no lo vería. ¿Bailas?

—Sí, por favor.

La pista de baile estaba casi vacía, sólo había otras dos parejas. Cuando Mitch la tomó entre sus brazos, Ginny supo que no querría que la noche terminara. Fue como si Joey y su vida en Florida hubieran pasado a un segundo plano. La velada había tomado un

giro irreal, como si flotara con alas de satén. Mitch le hacía sentirse plena y la inflamaba sólo de pensar en lo que podía pasar.

Amaba a Mitch Holden. Era completamente distinto a todo lo que había conocido. Era algo mucho más fuerte y profundo que lo que había sentido por el padre de Joey.

Le encantaba bailar con Mitch. Cada roce de su cuerpo la alteraba. Cada caricia en la espalda le provocaba imágenes eróticas.

Le encantaba hablar con él, escuchar sus opiniones y sentir su risa cuando algo le hacía gracia, lo cual era bastante poco habitual. Lo más frecuente era que tuviera un aire triste en los ojos. Ella era feliz cuando conseguía divertirlo.

Le encantaba estar con él para disfrutar de los momentos y apurar el tiempo que les quedaba juntos.

Se sentía como Cenicienta en el baile, aunque sin zapatilla de cristal ni final feliz. Su príncipe no buscaba una mujer, sino llorar la muerte de otra. Ella tampoco tenía un hada madrina. Sólo había que verla para saberlo. Sin embargo, disfrutaba de cada instante, como debió de hacer Cenicienta en el baile. Por lo menos, le quedarían aquellos recuerdos para toda la vida.

Ya era tarde cuando se dirigieron a los ascensores. Ginny se sentía envuelta por el tiempo, casi temía que si decía algo, el hechizo se podía disipar y se enfrentaría a la realidad. Sólo tenía que pasar unos minutos hasta que estuviera en la cama y pudiera revivir cada segundo de la noche para grabarlo en su mente y recordarlo toda la vida.

—Lo he pasado de maravilla —dijo ella soñadoramente mientras se abría la puerta del ascensor—. Me parece que adoro Los Ángeles.

Mitch la abrazó en el ascensor vacío y trazó leves círculos el hombro desnudo.

—¿Mejor que en Tumbleweed? —preguntó él.

—Mmm. Quizá no. Me gustan el rancho, Emaline, Rosita... —se calló antes de hablar demasiado.

Llegaron a la suite y Mitch abrió la puerta. Las luces estaban apagadas y el resplandor de la ciudad iluminaba la habitación.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Ginny al ver las luces que se extendían hasta donde llegaba la vista.

—Tan preciosa como tú —dijo Mitch antes de cerrar la puerta y tomarla entre los brazos.

Su boca cubrió la de Ginny y ella se entregó al beso. Lo anhelaba, anhelaba su contacto y necesitaba más. Había estado sola, pero él había llenado el vacío y le había llevado la felicidad. Había estado sola, pero con él era como si se unieran dos partes de un conjunto.

Le rodeó el cuello con los brazos, abrió la boca y le acarició los labios con la lengua antes de introducirla en su boca. Le gustaban sus brazos fuertes y ella parecía derretirse. Si él no estuviera sujetándola, seguramente, las rodillas no la habrían mantenido de pie.

El tiempo se paró. Sólo existía ese momento y las sensaciones que brotaban cada vez con más fuerza. Ginny se deleitaba con ellas arrastrada por la fuerza de la pasión y perpleja por el deseo que aumentaba cada segundo. ¡Ojalá pudiera durar toda la vida!

—Te deseo, Ginny —susurró Mitch mientras le besaba la mejilla, la mandíbula y le echaba la cabeza hacia atrás para besarle y lamerle el cuello hasta el palpitante punto en la base de la garganta —. Quédate conmigo esta noche.

A Ginny se le desbocó al corazón al oír aquellas palabras. ¿La deseaba tanto como ella a él? ¿Habría superado la ausencia de su mujer? ¿Estaba dispuesto a avanzar con ella?

—Yo también te deseo, Mitch —dijo ella, que ardía de anhelo.

Lo abrazó con más fuerza.

Mitch se inclinó hacia delante y la levantó en brazos.

—No puedo creérmelo —susurró ella mientras lo besaba en la mejilla—. Esto sólo pasa en las películas.

Mitch la besó en los labios y la llevó en volandas al dormitorio. Las luces del exterior iluminaban tenuemente la habitación. La dejó en la cama, le quitó los zapatos y se arrodilló delante de ella.

Ginny deseó poder verlo, ver sus ojos y la expresión de su rostro, pero se conformó con el contacto. Los dedos de Mitch subían por sus piernas dejando un rastro de fuego y hielo.

—¿No te arrepentirás, Ginny? —susurró con voz ronca.

Fue como un jarro de agua helada. No era su sueño hecho realidad. Era una noche aislada. Era una noche especial para los dos, pero no era un compromiso de futuro, no era una promesa a la que pudiera aferrarse.

—No —contestó ella antes de tomarle la cara entre las manos

para besarlo.

Se sentía atrevida y le dijo cuánto lo deseaba. Por una vez, tomaría lo que le ofrecían y se olvidaría de los arrepentimientos. Amaba a Mitch, ¿iba a negarse pasar una noche en sus brazos?

Mitch se levantó y la tumbó delicadamente y ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo contra sí.

Se desnudaron lentamente mientras se acariciaban y se besaban. La pasión y el deseo de estar juntos los dirigía sin timidez.

Antes de que Ginny se durmiera, una idea la atormentó. No le habría dicho en voz alta que lo amaba...

La luz entraba en la habitación cuando Mitch abrió los ojos. Tenía un brazo cálido y femenino sobre él. Ginny tenía la cabeza apoyada contra su hombro y el brazo sobre su pecho. Tenían las piernas entrelazadas y notaba su respiración en el pecho desnudo.

Su esposa llevaba dos años muerta. El remordimiento le consumió la primera vez que salió con una mujer tras la muerte de Marlisse. Las pocas veces más

que lo había intentado habían sido un desastre. Había comparado a todas con su esposa.

Se volvió lentamente para mirar a Ginny. Quería disfrutar unos instantes de ella. Tenía la melena rubia sobre su brazo y el pelo era suave y sedoso como ya sabía que sería. Parecía muy joven cuando estaba dormida. Todas las preocupaciones del día se habían disipado.

Sorprendido, se dio cuenta de que la deseaba otra vez. La despertaría con un beso y acariciaría ese cuerpo pequeño y seductor hasta que ardiera con el fuego que los había abrasado la noche anterior. Ella había estado cariñosa y explosiva. Sin remordimientos ni arrepentimientos.

Le encantaría volver a hacer el amor con ella a la luz del día que inundaba la habitación. La miraría a los ojos y vería todos los sentimientos que había percibido.

Y luego, ¿qué?

Dejó a un lado el futuro. Ya tenía bastante con tenerla en la cama y poder despertarla con un beso; poder ver a dónde llevaba eso. Lentamente, la puso sobre su pecho y la besó hasta despertarla.

La noche anterior había dicho que no se arrepentiría, pero, mientras se duchaba, Ginny tenía un montón de arrepentimientos. Intentaba convencerse de que no había esperado una declaración de amor eterno; de que no había esperado que una noche juntos hubiera cambiado a Mitch; de que no había esperado que él se enamorara perdidamente de ella.

Sin embargo, se mentía.

Quería su amor. Le abrumaba el amor que sentía por él. Deseaba ser libre para decírselo, para acariciarlo cuando quisiera, para cerrar la puerta cuando estuvieran juntos y besarlo hasta que le hiciera el amor.

En cambio, hacía todo lo posible para recuperar el equilibrio. Suspiró suavemente, cerró los ojos y dejó que el agua caliente le acariciara el cuerpo como lo había hecho él hacía un rato.

Sus caricias habían sido delicadas y excitantes. Abrió los ojos bruscamente y empezó a frotarse el cuerpo con la esponja. No tenía sentido soñar despierta con algo imposible. Además de ser un desperdicio de energía. Su tía Edith se lo había advertido muchas veces.

La noche anterior había sido algo maravilloso que estaba fuera del tiempo. Sin embargo, la realidad era implacable. Tenían que tomar un avión a Dallas y llegarían al rancho antes de la cena. Hacía un rato había llamado y había hablado con Joey. Él era su prioridad. El amor por su hijo le desbordó el corazón. Conservaría los recuerdos de Los Ángeles, pero seguiría adelante como lo había hecho cuando descubrió el engaño del padre de Joey.

¿Cuándo volvería Helen? ¿Cuándo dejaría de ver a Mitch Holden para siempre? ¿Cómo haría para alejarse sin volver la vista atrás y afrontar un futuro sola después de haber conocido lo maravilloso que era estar con él?

La noche anterior le había mostrado lo que podía significar una relación de amor con un hombre. Era algo que quería con tanta fuerza que casi la asustaba. ¿Por qué él no la quería como ella lo quería a él? Sin embargo, ¿cómo podía competir ella con una mujer muerta? La perfección de aquella relación no podía compararse con ella y el bagaje de su pasado.

Ginny, preparada a la hora prevista, llevaba su traje nuevo como si fuera una armadura que la protegiera. No volvería a ceder a la

necesidad de acariciarlo. Era su secretaria temporal y se comportaría como tal. Salió al salón decidida a mantenerlo.

Mitch estaba junto a la ventana. Había vuelto la famosa neblina de Los Ángeles y el calor de la mañana enturbiaba el aire. Mitch se volvió y Ginny se alegró de haberse vestido para su nuevo papel cuando vio la expresión distante de su rostro. No era la única en arrepentirse, a pesar de todo lo dicho.

—¿Preparada? —le preguntó él.

Ginny asintió con la cabeza y él llamó para que mandaran un botones y pidieran un taxi.

—He llamado a Joey —dijo ella mientras esperaban en una situación incómoda—. Está bien. Dice que ya no le duele y que quiere montar a caballo.

—Cuando lo autorice el médico, le montaremos en un caballo dócil.

Ella asintió con la cabeza y se preguntó si seguiría en el rancho cuando le quitaran los vendajes.

—Ginny...

Una llamada en la puerta le interrumpió la frase. Era el botones.

Ya no pudieron tener una conversación privada. Antes de darse cuenta, ya estaban en la puerta del aeropuerto. Pasaron los controles de seguridad y Mitch propuso ir a comer algo pues quedaba una hora hasta el despegue.

Ginny no tenía apetito, pero no había comido nada desde la cena y sabía que por lo menos tenía que aparentarlo.

El viaje le pareció interminable. Ginny se llevó dos revistas y las leyó de cabo a rabo. Mitch parecía tener tan pocas ganas de hablar sobre la noche anterior como ella. Se concentró en el trabajo y utilizó el teléfono del avión para ponerse en contacto con la oficina de Dallas y confirmar algunas decisiones que había tomado en Los Ángeles.

Una vez en el coche, Ginny fingió estar dormida para evitar cualquier conversación. Sabía que era una cobardía, pero no podía evitarlo. Tenía que distanciarse un poco antes de tratar el asunto.

Naturalmente, ella se sentiría de otra forma si él diera la más ligera sensación de que la noche anterior había sido algo especial, pero su actitud distante le volvía loca y no quería sacar la conversación por miedo a lo que pudiera oír.

Llegaron a casa y fue corriendo a la habitación de Joey. Se abrazaron y tuvo la sensación de que el mundo se estabilizaba. Esa era su realidad.

—Te he echado de menos, mamá.

—Yo también te he echado de menos, mi amor —se quitó la chaqueta del traje, la dejó a los pies de la cama y se sentó junto a Joey—. Cuéntame todo lo que has hecho.

—Hola, Mitch —dijo Joey.

Ginny se volvió para mirar al hombre que se apoyaba despreocupadamente contra el marco de la puerta. El corazón le dio un vuelco como pasaba cada vez que lo veía. No había esperado que la siguiera.

—Hola, Joey. ¿Qué tal estás?

—Estoy casi bien del todo. La tía Emaline dice que si tuviera más energía tendrían que embotellarla para venderla —dio un pequeño salto en la cama—. Rosita tiene juegos. Sus nietos los juegan y yo he aprendido. Tía Emaline me ha enseñado a jugar a las cartas. ¿Podemos jugar, mamá? Soy muy bueno. Tía Emaline dice que tengo un don.

Ginny asintió con la cabeza y se rió por su exuberancia mientras sentía la presencia abrumadora de Mitch. De vez en cuando le lanzaba una mirada de soslayo y se preguntaba qué estaría pensando. No había contado con que se hubiera quedado durante la perorata de Joey. Además, su expresión no era nada reconfortante, pero no se había marchado.

—Parece muy divertido. Tendremos que buscar unas cartas para llevárnoslas a casa.

—Estoy seguro de que hay unas barajas por ahí. Joey puede llevarse un par —dijo Mitch.

Ginny lo miró y se quedó impresionada por lo solo que parecía. Estaba apartado, apoyado en la puerta como si mirara a algo que no podía compartir del todo. Ella quiso decirle que se sentara en la cama con ellos para contarle el viaje a Joey, pero no se atrevía. ¿Acaso la noche que habían pasado juntos le había dado algo más que meros recuerdos? Si hubiera sido así, ¿qué pensaría él? ¿Que estaba intentando crear una relación distinta a la que había o que simplemente quería que participara?

—Ven y cuéntale a Joey los juegos de cartas que jugabas de niño

—se atrevió a decir por fin.

Por un instante, ella pensó que lo haría.

—Tengo que trabajar —dijo Mitch mientras se daba la vuelta.

A Ginny se le cayó el alma a los pies.

—Mamá, he visto uno de los perros. El señor Parlance lo trajo. A Rosita no le gustó, pero tía Emaline dijo que estaba bien. No tenía rabo, ¡pero se movía todo el rato y me lamió!

—Me habría encantado verlo. ¿Te gustó el perro?

Ginny intentó centrarse en la descripción del perro que había visitado a Joey, pero parte de ella estaba con Mitch. ¿Habría ido a cambiarse? ¿Iría a la oficina o se encerraría en el estudio?

El viaje a Los Ángeles estaba disipándose.

Emaline esperó a Ginny para empezar a cenar. Ginny llevaba todavía la blusa y la falda del traje y se alegró de que a Emaline le gustara.

—No es tan femenino como los vestidos que tú llevas —dijo Ginny mientras se sentaba en su sitio.

—Me gustan mis vestidos exagerados —dijo Emaline con una sonrisa—, pero no son para todo el mundo. Ese traje te sienta muy bien y te hace parecer mayor, más madura. ¿Qué tal te ha ido en Los Angeles? Hace siglos que no voy. Si hubiéramos ido todos, podríamos haber llevado a Joey a un parque de atracciones mientras Mitch trabajaba.

—He ido a ayudar a Mitch —le recordó Ginny.

Rosita entró con una fuente de carne asada y patatas y Ginny le sonrió.

—Ya me he enterado de que tengo que agradecerte todas las horas que has pasado jugando con Joey —le dijo Ginny.

—Es un niño encantador. Si está aquí cuando mis nietos vengan a visitarme, podrán jugar juntos.

—¿Por qué no iba a estar? —preguntó Emaline—. En cuanto le quiten las vendas y estén seguros de que tiene el ojo bien, estará deseando salir por ahí. Jack ha dicho que puede ayudar a limpiar alguno de los caballos más mansos. Si te parece bien, Ginny. Daisy ya tenía su pony a esta edad, aunque no lo cuidaba completamente sola. Sería demasiado para una niña de cuatro años, pero podía

montarlo si lo llevaban de una correa y le encantaba ir a visitarlo y hablar con él. ¿Te acuerdas, Rosita?

—Claro que sí, señorita. Traeré los rollitos.

El sitio de Mitch estaba preparado, pero él no había aparecido.

—Joey me ha dicho que le has enseñado a jugar a las cartas —le comentó Ginny mientras empezaba a comer.

—A Daisy le encantaba jugar a las cartas en los días lluviosos. Jugábamos con Marlisse o con Mitch o todos juntos. Sobre todo en invierno, cuando Mitch no trabajaba en el campo o no tenía que ir a Dallas. Hacían palomitas de maíz y pasábamos la tarde delante de la chimenea —la anciana se puso pensativa—. Siempre las echaré de menos. Se fueron demasiado pronto.

Ginny asintió con la cabeza y se preguntó si eso era lo que había visto Mitch en el dormitorio de Joey: una evocación de cuando su mujer y él jugaban a las cartas con su hija. No le extrañaba que no hubiera querido unirse a ellos.

También era evidente que no iba a cenar con ellas. Ginny intentó no hacer caso del sitio vacío, intentó centrarse en lo que decía Emaline, pero no podía olvidarse de la cena de la noche anterior ni del resto de la noche.

A la mañana siguiente, Ginny se puso los vaqueros y la camiseta de costumbre. Tenía que trabajar. No podía distraerse con fantasías que no estaban a su alcance.

Cuando entró en la oficina, se quedó parada por la sorpresa. Una mujer impecablemente vestida estaba sentada detrás de su mesa. Levantó la mirada cuando Ginny entró.

—Tú debes de ser Ginny Morgan.

—Y tú eres Helen.

Ginny se sintió hundida. Había vuelto tan inesperadamente como se había ido.

—Mitch salió esta mañana temprano. Yo llegué justo antes de que se marchara —Helen miró alrededor—. Lo has hecho bastante bien durante mi ausencia. Ya me ha dicho que no tienes experiencia como secretaria, lo que explica muchas cosas.

Ginny se ruborizó por la vergüenza. Había hecho todo lo que había podido y Mitch no tuvo quejas una vez que aprendió a usar el fax, pero sabía que nunca llegaría a ser como una verdadera ayudante personal y Helen había vuelto.

—Espero que todo esté en orden y que tu madre se haya repuesto —dijo Ginny.

—Los archivos están al día y la correspondencia ordenada, me las arreglaré. Mi madre está reponiéndose. Su hermana va a quedarse con ella, por lo que he vuelto.

Aquello era un despido en toda regla.

—Estaré en la casa. Si no encuentras algo, dímelo

—Ginny se dio la vuelta bruscamente y se fue con la cabeza muy alta.

Al día siguiente le quitaban las vendas a Joey y ya no había motivos para que se quedara en el rancho o en Texas. El médico de Florida podía ocuparse de él durante los meses siguientes. Gracias a la generosidad de Mitch, ella conservaba parte de sus ahorros y podría cubrir la atención médica.

Naturalmente, seguía debiéndole la operación, pero eso lo estudiaría cuando volviera y tuviera un trabajo. Quizá pudiera pagárselo poco a poco. Con su sueldo, sólo necesitaría otras dos o tres vidas. Aun así, podría surgir algo.

Sin embargo, después de los comentarios de Helen, quizá debiera replantearse sus ganas de trabajar en una oficina. A lo mejor no estaba hecha para eso.

Entró en la casa y fue a su habitación. El cuarto lila, no el cuarto rosa que podía hacer parecer que estaba sonrojada. Sonrió con tristeza y se acordó de la conversación con Emaline del primer día. La echaría mucho de menos.

Sacó la maleta del armario y empezó a llenarla. Luego se ocuparía de la ropa de Joey. Por la mañana irían a Dallas para que el médico lo revisara y después se irían a Florida. Con un poco de suerte, su viejo coche no se estropearía y llegarían a casa al cabo de unos días.

Tendría que llamar a Tom para ver si todavía le mantenía su empleo. Una vez allí, pensaba buscar cursos universitarios sobre gestión de empresas. Le había gustado trabajar en una oficina. Si encontraba tiempo, le gustaría aprender más.

Dobló delicadamente el traje y acarició la suave tela. Sería perfecto para las entrevistas de trabajo cuando hubiera adquirido alguna formación. Cada vez que lo llevara, se acordaría de Mitch y del torbellino de Los Ángeles.

¿Le daría Mitch unas referencias?

—¿Qué estás haciendo?

Mitch estaba en la puerta con un sombrero vaquero en las manos. Tenía los pantalones polvorientos y las botas embarradas. Ginny podía oler a caballo y ganado. El corazón le dio un vuelco.

—Hago la maleta. Helen ha vuelto.

—La vi antes de ir a ver unas vacas que nos están dando problemas. Me ha dicho que has pasado por la oficina, pero que no necesitaba ayuda —miró a la maleta abierta— ¿Te marchas?

—Creo que es lo mejor. Helen ha vuelto y ya no me necesitas. Mañana por la mañana llevaré a Joey a Dallas para que el cirujano le haga la revisión y luego me iré a casa.

Mitch la miró fijamente durante un buen rato. A Ginny le ponía nerviosa su mirada, pero mantuvo la compostura. Sin embargo, no podía mirarlo a los ojos y volvió a hacer la maleta.

—No te vayas —Mitch lo dijo en una voz tan baja que ella pensó que se lo había imaginado.

—¿Cómo dices?

Ginny levantó la mirada. Él tenía la mirada clavada en el suelo.

—No te vayas. Quédate. Encontraremos algo para que trabajes.

Ella no lo había pensado.

—¿Como qué? No soy vaquera y los dos sabemos que era una secretaria circunstancial. Necesitaría más experiencia para ser una secretaria de verdad. No me necesitas más que a Helen. Las oficinas ya tienen suficiente personal. No puedo hacer nada.

—Encontraremos algo.

—No puedo quedarme. Ya hemos abusado bastante.

No quería sentirse acogida a su caridad. Esperaba haberle ayudado en la oficina, pero ya no podía hacer nada más.

—No habéis abusado. A Joey le gusta esto y Emaline está encantada con él. Casi tiene la edad para tener un pony.

—Que yo no puedo comprarle.

¿Por qué estaba complicando tanto las cosas? —Yo sí puedo.

Ginny sacudió la cabeza ante su obstinación y arrogancia. Ella no podía aceptarlo sólo porque él pudiera. —Ya estamos en deuda contigo por la operación. —Me has ayudado cuando lo necesitaba. Estamos en paz.

Ella no pensaba lo mismo, pero no iba a discutir. Cuando llegara

a su casa, calcularía cuánto podía pagarle a la semana y le mandaría el dinero.

—No fuiste a la universidad. Quédate y ve a clase. Comprueba si sigues queriendo ser arquitecta. En otoño, Joey puede empezar el colegio en Tumbleweed. Emaline y Rosita pueden ocuparse de él por las tardes.

—Mitch, no puedo quedarme. No tengo trabajo ni ingresos. Mis ahorros no durarán mucho y no puedo permitir que me pagues la matrícula.

La operación de Joey era otra cosa. Ella habría hecho cualquier cosa por su hijo, incluso tragarse el orgullo, pero Mitch estaba hablando de algo completamente distinto.

—Podrías quedarte e ir a la universidad si te casaras conmigo.

CAPÍTULO 9

ENTONCES comprendió que estaba alucinando. Lo miró con un atisbo de esperanza. Se aclaró la garganta. —¿Casarme?

El la miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Cásate conmigo y quédate en Tumbleweed. A Joey le encanta el rancho. Tú también has dicho que te gusta esto.

A Ginny se le ocurrieron un millar de preguntas, pero la felicidad las disipó todas. ¡Mitch quería que se quedara y se casara con él!

Ella le aguantó la mirada mientras se acercaba a él.

—¿Estás seguro?

Hacía mucho tiempo, ella pensó que un hombre querría casarse con ella y en cambio desapareció completamente de su vida. En ese momento, lo agradecía. El amor que sentía por Mitch era mucho más fuerte que el que había podido imaginar por el padre de Joey, pero el matrimonio superaba cualquier esperanza.

—Estoy sucio y sudoroso de cabalgar —le dijo Mitch mientras la miraba a los ojos.

—No me importa lo más mínimo —replicó ella.

¿Se quedaría siempre sin aliento cuando estuviera a su lado? ¿Ardería se pasión siempre cuando la besara? Esperaba que sí.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con todo su amor. Lo amaba y él la amaba. ¡Iban a vivir juntos para siempre!

¡Cuando se lo dijera a Joey y a Emaline y a Maggie...!

—Te amo, Mitch —le susurró.

Él se apartó un poco.

—Entonces, todo está decidido. Nos casaremos y te quedarás. Voy a darme una ducha rápida y se lo diremos a los demás —dijo él mientras le pasaba el pulgar por los labios húmedos—. Me parece que Joey va a estar encantado.

Ginny sonrió sin dejar de abrazarlo. ¡Era suyo! Podría acariciarlo cuando quisiera. Podría verlo cuando quisiera. Quería subir al tejado y gritarlo a los cuatro vientos.

—Estoy segura de que se emocionará, pero va a volverte loco para que le dejes ser vaquero —dijo ella feliz de que hubiera

incluido a Joey en el acuerdo.

El asintió con la cabeza y le bajó los brazos delicadamente.

—Te veré en la comida y se lo diremos a Joey y Emaline.

Ginny lo miró mientras él se dirigía a su cuarto y deseó seguirlo. Le encantaría estar allí cuando saliera de la ducha y hablar con él mientras se vestía. Hacer el amor con él en Los Angeles había sido maravilloso y lo sería mucho más en ese momento que habían planeado vivir juntos el resto de sus vidas.

Se volvió a su cama y deshizo la maleta. La siguiente mudanza sería a la habitación de Mitch y no necesitaba una maleta para eso.

Naturalmente, sus cosas estaban en Florida. Quizá él quisiera ir allí de luna de miel y desmontar su apartamento. No era muy romántico, pero sí era práctico.

Se cepilló el pelo y la cabeza le daba vueltas. ¿Cuándo se casarían? ¿Se quedarían en el rancho o se irían al ático de Dallas? Se miró en el espejo y se encontró radiante. Mitch la amaba.

¿Lo hacía?

Se quedó con el cepillo en el aire y se dio cuenta de que él no había pronunciado esas palabras. Sin embargo, un hombre no pediría a una mujer que se casara

con él si no la amaba. ¿Acaso no había oído siempre que los hombres no eran tan sensibleros como las mujeres? Claro que la amaba.

Volvió a mirarse en el espejo y se encontró llena de dudas. Tenía que amarla. Ella lo amaba tanto que no habría podido soportar que él no la amara, pero no lo había dicho. Ella sí, con toda claridad.

¿Sería tímido? Habría soltado una carcajada si no se lo hubiera impedido el miedo. No se imaginaba que Mitch fuera tímido en nada. ¿Por qué no se lo había dicho?

Porque no la amaba. Seguía enamorado de su mujer. Ginny no era más que... ¿Qué? ¿Algo cómodo? ¿Acaso le ofrecía un sitio para vivir por algún otro motivo?

Mitch lo anunció en cuanto estuvieron sentados,con Rosita presente. Ginny no había tenido ocasión de hablar con él y no podía hacerlo cuando todo el mundo comentaba la noticia. Más tarde le haría algunas preguntas. Entretanto, puso cara de felicidad y no permitió que se traslucieran las dudas y los temores. —Querida... —Emaline se levantó y se acercó a Ginny para darle un abrazo—.

Estoy encantada.

Luego dio un beso a su sobrino y a Joey. —¿Ahora eres mi papá? —le preguntó Joey. —Seré tu padrastro —le replicó Mitch. —¿Viviremos aquí para siempre? —insistió Joey. —Sí, para siempre.

—¿Tendré un pony? Ginny se rió.

—Lo sabía. Ya hablaremos de eso más tarde.

Tenía bastantes cosas que hablar más tarde, cuando estuvieran solos.

—Les deseo mucha felicidad, señor, señorita —dijo Rosita con una gran sonrisa.

—Dios mío, después de comer, Rosita, tú y yo tenemos que empezar a planear la boda —dijo Emaline en cuanto se sentó otra vez—. ¿Os parece bien una boda en el jardín? ¿O prefieres una boda en la iglesia? Cariño, no querrás casarte en Florida, ¿verdad?

—Seguramente nos case un juez —intervino Mitch mientras tomaba una galleta.

Tres pares de ojos lo miraron atónitos.

Él levantó la mirada.

—¿No?

—Es la boda de Ginny. Creo que debería decidir ella —afirmó tajantemente Emaline.

—También es mi boda —replicó Mitch.

—Lo sé, querido, pero es tu segunda boda. Para ella es la primera.

—Y la única, espero —susurró Ginny sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

¿Por qué se lo había pedido? Parecía como si Mitch no quisiera hacer nada que le recordara a la primera boda. ¿La habría hecho en el jardín? ¿O habría sido algo más serio en la iglesia? Era como si el día se hubiera nublado.

—Decidiremos lo que queremos y luego haremos los planes —dijo Ginny—. Sólo me lo ha pedido. Hay muchas cosas que concretar. Primero tenemos que hacernos a la idea.

—Muy bien, pero estamos casi en junio y una boda en verano es preciosa —apostilló Emaline.

—¿Puedo tener un perro? —preguntó Joey que estaba aburrido con la discusión de la boda.

—Ya veremos, —le contestó Mitch.

—¡Bien!

Mitch arqueó una ceja y miró a Ginny. Ella se encogió de hombros.

—Cuando yo digo ya veremos, significa que es casi seguro que sí.

En cuanto terminaron de comer, Mitch se excusó y alegó que tenía trabajo en la oficina. Le dio un beso en la mejilla a Ginny.

—Tengo que hablar contigo —le dijo ella.

—Podemos hablar después de la cena. Los dos solos. —Me parece bien.

Se le aceleró el pulso por el efímero beso. Como si ya llevaran muchos años casados. ¡Era la mujer más afortunada de la tierra! Mantendría esa idea durante unas horas y no se dejaría arrastrar por las dudas.

Después de la cena, Ginny supervisó el baño de Joey para que no se mojara la cabeza ni se moviera bruscamente. Una vez en la cama, hablaron un rato de los cambios que se habían dado en sus vidas. No le importaba dejar el mar si podía tener un perro y un pony y en el futuro le dejaban ir a los rodeos.

Ginny estaba encantada de que su hijo asimilara los cambios, pero se preguntaba hasta qué punto serían fuertes los lazos con Mitch. ¿Tendría tiempo para estar con Joey?

Dejó a Joey acostado y fue a buscar a Mitch. Era el momento de hablar. Fue al estudio. Emaline se había ido su casa y Rosita estaba en su habitación. Estarían los dos solos sin que nadie pudiera interrumpirlos. A Ginny se le aceleró el pulso al pensar en lo que los dos podían hacer.

Se paró en la puerta y miró al hombre que amaba. Tenía unos hombros anchos y tan fuertes que podían soportar el peso del mundo. El pelo negro la atraía. Quiso correr para acariciarlo y reclamarlo como suyo.

Estaba mirando una fotografía. Ginny, con curiosidad, entró y se acercó a él.

Mitch levantó la cabeza con gesto inexpresivo.

—Hola —lo saludó ella con los ojos clavados en la fotografía. Era una niña pequeña—. ¿Es Daisy?

El asintió con la cabeza y le dio la foto para que la mirara. Había

sido una niña encantadora, vivaz y sonriente. Ginny sintió una punzada de tristeza al pensar que aquella vida feliz se había acabado tan pronto. Le devolvió la foto.

—Era preciosa —dijo en voz baja—. ¿Tienes más fotos?

Él asintió con la cabeza y metió la foto en el cajón superior de la mesa.

—Pídeselas a Emaline. Ella las guarda todas. Ella puede enseñarte a toda la familia. Estoy seguro de que piensa invitarlos a todos a la boda.

Ginny se sentó en el borde de la mesa.

—Si tú quieres limitarte a que nos case un juez, a mí me parece bien.

Ella ya había desechado la idea de una boda vestida de blanco en la iglesia desde que el padre de Joey desapareció. La boda no era muy importante para ella, el matrimonio, sí.

Mitch alargó la mano y Ginny la tomó. Él la atrajo hacia sí y la sentó en el regazo. Quería olvidarse de la boda. Miró desoladoramente al infinito, abrazando a una mujer y pensando en otra boda, en la fiesta, en la emoción y la seguridad de que los dos se amarían para siempre.

Ginny se merecía la misma emoción y la misma felicidad. Ella no conocía a mucha gente en Texas. No sería igual, pero quería que ella fuera feliz, que tuviera buenos recuerdos para el futuro.

—¿Qué te parece una boda en el jardín? —le preguntó—. Emaline invitará a unos cuantos miles de personas y podríamos hacer una barbacoa al estilo tradicional de Texas.

—¿Unos cuantos miles? Estás de broma, ¿verdad?

La sorpresa del tono conmovió a Mitch y volvió a confirmar que había elegido la mujer adecuada.

—Ya conoces a Emaline, nunca ha conocido a nadie que no fuese un amigo en ese instante, pero es posible que unos miles sea una exageración. Quizá sean unos cientos. Entre los primos y familia, todo el pueblo y mis colaboradores de trabajo ya suman un gentío. Tú también tendrás amigos.

—No muchos y, además, dudo que pudieran venir a Texas —contestó ella lentamente.

—¡Cómo! Les mandaremos billetes de avión para tu boda.

Ginny sacudió la cabeza.

—Es demasiado caro.

Mitch quiso decirle que nunca más tendría que preocuparse por el dinero. Después de haber pasado años esquivando a conocidos y familiares interesados en ese dinero, Ginny era un soplo de aire fresco. ¿Por eso querría colmarla con todo lo que ella deseara? ¿O sería para compensar sus carencias? Ella quería corazones, flores y amor eterno y él sólo podía darle un hogar y la posibilidad de ocuparse de su hijo. Esperaba que fuese suficiente. Entretanto, encargaría a Helen que se enterara de quiénes eran los amigos más íntimos de Ginny y lo arreglara todo... cuando decidieran la fecha de la boda.

—¿Cuándo te gustaría casarte? —le preguntó Mitch.

—Mañana —respondió ella sin pensarlo dos veces—. Si estás seguro.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé.

Temía preguntarle si la amaba. No estaba segura de poder afrontar que no lo hiciera.

—¿Por qué quieres casarte conmigo, Mitch? —le preguntó en voz baja.

—Por lo que la gente suele querer casarse; para vivir juntos.

—Yo te amo, pero tú nunca me lo dices. Tampoco se lo dices a Emaline.

—Quiero a mi tía.

—¿Y a mí?

—Y a ti.

—¿Me amas?

—No entremos en disquisiciones filosóficas sobre el amor y otros sentimientos —contestó él—. Vamos a casarnos y voy a entregarte mi vida. Tendrás estabilidad,un hogar y un sitio donde Joey pueda crecer. Haré todo lo posible por vosotros.

Ginny sintió que se le encogía el corazón. Estaba ofreciéndole más de lo que nunca había esperado. ¿Era suficiente? ¿La amaría pero no era capaz de decir la palabra? ¿Se habría reconcentrado tanto que sólo era capaz de ofrecerle un hogar?

¿Qué debía hacer? ¿Podía aceptarlo en esas condiciones?

—Emaline tiene razón —continuó Mitch—, tenemos que hacerlo como Dios manda. Invitaremos al pueblo, a la familia y amigos y

haremos una fiesta en el jardín. Haré que amplíen la zona de césped. Lo tendremos a punto para la fecha de la boda. ¿Qué te parece el uno de agosto?

—Si estás seguro… —contestó ella que reposaba la cabeza sobre su pecho.

Quizá sólo fuera que los hombres no expresaban sus sentimientos con palabras. Él no estaba obligado a pedirle que se casaran. Las cosas podían ir a mejor.

Ella lo deseaba tanto que no podía ser un error.

—Te harás un vestido de boda maravilloso y compraremos ropa nueva a Joey. No un traje, sino un atuendo del oeste. ¿Qué te parece?

—Le encantará. Sobre todo si se lo propones tú.

Le pasó los dedos por el bíceps. No había olvidado ni un solo segundo de la estancia en Los Angeles. Pronto pasarían todas las noches juntos. Era un acierto. Él no se lo habría pedido si no la quisiera.

—Tu vestido tiene que ser precioso, blanco si quieres —dijo él.

—¿Con un hijo de cuatro años?

—Entonces de otro color, pero precioso y hecho a medida.

—Ya veremos.

—Perfecto, eso significa sí.

Ginny echó atrás la cabeza para mirarlo. Le acarició la mejilla. Él se inclinó hacia delante y la besó. ¿Cuánto tardaría en llevarla a su cama? Necesitaba algo tangible que le borrara las dudas que todavía tenía.

A la mañana siguiente, temprano, Ginny, Emaline y Rosita se encontraron en la cocina. Ginny y Emaline iban a llevar a Joey a la revisión médica a las diez. Las dos mujeres estaban pensando en las tiendas que irían a ver y en lo que tenían que buscar una vez decidida la fecha y el tipo de boda.

Mientras iban en coche a Dallas, Ginny deseó que Mitch las hubiese acompañado. No era tanto que lo necesitara, sino que le habría gustado que estuviese presente cuando el médico le quitara el vendaje a Joey y los dos ojos la miraran normalmente.

Todavía necesitaría unas gafas correctoras hasta que los ojos se acostumbraran, pero Joey haría lo que fuese necesario. Pasó toda la

tarde de muy buen humor mientras Emaline los llevaba de tienda en tienda, a una empresa de comidas a domicilio y a dos floristerías para encontrar lo mejor para la boda.

Ginny quería ir a algunas tiendas de Tumbleweed antes de tomar la decisión definitiva, pero disfrutó con las espléndidas ropas y los aperitivos que les ofrecieron. Emaline dijo que la barbacoa la organizaría la gente del rancho.

Joey se durmió de vuelta al rancho.

Ginny estaba casi igual de cansada cuando llegaron. No sabía cómo se las arreglaba Emaline, era mucho mayor, pero parecía tener fuerzas y ganas para todo. Le habría gustado echar una cabezada como Joey, pero no tendría tiempo.

Durante la cena, Mitch propuso ir a Tumbleweed al día siguiente por la mañana.

—¿No tienes trabajo? —le preguntó Ginny.

—Quiero ver anillos.

—¡Fantástico! Estaba esperando que se te ocurriera, sobrino. Creo que ya tenías el anillo en la mano cuando se lo pediste a Marlisse.

—Con Marlisse no tenía tantas dudas sobre la respuesta como con Ginny —dijo Mitch sin alterarse—. Iremos a las joyerías del pueblo. Si no encuentras lo que te gusta, iremos a Dallas.

—Estoy segura de que en Tumbleweed encontraré el anillo perfecto —Ginny estaba emocionada de que él quisiera comprar el anillo de compromiso.

La quería, aunque no fuera capaz de decirlo con palabras. No faltaba mucho para la boda. Un sencillo anillo de oro sería suficiente. Tener un anillo de compromiso tenía que significar algo.

—Comeremos en el pueblo.

—Para celebrarlo. En realidad, quizá debierais pensar en una cena en Dallas. Seguro que los restaurantes de allí son mejores que los del pueblo —intervino Emaline—. Yo podría cuidar a Joey. Podríamos dormir en mi casa. ¿Te apetece, Joey?

El niño asintió con la cabeza vigorosamente.

—Podríamos alquilar una película y verla con una bolsa de palomitas de maíz. Luego él podría dormir en el colchón de plumas del abuelo Eli. A mí me encantaba de niña.

Ginny sonrió mientras Joey hacía preguntas sobre el colchón de

plumas. Joey miraba a Emaline con los ojos como platos mientras ella le contaba que el abuelo Eli había arrancado las plumas a los gansos que él había criado y las había metido en el colchón.

Ginny miró a Mitch para compartir ese momento y se lo encontró como si estuviera en otro mundo, sin atender a la historia de Emaline.

Al notar que ella lo miraba, desvió la mirada hacia otro lado.

—Entonces, ¿organizo el plan con Joey para mañana por la noche? —preguntó Emaline para terminar la historia.

—En otro momento lo haremos, pero mañana bastará con la comida —contestó Mitch mientras se levantaba. Dejó la mesa con el plato medio lleno.

Después de acostar a Joey y cuando Emaline se había ido a su casa, Ginny bajó el estudio. Mitch iba allí todas las noches después de cenar. ¿Haría lo mismo cuando se hubieran casado o los dos pasarían juntos ese momento de tranquilidad?

—¿Te interrumpo? —preguntó Ginny desde la puerta.

—En absoluto. Pasa —Mitch apagó el ordenadorEstaba comprobando el correo electrónico y puedo hacerlo por la mañana. Cuéntame más cosas de lo que ha dicho el médico.

Ginny deseó que él volviera a extender la mano y la sentara en el regazo, pero él se apoyó en el respaldo de la butaca y esperó.

Ella se sentó en otra butaca junto a la mesa y le contó lo que había hecho durante el día. Luego le preguntó qué había hecho él y la conversación fue fluida durante un rato.

Cuando decayó, Ginny dudó si hacerle alguna de las mil preguntas que tenía. Había muchas cosas de Mitch que le gustaría saber. Naturalmente, tenía toda una vida para saberlo, pero estaba impaciente. Apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca satisfecha por la conversación tan agradable. Quizá las otras preguntas surgieran de forma natural.

—¿Estás cansada?

—Un poco —reconoció Ginny—. Emaline tiene mucha más energía que yo. Creo que hemos estado en la mitad de las tiendas de Dallas y ella habría ido a la otra mitad si hubiera tenido tiempo.

Mitch se levantó, se acercó a donde estaba Ginny y apoyó las manos en los brazos de la butaca.

—Ven a la cama conmigo —le dijo Mitch.

Ginny lo miró a los ojos y vio un deseo indisimulable.

—Me encantaría.

Cuando Ginny se despertó a la mañana siguiente, Mitch ya se había marchado. Medio en sueños, agarró la almohada de Mitch, absorbió su aroma, la estrechó contra sí y sintió el frescor de la funda en su piel desnuda. No se parecía en nada al cuerpo ardiente que le había dado calor durante toda la noche.

Después de hacer el amor, hablaron de cosas corrientes como matricular a Joey en el jardín de infancia y quién lo llevaría todas las mañanas a la parada de autobús. También hablaron de si a ella le gustaría redecorar la casa, algo que a Ginny no se le había ocurrido.

En ese momento, se acordó de que esa mañana iban a ir a Tumbleweed a comprar el anillo. Se sintió rebosante de felicidad. ¿Qué anillo le gustaría a Mitch? A ella le gustaban sencillos y él tampoco tenía gustos ostentosos, así que seguramente coincidirían con el anillo.

¿Llevaría él anillo de boda? A ella le gustaría. ¡Quería que todo el mundo supiera que era suyo!

Podría haberse pasado toda la mañana en la cama soñando con Mitch y su vida juntos, pero tenía que levantarse. Joey se despertaría pronto y se preguntaría dónde estaba si no la encontraba en su dormitorio.

Ya tendría tiempo para acostumbrarse a que durmiera con Mitch cuando estuvieran casados.

Se duchó rápidamente, se cambió de ropa y fue a ver a Joey. Le habría gustado tener otra ropa, pero tendría que conformarse con los vaqueros. El traje de Los Ángeles era demasiado vestido para ir a Tumbleweed y no había llevado otra cosa.

A medida que se acercaban las diez, Ginny se iba poniendo cada vez más nerviosa. Sería la primera vez que alguien ajeno a la familia supiera que Mitch iba a casarse. ¿Cómo se lo tomarían los vecinos y los amigos? Todos habían conocido a su primera mujer y a su hija. ¿Harían comparaciones?

Ginny deseó saber algo más de Marlisse y de las circunstancias del matrimonio de Mitch.

—No seas tonta —se dijo a sí misma mientras salía fuera—. Él

me ha pedido que me case con él, no al revés.

Entró en la oficina y sonrió a Helen. Comprobó que la puerta del despacho de Mitch estaba cerrada.

—¿Está preparado?

—Creo que sí. Me ha dicho que pasará fuera casi todo el día. Ayer no tuve la ocasión de desearos lo mejor. Espero que seáis muy felices —llamó por el intercomunicador y le dijo a Mitch que Ginny estaba esperándolo.

—Vamos a comprar el anillo —dijo Ginny con un tono que quiso ser amistoso.

Helen levantó la mirada y asintió con la cabeza.

—Eso me ha dicho. Elige uno grande, eso se le da bien.

Ginny fue hasta la puerta para esperar. El día anterior había llamado a Maggie para contarle las noticias. Luego llamó a Tom para decirle que no iba a volver a Florida y que dejaba el trabajo. ¿Qué más le quedaba por hacer antes de la fecha?

—¿Preparada?

Mitch salió de su despacho. Ginny le sonrió y sintió el mismo cosquilleo que sentía cada vez que lo veía. Ese día era más fuerte todavía porque sabía que iban a casarse y vivir juntos para siempre.

—Volveremos tarde —le dijo a Helen.

Ginny observó que él también llevaba vaqueros. ¿Lo habría hecho intencionadamente para que ella se sintiera cómoda? Mitch podía ser dictatorial a veces, pero también podía tener detalles sorprendentes. Iba a casarse con un hombre complejo.

Justo antes de llegar al pueblo, Ginny le preguntó si él iba a llevar anillo.

—Si tú quieres… —contestó él.

Quiso preguntarle si lo había llevado con Marlisse, pero no pudo. En realidad, no le importaba. Ese era su matrimonio. Daba igual si hacían las cosas de la misma manera o no, lo que importaba era que hiciesen lo que ellos querían hacer.

El joyero pareció sorprenderse cuando Mitch le dijo lo que quería. La mirada que lanzó a Ginny hizo que volviera a sentirse inadecuada e insuficiente, pero se olvidó de todo cuando él extendió toda una gama de anillos sobre un paño de terciopelo negro. Los diamantes resplandecían. Las otras piedras preciosas contrastaban con el tintineo de los diamantes.

Mitch eligió uno y se lo enseñó a Ginny.

—¿Te gusta?

—Es bonito.

—Es un poco pequeño —dijo él mientras volvía a dejarlo en el paño—. ¿Cuál prefieres?

Ella miró los anillos y eligió uno con un diamante solitario sobre un anillo de oro.

—Este.

A pesar de lo que hubiera dicho Helen, ella quería un anillo que le gustara, no uno para alardear. Iba a llevarlo toda la vida.

Mitch le hizo un gesto con la cabeza al joyero.

—También nos gustaría ver alianzas.

Miraron las alianzas y comentaron las que les gustaban y las que no. Al final eligieron unas con un trenzado. Por algún motivo, la mañana resultó insulsa.

Ginny no sabía por qué, tendría que estar emocionada de elegir los anillos. Quizá fuera la actitud desdeñosa del joyero o la falta de emoción de Mitch, pero no había chispa ni ilusión.

Además, ni siquiera podría llevarse el anillo de compromiso. Tenían que adaptarlo al diámetro de su dedo.

Cuando salían de la tienda se recordó que lo importante era la boda, no los accesorios.

Mitch la llevó a uno de los mejores restaurantes de Tumbleweed. Estaba lleno de rancheros y hombres de negocios, pero el maitre les llevó a una mesa tranquila. Mientras cruzaban el comedor principal, hubo varias personas que saludaron a Mitch. Él les devolvió el saludo, pero no se paró para presentar a Ginny.

Se sentaron y Mitch la miró.

—Ya tendrás tiempo de conocerlos sin que haga falta que dé explicaciones a todo el mundo que nos encontremos hoy —miró alrededor—. Casi todos estarán en la boda.

—Tardaré meses en saber quién es quién.

Una mujer conocida se acercó. Ginny supo enseguida que era Gloria. Ginny se preparó, pero la otra mujer hizo como si no la viera.

—Mitch, querido. No sabía que ibas a venir al pueblo —miró despectivamente a Ginny y sonrió a Mitch—. ¿Has traído a comer a tu secretaria? Qué amable.

Mitch se había levantado cuando ella se acercó a la mesa y sonreía, pero Ginny notaba que la mirada era fría.

—Helen ha vuelto. Ginny ya no es mi secretaria.

—Ah... —Gloria pareció sorprenderse, pero todavía no sabía lo que le esperaba.

—Ginny y yo estamos celebrando nuestro compromiso. Vamos a casarnos en agosto. Tu familia y tú recibiréis la invitación, naturalmente.

—Ni siquiera sabía que habías vuelto a salir —le espetó Gloria.

Se recuperó rápidamente, esbozó una sonrisa forzada y los felicitó. Mitch volvió a sentarse cuando ella se fue a su mesa.

Mientras miraba la carta, Ginny pensó que, propiamente dicho, aquella era la primera vez que salían juntos. No le extrañaba que Gloria no supiera que Mitch había vuelto a salir.

Ginny supo que Gloria estaba difundiendo la noticia en cuanto vio cómo los miraba la gente, pero Mitch parecía no darse cuenta. Ginny lo imitó, no hizo caso de los demás y se concentró en Mitch.

Como había dicho él, estaban allí para celebrar su compromiso, puso su mejor sonrisa y se dispuso a celebrarlo.

Volvieron a casa entrada la tarde y Mitch se fue a la oficina.

—Tengo tiempo para repasar unas cosas con Helen —dijo mientras miraba el reloj—. Te veré en la cena.

Ginny buscó a Joey, pero al no encontrarlo en su cuarto, fue a preguntarle a Rosita.

—Está en la casa de la señorita Emaline. Iba a dejarle que echara la siesta en el colchón de plumas. Es un niño afortunado.

—Los dos lo somos —dijo Ginny.

Joey tendría una familia con Emaline y el resto de familiares de Mitch. ¿Qué pensaría su familia de la boda? Ella no había conocido a los padres de Mitch.

Ginny fue a la casa de Emaline. Nunca había entrado y le gustó visitarla. Parecía una casa de muñecas y encajaba perfectamente con Emaline.

Las paredes del salón estaban llenas de fotos, algunas de Mitch y otras de familiares que no conocía. Las mesas estaban abarrotadas de todo tipo de cositas y en los estantes había desde objetos de cristal hasta porcelana, cajas y figuras talladas en madera.

Emaline estaba feliz de ver a Ginny y quería que le contara todo

sobre el anillo que había elegido. Se quedó un poco chafada porque no lo llevara todavía.

Como Joey seguía dormido, Emaline hizo limonada para las dos y llevó unas galletas al cuarto principal, como lo llamaba ella.

—Son preciosas —dijo Ginny refiriéndose a las fotos—. ¿Son todos familiares? Algunas parecen de hace de cien años.

—Lo son. Aquellos son mis tatarabuelos —dijo Emaline mientras señalaba a una pareja muy seria vestida

de negro—. Tengo álbumes llenos de fotos. Soy la única de la familia que las quiere. Cuando nos juntamos todos, pasamos horas repasando los álbumes y hablando de nuestros antepasados, pero luego me los dejan.

—Mitch me ha dicho que tienes fotos de Daisy. ¿Puedo verlas?

—Claro. Era una niña encantadora.

Ginny dio un sorbo de limonada mientras Emaline sacaba un grueso álbum del estante inferior. Fue pasando hojas hasta que señaló a una niña que sonreía resplandecientemente a la cámara. Era la hija de Mitch. Ginny sintió una punzada de tristeza. ¿Cómo podía soportarlo él? Ella creía que no podría soportar la muerte de Joey.

Siguió mirando las fotos hasta que se encontró una de Mitch con una morena bastante alta. Los dos sonreían. Mitch parecía más joven, distinto, feliz. Ella debía de ser Marlisse. Por lo menos, no se casaba con ella porque le recordara a su primera mujer. Marlisse tenía una edad más parecida a la de él. El tono de su piel daba fe de que le gustaba trabajar en el campo. ¿El no la había conocido toda su vida?

—Creo que he oído a Joey. Voy a ver —dijo Emaline.

Ginny siguió pasando hojas. No quería pensar en compararse con el primer amor de Mitch. ¿El único amor de Mitch? No podía quitarse la idea de la cabeza.

Cuando oyó que Emaline volvía, Ginny pasó la hoja y los ojos se le clavaron en una cara conocida. Casi se le paró el corazón.

—¡Es el padre de Joey! —dijo sin salir de su asombro.

CAPÍTULO 10

NO, NO querida, no puede ser —dijo Emaline que miraba por encima del hombro de Ginny a una foto de boda que cubría toda la página. —Es Sam, el primo de Mitch. Samuel Houston Holden. Se casó hace un año con una chica preciosa, Sara Anne Pembroke. Viven en Austin. Todavía no tienen hijos. Además, su pelo es castaño y tú dijiste que era rubio, ¿no?

—El pelo es más oscuro y tiene bigote, pero es él. Me dijo que era John Mitchell Holden.

Ginny estaba segura. Tenía la misma arrogancia seductora que en la foto y también tenía los mismo ojos que Joey. Era el mismo hombre que había conocido como John Mitchell Holden hacía cinco años en Fort Lauderdale.

Era un primo de Mitch. Claro, ¿quién iba a conocer mejor a John Mitchell Holden y el rancho? ¿Pero por qué había usado el nombre de Mitch?

—Cariño... No sé qué dirá Mitch —susurró Emaline

Ginny siguió mirando la foto para ver si sentía algo, pero no sentía nada. Ni dolor, ni pena, ni arrepentimiento. Amaba a Mitch total y absolutamente. Al mirar aquella cara, le pareció como si fuera de otro mundo. No tenía cabida en la vida de Joey.

Miró a Emaline.

—No le digas nada. No tiene por qué saberlo

—Pero, si no lo sabe, tendremos que invitarlo a la boda. Imagínate que situación tan violenta... —dijo Emaline sin poder disimular la preocupación.

Ginny asintió lúgubremente. No podía entrar en aquella familia sin que Mitch lo supiera. ¿Acabaría su relación con su primo? ¿Qué pasaría con su propia relación? ¿Qué sentiría al saber que había amado a su primo?

Ginny supo que Emaline se lo había dicho por la forma en que Mitch miraba a Joey durante la cena y por las respuestas lacónicas a todo lo que ella decía. Rosita los miraba con curiosidad mientras servía la comida, pero no dijeron nada delante de Joey.

Ginny sintió como si ya hubieran creado una rutina. Acostaría a Joey y luego bajaría al estudio donde estarían un rato juntos. Emaline solía marcharse justo antes de que acostara a Joey. Podrían comentar la noticia y decidir qué iban a hacer. El corazón le latía a toda velocidad cuando se dirigía al estudio de Mitch.

Oyó que él hablaba mientras se acercaba a la puerta. Estaba entreabierta. ¿Tendría alguna visita?

—...entonces, déjame que haga una hipótesis. Te teñiste de rubio y te fuiste a Florida en vacaciones de primavera cuando tu madre y yo creíamos que te habías quedado estudiando para aprobar el curso. Usaste mi nombre para que nadie lo descubriera. ¿Empeñaste algo para conseguir el dinero?

Hubo un silencio. Ginny podía sentir las oleadas de furia e impotencia. Se acercó más, sabía que no debía escuchar furtivamente, pero no podía resistir la tentación.

—Si te he visto, no me acuerdo, ¿verdad? ¿Alguna vez pensaste que tus actos podían tener consecuencias?

Otro silencio. ¿Se arrepentiría? Le encantaría poder escuchar a la otra persona. ¿Habría sido un revolcón sin más? ¿Querría conocer a su hijo?

—Maldita sea, Sammy. Te he sacado de una docena de apuros desde que murió tu padre. Volviste loca a tu madre con tus gamberradas y siempre esperabas que alguien te sacara las castañas del fuego. ¿Qué ha sido de las promesas que le hiciste a ella y a mí?

Otro silencio. A Ginny, el corazón se le salía del pecho. Cerró los ojos y deseó con toda su alma no haber visto la foto, no haber dicho aquello en voz alta y que Emaline no hubiera vuelto a la habitación en aquel momento.

—Efectivamente, uno de esos picos pardos está ahora en mi casa con su madre. ¿La recuerdas? Ginny Morgan. Una rubia preciosa con un tipo que te vuelve loco.

Ginny casi no oyó el halago. ¿Por qué había llamado a su primo? ¿No debería haberlo hablado primero con ella? Podían haber decidido cómo llevar la situación. Quizá pudieran no invitar a Sam a la boda... Aunque sería una solución temporal. Les quedaban muchos años de reuniones familiares.

—Mientras tú te licenciabas en la universidad gracias a los contactos de tu madre y míos, Ginny tuvo que renunciar a seguir

estudiando y ganarse la vida para ocuparse de tu hijo... Eso no es nada. Su tía murió. Ginny y Joey se quedaron solos con todos los problemas que supone ser madre soltera y sin formación académica. No sé lo que quiero que hagas, pero estoy tan furioso que echo fuego por la boca. ¿Cuándo vas a responsabilizarte de tu vida, de tus decisiones y de tus errores? Estoy cansado de dar la cara por ti.

Ginny sintió un escalofrío al oír el tono de voz de Mitch. Esperaba que nunca se enfadara tanto con ella.

Contuvo la respiración por el dolor que sintió. ¿Estaba dando la cara por ella? ¿Estaba cubriéndole las espaldas porque... por qué? ¿Por Joey? ¿Por la memoria de Daisy? No era porque la amara. No se lo había dicho. Tampoco le había dicho a su primo que se iban a casar. En cambio, estaba pidiéndole responsabilidades. ¿Sería para aliviarle a él de hacerlo?

¿Estaba metida en una mentira?

Mitch no la amaba y ella lo había sabido en lo más profundo de su ser.

Ginny se dio la vuelta y estuvo a punto de caerse. Se quedó paralizada de miedo de que Mitch la hubiera oído. No debía saber que había escuchado la conversación.

Volvió a subir silenciosamente hasta su habitación. Cerró la puerta con cuidado y se apoyó en ella. Se sentía tan vieja, cansada y desanimada que ni siquiera podía imaginarse su futuro.

Quizá hubiera un motivo para que no tuviera el anillo: nunca sería suyo.

Quizá hubiera un motivo para que no le hubiera presentado a nadie: había esperado que pasara algo y que su petición impulsiva quedara en papel mojado.

¿Esperaba que Sam apareciera y se llevara a Joey y a ella? Estaba segura de que su mujer tendría algo que decir al respecto.

Todo era muy complicado. Se tumbó en la cama tan aturdida que no podía llorar.

Joey y ella ya no podían quedarse. Mitch no la amaba ni quería casarse con ella. Tendrían que volver a Florida cuanto antes. Antes de que siguieran con una boda que no iba a celebrarse.

Se irían por la mañana.

Al cabo de un rato, Mitch llamó suavemente a la puerta. Ginny no se movió. Si abría, vería la habitación a oscuras y daría por

sentado que estaba dormida. Después de unos instantes, oyó que se marchaba.

Se despidió de él en silencio.

Ginny durmió a rachas. Cuando amaneció, se levantó, se duchó y se vistió. Luego, empezó a hacer la maleta. Ya lo había hecho otra vez, pero ya no habría un hombre en la puerta que le dijera que se quedase.

Estuvo a punto estremecerse al acordarse de lo feliz que había sido cuando le pidió que se casara con él. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que fue la tercera intentona? Primero le ofreció un trabajo y luego ir a la universidad. Todavía no entendía por qué creía que tenía que casarse con ella, pero deseó haber tenido la intuición de notar que había sido una petición un poco rara.

Lo notó cuando fueron a comprar los anillos, pero lo deseaba tanto que lo pasó por alto. Era demasiado crédula. Quizá esa vez aprendiera la lección.

Tenía el coche aparcado detrás de la casa. Oyó que Joey estaba despierto, fue a vestirlo y luego lo mandó a que desayunara con Rosita. Ella hizo su maleta.

Escribió una breve nota y la dejó en el estudio donde Mitch pudiera verla. Le aseguraba que le pagaría la operación y le daba las gracias por todo lo que había hecho por ellos. Llevó las maletas al coche y las guardó en el maletero.

Fue a desayunar con Joey, halagó la cocina de Rosita y le dio las gracias por todo.

—Es un placer. Si las cosas no van como usted quiere, debe decírmelo. Yo creo que una mujer se toma más interés que un hombre en el funcionamiento de la casa. Usted se ocupará. Espero que me conserve.

Ginny asintió con la cabeza porque sabía que no habría ningún cambio.

—Tú llevas la casa, Rosita, eso no cambiará nunca.

Después de desayunar, Ginny llevó a Joey fuera.

—Tenemos que hablar y sacar nuestro coche, Joey.

—Muy bien.

Ginny tuvo que recoger la silla de Joey del coche de Mitch y temió que alguien pudiera verla, pero el rancho estaba tranquilo. Los vaqueros estaban con el ganado y Mitch estaba en la oficina al otro lado de la casa. Emaline no solía ir a la casa grande hasta la hora de la comida. Ginny la echaría de menos y sentía no despedirse de ella. Le escribiría y Joey le mandaría un dibujo.

Ginny intentó contener los sentimientos mientras avanzaban con el coche hacia la salida. Dar la espalda al hombre que amaba era lo más difícil que había hecho en su vida, pero no podía vivir donde no había amor.

Cuando pararon para dormir, el estoicismo de Ginny ya se había derrumbado. Una vez que el triste y perplejo Joey se hubo dormido, ella se dio un baño y lloró hasta que el agua se enfrió. Se puso el camisón, se acostó y se durmió casi al instante. Destetaba marcharse, pero todavía detestaba más la idea de vivir con Mitch cuando no la amaba.

A la mañana siguiente, se sentía irritable y desorientada. Tenía los ojos irritados de tanto llorar y le faltaban fuerzas, pero no cedió en la decisión.

Siguió su camino a pesar de que Joey le pidiera volver al rancho. Intentaba convencerlo una y otra vez de que tenían que ir a casa, pero era inconsolable. Quería ver a Mitch y a Emaline y jugar con los perros y los caballos. Quería ser vaquero.

Ella seguía avanzando e intentaba no hacer caso de las súplicas de su hijo y de lo que le pedía su propio corazón.

Pasó otra noche de llanto y estuvo dispuesta a hacer cualquier cosa para que su hijo dejara de pedirle lo que ella quería hacer más que cualquier otra cosa. Acabó sobornándolo. Si dejaba de hablar del rancho y de la gente que vivía allí, le compraría un perrito cuando llegaran a casa.

Funcionó como por ensalmo. Lo malo era que no podía hacerlo con todos sus sentimientos.

Luego, como si estuviera programado para complicar más las cosas, el coche se estropeó nada más entrar en el estado de Florida. Tendría que esperar otro día hasta que llegara la pieza de repuesto. Ella sólo quería llegar al refugio que era su casa.

Al sexto día, llegaron a Fort Lauderdale. Ginny estaba agotada. Cayó una tormenta de verano y tuvieron que cerrar las ventanas. El aire acondicionado del coche no funcionaba y ella estaba cada vez más sudorosa. El viaje había sido una pesadilla. Quería ducharse, comer algo y acostarse. Al día siguiente ya se ocuparía de poner las cosas en orden y hacer planes. Las lágrimas le llenaron los ojos al pensar en los planes que había hecho con Mitch.

Lo primero que haría sería llamar a su amiga Maggie. Ella la ayudaría y una vez metida en la rutina del trabajo se olvidaría de Mitch Holden y de la promesa que le hizo una vez.

Aparcó en la plaza de aparcamiento que tenía asignada. No tenían paraguas, pero daba igual, esa vez podrían cambiarse cuando estuvieran en casa.

Cuando rodearon rápidamente el edificio para llegar a la puerta sin empaparse del todo, Joey salió corriendo y gritando.

—¡Es Mitch! ¡Ha venido a buscarnos!

Ginny se quedó clavada. La lluvia estaba mojándole la camisa, el pelo y las piernas, pero no podía moverse. Era Mitch.

Él se levantó del escalón superior y agarró a Joey para abrazarlo.

—¿Qué tal amigo? —le preguntó antes de buscar a Ginny con la mirada.

Ella avanzó lentamente. ¿Qué estaría haciendo allí? El corazón empezó a latirle con fuerza. Se sentía mareada. Mitch estaba allí. Quería echar a correr para abrazarlo y no soltarlo nunca más, pero conservó la calma. Había tomado una decisión y nada había cambiado.

—Te hemos echado de menos, Mitch, pero mamá va a comprarme un perrito que quepa en la casa. ¿Puedo llevarlo a tu casa? Quiero que duerma en la cama conmigo, pero ella no me deja. Pero puede entrar, ¿verdad? —Joey hablaba casi tanto como Emaline.

—Ya veremos —dijo Mitch.

Se agachó para dejar a Joey en el suelo y miró fijamente a Ginny.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella como si no creyera a sus ojos.

—Lo primero es lo primero —la abrazó y la besó con fuerza.

Ella no supo si sentirse aliviada o fastidiada cuando terminó el beso. Estaba completamente abrumada por la lluvia, los truenos y el corazón que se le salía del pecho.

—¿Has tenido algún problema con el coche?

—Claro —contestó ella con un suspiro.

—Llevo dos días aquí. Creía que te había dado tiempo para que llegaras, pero supuse que te habría retenido algo. Me he preocupado.

—Estamos bien. ¿Qué haces aquí? —volvió a preguntarle.

—¿Por qué no iba a estar aquí si tú estás aquí?

—Te dejé una nota.

—¿No crees que merezco algo más que una escueta nota? Vamos a casarnos, Ginny, estoy seguro de que puedes hacer algo mejor.

La lluvia rebotaba en el suelo y olía a asfalto mojado.

—Estamos mojándonos —dijo ella con la esperanza de que tuviera razón y fueran a casarse.

—Entonces, invítame a entrar.

Era lo menos que podía hacer ella. ¿Acaso no la había acogido él cuando llamó a su puerta?

En cuanto entraron, Ginny comprendió que había sido un error. Fue como si Mitch ocupara todo el espacio. Ella miró alrededor. Todo estaba ordenado, aunque un poco polvoriento de llevar tanto tiempo cerrado, pero no podía compararse con el lujo del rancho.

—Ve a ponerte ropa seca —le ordenó a Joey.

El fue a su dormitorio. Esperaba que se pusiera algo presentable y no un traje de baño y una camiseta.

Se dio la vuelta y se apartó el pelo mojado de la cara.

—Tú también deberías cambiarte —le propuso Mitch. —Estoy bien.

—Te enfriarás si te quedas mojada. No voy a irme. Le sonó a mal presagio.

—¿Y tú?

—No creo que tengas nada que me sirva. Estoy bien. Me cambiaré cuando vuelva al motel.

Ginny le dio una toalla y fue a su cuarto para cambiarse. Estaba nerviosa. ¿Por qué había ido Mitch? Creía que lo había dejado claro en la nota.

Estaba impresionante. Quería arrojarse en sus brazos y que la

abrazara, pero no podía hacerlo otra vez y tenía que recordarlo en cada instante.

Una vez seca, volvió a la sala. Mitch se había quitado la camisa y la había colgado en la puerta de la cocina.

Ella no podía dejar de mirarle el magnífico pecho.

Había estado reclinada sobre aquellos músculos, le había acariciado los delicados pelos y había apoyado la mejilla en el hombro.

Mitch sacó una hoja de papel arrugada. Era su nota. —Creía que ahí lo explicaba todo

—Ahora que sabes quién es el padre de Joey, ¿esperas algún tipo de reconciliación?

Ginny se quedó atónita. —¡Claro que no!

¿Cómo podía pensar algo así? ¿Acaso no le había dicho un centenar de veces cuánto lo amaba? ¿Acaso él no se había quedado en silencio? —Entonces, has decidido no casarte.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Lo digo en la nota.

—Dices que sería mejor para los dos que siguiéramos nuestros caminos. ¿Por qué es mejor?

—Te agradezco mucho lo que has hecho por Joey... —No me interesa tu agradecimiento —la interrumpió

Mitch—. No quiero tu gratitud.

—Pero yo creo que tampoco querías mi amor. ¿Acaso yo no era una obligación que te habías creado? —No.

—He tenido muchos kilómetros para pensarlo. ¿Te acuerdas de cuando me pediste que me casara contigo? —Claro.

—Fue a la tercera. —¿Cómo dices?

—A la tercera. Primero me ofreciste un trabajo y luego ir a la universidad. Cuando no acepté ninguna de las dos cosas, me ofreciste el matrimonio.

—No quería que te fueras.

—Y yo no quiero vivir y competir con un fantasma

—eso sería el final de la conversación. No podía rebatirlo.

—¿De qué estás hablando?

Se pasó los dedos por el pelo y la miró fijamente con el ceño fruncido.

—Todavía no sé por qué me pediste que me casara contigo, pero no me amas. Amas a Marlisse. Siempre lo harás. No quiero ser una segunda alternativa.

Mitch cruzó la habitación de tres pasos y la agarró de los brazos como si temiera que fuese a escaparse. —No eres, ni serás nunca, una segunda alternativa.

Marlisse está muerta. Claro que la amé y espero que una parte de mí la ame siempre. ¿Acaso tú no amas a tu tía aunque está muerta? Pero no estoy enamorado de una mujer muerta. Lo he sabido desde hace poco, desde que tú apareciste en mi vida. ¿No dijiste que la vida sigue adelante? Es verdad. Me han concedido otra oportunidad. Otra oportunidad de amar a una mujer que lo significa todo para mí, de formar otra familia, de empezar con Joey, pero también de tener nuestros hijos. Cuando te fuiste... —dudó un instante y la miró a los ojos—. Supe lo que supondría que no volvieras. No pude soportarlo, Ginny. Te necesito. Te quiero. Eres parte de mí.

—Nunca has dicho que me amas —replicó ella sin poder creerse lo que él acababa de decir.

Los hechos hablaban por sí mismos. Había confiado en un hombre y la había decepcionado. No estaba segura de que no estuviera pasándole lo mismo.

Mitch apartó la mirada y le soltó los brazos. Luego volvió a mirarla con ojos cautelosos.

—Lo sé y lo lamento. No lo sabía.

—¿Qué no sabías?

—Maldita sea, no sabía lo mucho que te amaba. Hasta que te fuiste. Fue peor que la muerte de Marlisse. Su muerte fue un accidente, algo que ninguno de los dos podíamos evitar. Pero tu marcha... Repentinamente comprendí lo que sería mi vida sin ti. Nada de optimismo, nada de inocencia, nada de risas, nada de amor. Te diré que era un panorama desolador. Además, no había un corte definitivo como con la muerte. Tú estás viva y yo también. Sólo podía pensar cómo recuperarte. Esta vez el destino no se saldría con la suya. Te amo tanto que no podría seguir adelante si no te casaras conmigo. No sé lo que haré si no compartes conmigo el resto de nuestras vidas. No podría vivir en este mundo si supiera que tú estás en él y no estás conmigo. Vuelve. Dame otra

oportunidad y no la desaprovecharé. Te diré todos los días cuánto te amo.

El corazón de Ginny empezaba a desbocarse. Alargó una mano con indecisión y le tocó la piel húmeda.

—¿De verdad me amas?

—Sí, querida. Te amo más que a nada en el mundo. La abrazó y la besó. Su piel se calentó y sus músculos se tensaron al estrecharla con fuerza. A Ginny la

sangre le bullía y acabó con el frío de la lluvia.

Joey entró y se quedó parado al ver la escena. Mitch lo oyó y terminó lentamente el beso.

—¿Por qué besas a mamá? —le preguntó Joey.

Mitch alargó una mano y el niño se acercó. Lo levantó con un brazo y con el otro rodeó la cintura de Ginny.

—Es lo que hacen los papás y las mamás. —¿Eres mi papá?

—No soy tu padre biológico, Joey —le contestó

Mitch—, pero a partir de ahora seré tu papá.

EPÍLOGO

LOS RECIÉN licenciados salían en tropel y buscaban a sus familiares y amigos. El sol de junio calentaba con fuerza. Ginny reconoció a Mitch, lo cual no era difícil porque era el más alto de los presentes. Lo saludó con la mano y él le sonrió por encima de la multitud. Él avanzó hacia ella con la pequeña Emma en brazos y un Joey muy orgulloso a su lado. Emaline lo seguía y le dejaba que se abriera paso entre la muchedumbre. Llevaba un vestido de organdí rosa con una amplia pamela a juego.

Mitch fue el primero en llegar hasta Ginny.

—Enhorabuena, doña licenciada.

La besó. Emma se enfurruñó y Ginny la tomó en brazos y la besó en la mejilla. Al segundo se puso pesada y Ginny notó que se bajaba al suelo.

—No —le dijo Mitch mientras volvía a tomarla en brazos—. Te perderás entre tanta gente. Quédate con papá.

Joey abrazó a su madre.

—Cuando sea mayor, quiero ir a la universidad.

Tenía nueve años y era casi tan alto como su madre. Ginny lo besó en la mejilla.

—Y lo harás.

—¡Dios mío, cuánta gente! —exclamó Emaline mientras abrazaba a Ginny—. ¿Estás bien? La verdad es que sólo pienso en una limonada y en sentarme a la sombra. No eres la única licenciada que está embarazada. ¿Has visto a las otras dos? He llegado a pensar que la morena podía dar a luz durante la ceremonia.

Ginny sonrió y asintió con la cabeza y las manos sobre el vientre. Esperaban el siguiente hijo para dos semanas más tarde.

—¿Estás preparada para que nos vayamos a casa? —le preguntó Mitch rodeándole los hombros con el brazo.

Su casa, el rancho, donde se casó un agosto de hacía cinco años. Siempre sería un sitio mágico para vivir porque Mitch estaba allí.

Mitch adoptó a Joey al poco tiempo de casarse y le explicó que su padre biológico era un primo suyo, lo que le daba un vínculo de

sangre con él y siempre sería su papá. Como lo era de Emma, una niña preciosa que había nacido hacía dos años.

Mitch no había invitado a Sammy a las celebraciones familiares desde que se enteró de su papel en la vida de Ginny. Había intentado ser un personaje como Mitch, pero nunca le llegaría a la suela de su zapato.

Sólo algunos familiares supieron todos los entresijos, pero los que lo hicieron, recibieron a Ginny y a Joey con los brazos abiertos. Los demás no tuvieron motivo de queja y ella tuvo la familia que siempre había anhelado.

Fueron hasta el coche y Emaline se empeñó en sentarse atrás con Joey y Emma. Mitch miró a su mujer y avanzó lentamente entre el tráfico.

—Por lo menos, me alegro de que no tengas que ir a Dallas todos los días. Lo pasaba fatal.

Ginny le dio una palmada en el brazo y sonrió.

—Lo sé, pero iba con cuidado. La historia no va a repetirse.

Ginny sabía que le preocupaban los demás conductores e intentaba aliviar esos temores. Aunque sólo el tiempo podría cicatrizarlos del todo.

La verdad era que le impresionaba que la quisiera tanto. En los cinco años que llevaban casados, su amor por Mitch había crecido y el de Mitch por ella también. Cuando llamó a aquella puerta un día de tormenta, no sospechaba que la vida iba a tomar unos derroteros tan felices. Entonces, sólo quería que operaran a Joey de los ojos. En ese momento, era más feliz de lo que jamás había esperado ser. Hacía tiempo que había perdonado a Sammy porque gracias a él había encontrado el amor verdadero.

Mitch la miró a los ojos.

—Estoy deseando quedarnos solos —le susurró.

—Me encanta la idea —replicó ella con una sonrisa tan radiante como el sol de Texas.

Barbara McMahon — El hombre equivocado (Harlequín by Mariquiña)